





C-38.398

10
303

1. Biblia - Hist. sagrada
22.09

Segundo Legajo. n.º 24.

Propiedad Intelectual.

ESTUDIOS ELEMENTALES

DE

Historia Sagrada.

NUEVO TESTAMENTO

por el presbítero

Dr. D. José María González Melgosa

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR

Y PROFESOR DE RELIGIÓN Y MORAL EN LA NORMAL SUPERIOR

DE MAESTROS DE LOGROÑO

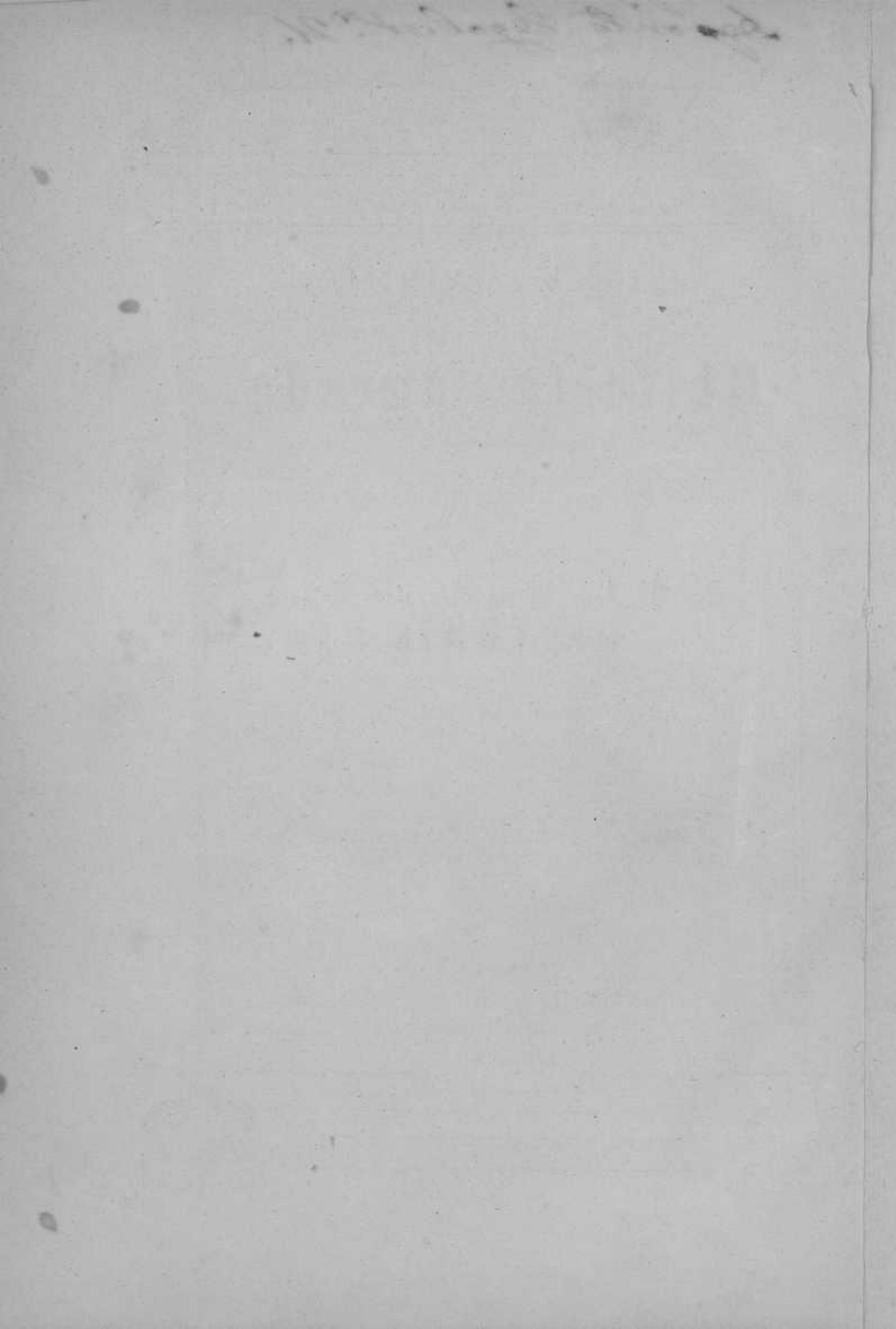
OBRA APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

1885.

Imprenta de Francisco M. Zaporta,
casa antigua de Correos.

LOGROÑO.





ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
HISTORIA SAGRADA



ES PROPIEDAD.

Propiedad Intelectual - n.º 24

ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
HISTORIA SAGRADA

NUEVO TESTAMENTO

por el presbítero

Dr. D. José María González Melgosa,

CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO CONCILIAR
Y PROFESOR DE RELIGIÓN Y MORAL EN LA NORMAL SUPERIOR
DE MAESTROS DE LOGROÑO.

OBRA APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

PRIMERA EDICION



R. 17.601

1885

IMPRENTA DE F. MARTINEZ ZAPORTA,
casa antigua de correos,
LOGROÑO

por D. J. M. González Melgosa

CENSURA Y LICENCIA DE LA
AUTORIDAD ECLESIASTICA. (Véase la pág. 4.^a del volumen 1.^o de esta obra: «Antiguo Testamento.»)

ESTUDIOS ELEMENTALES
DE
HISTORIA SAGRADA

Nuevo Testamento.

LECCION 1.^a

Estado del mundo á la venida del Mesías.—Concepción prodigiosa y admirable Nacimiento de María.—Su educación, su retrato y Desposorios.—Retrato de S. José.

Estado del mundo á la venida del Mesías.

Al epilogar nuestros estudios sobre el *Antiguo Testamento*, hacíamos una pintura exacta del estado del hombre antes del advenimiento del Mesías. Cautivo por la culpa sumergíase á cada paso en las aguas borrascosas de la corrupción y no había calamidad que no lanzara contra élla divina venganza. ¡Estado lamentable! Cuarenta siglos iban á transcurrir desde su creación, y aún proseguía maldiciendo el pecado del primer hombre y evocando al *prometido Libertador*. Cuando hé aquí que la *Estrella* anunciada por

JOSÉ M.^a GONZALEZ
LOCRONO

Jacob comenzaba á desplegar sus nítidos fulgores en el cielo de Nazareth; las *setenta* semanas de Daniel tocaban á su término; había sido arrebatado el cetro de la casa de Judá, empuñándolo el *idumeo* Herodes, y todo anunciaba que el gran Jehová iba á enviar á la tierra el *Esperado de las naciones*.

Pero ¿y cuál será el Tabernáculo donde repose el *Desado de las naciones*, el Angel de la alianza, el Santo, el Justo, el Rey salvador? ¿En qué Templo entrará el cordero Dominador, la verdadera hostia de propiciación? ¡si todos los hombres han pecado y todos están condenados! ¿De qué sangre, pues, nacerá la sangre que ha de redimir al mundo?

¡Oh! respirad, mortales! que el cielo al fin, compadecido de vuestros infortunios, vá á llenar las esperanzas de los siglos pasados, anticipando las de los venideros. Ved ahí á los afortunados esposos Joaquín y Ana, (1) dignos descendientes de David, que después de veinte años de deshonrosa esterilidad, regresan á Nazareth desde el Templo de Jerusalén, llenos de confianza de que esta vez sus sacrificios han sido gratos al Señor, y aceptado el voto que acaban de reiterar al pié del *altar de los holocaustos*, de consagrar á su servicio el fruto que les sea concedido.

Concepción prodigiosa de María. Y así sucedió; pues apenas estos felices esposos llegaron á su casa, cuando el ángel Gabriel es enviado de lo alto para anunciarles el término de *sus infortunios*. «Oye Joaquín, díjole el Arcángel: oye la voluntad del Señor, y adórale en sus soberanos designios. El Señor te concede una hija. Ana la concebirá milagrosamente. Distinguirás á tu Hija con el nombre de *María*. Desde su niñez la tendrás consagrada al servicio de Dios en el Templo de Jerusalén. Será grande,

(1) Joaquín, significa, «Espera del Señor.» Y Ana, «graciosa.»

escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo.» (1) Y haciendo la misma revelación á la piadosa Ana, según S. Juan Damasceno, desapareció el mensajero celestial.

Su nacimiento admirable. Llegado el día del feliz alumbramiento de la esposa de Joaquín, día *ocho* del mes *Tisri*, ó sea nuestro Setiembre del año 3985 de la creación del mundo, la venturosa Ana dió á luz una incomparable niña, obra maestra de la gracia, el más bello adorno de la Jerusalén celestial, la Reina de los ángeles y de los hombres, la Purísima é Inmaculada María, destinada desde la Eternidad y anunciada en el Paraíso para ser madre del Redentor del mundo; verificándose de ese modo, que si una mujer presentó al hombre en el Paraíso el fruto de la muerte, otra mujer le presentaba el fruto de la vida.

Su educación. Conociendo María el voto que sus padres tenían hecho de consagrarla á Dios, y cuando aun no había cumplido los *tres años* de edad, les rogó con repetidas instancias que cumplieran su promesa conduciéndola al Templo. Sus padres, viendo en ella un talento y una piedad verdaderamente extraordinarias, creyeron que debían abreviar el plazo prefijado por ellos para cumplir su voto, y accediendo á las súplicas de su hija, resolvieron conducirla al Templo inmediatamente.

En cuanto Joaquín y Ana llegaron al Templo con su hija, Ésta, dice S. Germán, se dirigió á sus padres, y besándoles la mano, se puso de rodillas y les pidió su bendición. Después subió las quince escalas del Templo sin volver la vista atrás, y se presentó á Zacarías, pariente suyo y esposo de Isabel, el cual ejercía en aquel día las funciones de primer sacerdote. Ana se adelantó hácia Zacarías, y le dijo: «Vengo á ofreceros el presente que Dios me ha dado. El gran sacerdote bendijo á esta piadosa familia, la cual se

(1) María de Jesús de Agreda.

retiró al momento después de haber adorado al Señor.

Un instante después era María conducida á *las Almas*.

(1) Y este tierno olivo, dice S. Juan Damasceno, plantado en la casa del Señor y abonado por el Espíritu Santo, fué más tarde el Templo y el asilo de todas las virtudes.

Su retrato. María vestía una túnica azul celeste, ceñida por un cinturón blanco, cuyas puntas pendían sobre la túnica; su calzado era azul también; su estatura, sin ser elevada, pasaba de mediana; su tez, dice S. Epifanio, era trigüeña; sus cabellos rubios, sus ojos vivos, su pupila era de color aceitunado; sus cejas de hermoso negro y bien arqueadas; su nariz aguileña y bastante larga; su cara redonda, sus manos largas y sus dedos delgados. En resumen, dice Nicéforo, su figura era hermosa, deslumbradora y en ella se reflejaba la pureza de su alma. Su sola presencia inspiraba la virtud de los ángeles. Nunca se la vió inquieta ni alterada, dice S. Jerónimo. Hablaba poco y nunca reía. Se levantaba temprano, oraba hasta la hora de tercia, trabajaba hasta la hora de nona y volvía á orar hasta la hora de la comida, de la que sólo tomaba lo necesario para la vida. (2)

Al cumplir María los doce años, no queriendo el Señor que su elegida tuviese otro amor que el suyo, llamó para sí á sus padres Joaquín y Ana. El dolor de María por esta pérdida fué profundo, pero resignado. Sus queridos padres fueron sepultados en una gruta en la parte septentrional del valle de Josafat, y María volvióse al templo, en donde rogó á Dios que la recibiese por su hija, siendo sus tutores los Pontífices y especialmente su pariente Zacarías.

(1) Departamento reservado en lo interior del Templo para las vírgenes consagradas al Señor. Y así se lee en el Libro 2.º de los Macabeos, que en el momento que Heliodoro puso en conmoción á Jerusalén, las vírgenes que moraban en lo interior del Templo se refugiaron hácia Onías.

(2) S. Anselmo.

Desposorios. Pero María acababa de cumplir los doce años, edad en que las mujeres no podían habitar en el templo, y á pesar de haber advertido la castísima esposa de José al Jefe de los Sacerdotes su voto de virginidad, desoyendo las palabras de ésta, consultó al Señor sobre la persona á quien debiera entregarla en matrimonio. Al efecto, echaron suertes los sacerdotes, y habiendo recaído sobre la tribu de Judá, el Jefe de la tribu mandó que al día siguiente se presentaran ante él todos los solteros de la tribu, llevando en sus manos una varita de almendro. Obedeciéndose esta orden, y recogidas por el Gran Sacerdote todas las varitas, las colocó en el *Santo de los Santos* durante toda la noche. Al día siguiente sacó el Gran Sacerdote todas las varas á excepción de una, la más pequeña de todas que había quedado olvidada; y advertido por un ángel del descuido, tomó la olvidada vara, que pertenecía á un hombre llamado José; mas al entregarla, vió salir de ella una paloma, y que, semejante á la vara que en otro tiempo aseguró el Sacerdocio en la familia de Aarón, quedó al instante florecida.

La castísima esposa del Espíritu-Santo, en vista de un prodigio tan asombroso, consintió en ser esposa de José, advirtiéndole antes á éste su secreto y aceptado por este varón Santo el voto que la unía para siempre á la virtud de los ángeles. Con esta condición accedió María en confiar á José el sagrado depósito de su virginidad, y el día 22 del mes de Enero se desposó con José en la ciudad de Jerusalén.

Retrato de San José. Ya que arriba hemos expuesto el retrato de la Excelsa Virgen de Judá, tomándolo de los Santos Padres, nos parece oportuno terminar esta lección exponiendo el de su castísimo esposo San José, padre adoptivo de Jesús y abogado de toda la Iglesia universal.

José, descendiente de Jacob é hijo de Mathán, había vi-

vido desde su infancia, dice San Jerónimo, en una completa continencia; de tal modo, que su pureza excedió á la de los mismos ángeles. Sus ojos, dice Gersón, revelaban una pureza virginal que purificaba á los que caía sobre ellos su virginal mirada; y Cornelio á Lápide dice: «que más bien fué un ángel que un hombre (1).» Tal es el retrato que los Santos Padres nos han dejado hecho del Custodio de los misterios del cielo y Esposo de la Excelsa Doncella de Nazareth.

LECCIÓN 2.^a

Noticia de los padres y concepción milagrosa de Juan Bautista.—Elección de María para Madre del Salvador.—Visitación de María á su prima Santa Isabel.—Nacimiento del Bautista.

Noticia de los padres y concepción milagrosa de Juan Bautista. El último de los profetas de Judá, de quien afirman algunos Santos Padres que fué un ángel revestido de carne humana (2), había predicho la venida de un *inmediato precursor* que vendría preparando los caminos al *Mesías prometido*. Este último vaticinio del profeta Malaquías, tuvo exacto cumplimiento en la persona de Juan Bautista, cuya concepción fué acompañada de estupendas maravillas.

Fueron sus padres Zacarías é Isabel, ambos pertenecientes á la casa de Aarón, á la que estaba vinculado el Sacerdocio. Era Zacarías sacerdote de la familia de Abías, octava de aquellas veinticuatro clases en que David distribuyó la descendencia de Aarón para que alternaran en el ejercicio del sagrado ministerio.

(1) «Fuit ipse angelus potius quam homo.»

(2) San Clemente Alexandrino, Tertuliano y Orígenes son de esta opinión.

Un día en que Zacarías hallábase ofreciendo el sacrificio, vió un ángel que en forma humana estaba de pié al lado derecho del altar; á su vista palidece el santo sacerdote, y un temor santo se apodera de su corazón: conócelo el ángel, y lleno de ternura, le conforta diciendo: «No temas, Zacarías; las oraciones que ofreciste por la salvación del pueblo subieron al cielo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no dudes de ello, vengo á decirte de su parte que tu esposa Isabel, á pesar de sus años, concebirá y parirá un hijo, á quien impondrás el nombre de Juan: su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo, porque nacerá para anunciar la venida del Salvador, y ese hijo *será grande en la presencia del Señor.*»

Al escuchar Zacarías este razonamiento, no duda que es un ángel el que le habla; pero tan portentosas y extraordinarias son las cosas que le promete, que no puede resolverse á creerlas. «¿Cómo, le contesta Zacarías, cómo puedo creer que sucederá lo que me dices, siendo yo tan viejo y siéndolo también mi mujer poco menos que yo, y además estéril é infecunda?» «Yo, dicele nuevamente el ángel, yo soy Gabriel, uno de los *siete* espíritus que asisten más de cerca al Señor, el cual me envió para anunciarte tan dichosa nueva; mas porque dudaste de mi palabra, desde este mismo instante quedarás mudo y no recobrarás el Don de la palabra hasta que veas cumplidas todas estas cosas.» Y el ángel desapareció.

Elección de Maria para madre del Salvador. Era un viernes perteneciente al día 25 del mes *Nisán*, entre los hebreos, ó Marzo entre nosotros, y á la caída de la tarde (1), cuando los últimos rayos del sol difundían una

(1) San Juan Crisóstomo y San Agustín han escrito que la aparición del ángel tuvo lugar un viernes á la caída de la tarde. San Atanasio dice que fué muy temprano, á la hora de Maitines y San Bernardo dice: «Era media noche y María rezaba.»

luz ténue y suave, una joven Nazarena, desde su modesta estancia, saludaba al Dios de Israel con fervorosa plegaria. Absorta se hallaba María, que así se llamaba la candorosa joven, en su contemplación, dirigiendo su angelical mirada hacia el templo de Jerusalén, cuando repentinamente una luz vivísima se extiende por su habitación; vagas y melodiosas armonías resuenan en su oído, y un perfume suavísimo y delicado embalsama la atmósfera de su estancia.

Era que en aquel momento el ángel Gabriel descendía de lo alto á cumplir una misión consoladora que había recibido del gran Jehová. Gabriel era uno de los *siete* ángeles principales que asisten al trono del Altísimo; y, sin embargo, al hallarse en presencia de la hija de Joaquín y Ana, la saluda como á su Reina y Señora: «Salve, María, la dice, inclinando su frente luminosa; tú sola eres llena de gracia; el Señor está contigo, tú eres bendita entre todas las mujeres.»

Al oír estas palabras, un temor vago y religioso se apodera del alma sencilla de María; mas conociéndolo el ángel, le dice con acento lleno de ternura: «Nada temas, María; has hallado gracia delante de tu Dios. Concebirás en tu seno y darás á luz un hijo, á quien llamarás Jesús; será grande y tendrá el nombre de HIJO DEL ALTÍSIMO..... Y hé aquí que Isabel tu parienta, en su edad avanzada, ha concebido también un hijo, porque no hay cosa imposible para Dios.»

María, llena de humildad, no atreviéndose ni siquiera á fijar su vista en el mensajero celestial, exclama toda conmovida: «*Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*»

En seguida desapareció el ángel, y *El Verbo se hizo carne* en las entrañas de aquella Virgen, para habitar después con nosotros.»

Visitación de Maria á su prima Santa Isa-

bel. Así que María supo por el ángel el estado en que se hallaba su prima Isabel, agradecida á los que le habían servido de padres en el tiempo de su orfandad, partió inmediatamente, atravesando las montañas de Judea, á visitar á su afortunada prima. Vivía ésta con su esposo Zacarías en una casa de campo próxima á la ciudad de *Ain*, distante cinco jornadas de Nazareth; pero esto no es obstáculo para que María deje de cumplir un deber que la gratitud y la religión la imponían.

Al llegar á *Ain*, se dirigió sin descansar á casa de Zacarías, y saliéndole al encuentro su dichosa prima, apresuróse María á saludarla dulcemente, diciéndola: «La paz sea contigo.» Al escuchar Isabel esta tierna salutación, sintió conmoverse todo su espíritu, y arrebatada por la inspiración de espíritu profético, no pudo ménos de exclamar: «Tú eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tan gran dicha de que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Al llegar tu voz á mis oídos, en el instante que me has saludado, mi hijo se ha estremecido de alegría en mis entrañas; y tú eres dichosa por haber creído, porque se cumplirá en tí cuanto se te ha dicho de parte del Señor.»

María entonces prorrumpió en ese cántico suavísimo, el primero del *Nuevo Testamento*, conocido en nuestra Santa Liturgia con el nombre del *Magnificat*, que diariamente resuena en nuestros templos á la terminación de la hora de Vísperas: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se trasporta de gozo en Dios mi Salvador.....»

Por espacio de tres meses se detuvo María en casa de su prima, pasados los cuales regresó de nuevo á Nazareth, donde vivió dedicada toda á la oración y á la íntima comunicación con su Dios.

Nacimiento del Bautista. Luego que llegó el tiempo prefijado por el ángel, Zacarías é Isabel tuvieron el

hijo que se les había anunciado. Sus vecinos y parientes se congratularon con ellos y quisieron poner al niño el nombre de su padre; mas Isabel se opuso diciendo: «De ningún modo, sino que será llamado Juan.» Inútilmente le replicaron «que nadie había en su linaje que llevase aquel nombre;» en vano recurrieron á Zacarías indicándole por señas qué nombre quería dar á su hijo, pues pidiendo un tintero escribió: «Juan es su nombre;» y en el momento quedó espedita su lengua y recobró la palabra. Entonces el Santo anciano, en acción de gracias al Dios de Israel, entonó ese himno tan magnífico como elevado, que diariamente se canta en nuestra Liturgia á la terminación de los Laudes: «Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y hecho la redención de su pueblo..... Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás ante la faz del Señor preparando sus caminos.»

LECCIÓN 3.^a

Viaje de la Sagrada Familia á Belén. = Nacimiento de Jesús y adoración de los pastores. = Circuncisión. = Adoración de los tres reyes Magos. = Purificación de María.

✕ **Viaje de la Sagrada Familia á Belén.** En el año décimo quinto del imperio de César Augusto, ordenó este poderoso monarca practicar en Judea un acto de completa soberanía. En toda la comarca se publicó un Edicto disponiendo que todos los ciudadanos del Imperio fuesen empadronados en sus respectivas ciudades. José, descendiente de la raza de David, marchó con María, muy adelantada ya en su embarazo, desde Nazareth hasta Belén, en

donde se obligaba á que fuese empadronada su familia.

Después de una marcha penosa de cinco días, los humildes viajeros empezaron á distinguir la ciudad de los reyes, destacándose confusamente entre las colinas. De todos los confines de la Judea afluían á la ciudad de David alegres caravanas atraídas por el decreto de César. Llegados que fueron á la ciudad los Santos consortes, José se dirigió inmediatamente á la posada, creyendo encontrar alguna de las pequeñas celdas en que se dividía para poder albergar en ella á su castísima esposa; mas ocupada aquella y todas las demás por la inmensa multitud de forasteros, no encontraron lugar donde poderse alojar aquella noche.

Triste y pensativo volvió el Santo Patriarca al lado de su esposa, sin atreverse á decirle que no tenían alojamiento en Belén. Pero María, que observó la aflicción y tristeza de su esposo, procuró tranquilizarle no con palabras, sino con una sonrisa dulce y afectuosa en la que brillaba la resignación como un destello de la gloria divina. En tan apurado trance, los Santos esposos viéronse precisados á refugiarse en la concavidad de una roca (1) en la que había un establo y en él un pesebre, donde á la sazón se albergaban un asno y un buey.

Nacimiento de Jesús. En este triste y solitario albergue fué donde María dió á luz á su Divino Hijo, el domingo 24 del mes de Diciembre, á la media noche, cuarenta y dos años después de la muerte de César; y envolviéndole en unos pañales le colocó en el pesebre (2).

El Verbo Divino salió de María como la luz sale de un foco, como el perfume que despidе una flor. El niño no

(1) Al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo brotó en la misma roca un manantial que jamás se ha secado.

(2) Este pesebre se conserva hoy intacto en Roma, en la capilla del Santísimo Sacramento de la Basílica de Santa María la Mayor.

tocó la tierra, pues se halló, sin que María supiese cómo, en sus manos, puras como las de los ángeles.

Aunque María, al parecer se hallaba sola con su Santo esposo, no era así; pues infinitos coros de ángeles se unieron á la Virgen Madre para adorar á su Hijo. Uno de ellos se apareció á los pastores que á media hora de Belén tenían sus rebaños, y que para cuidar de ellos pasaban en vela toda la noche. Una luz celestial inundó su campo, y el temor se apoderó de ellos, pero el ángel les dijo: «No temais, porque vengo á anunciaros una buena nueva; y es, que en la ciudad de David ha nacido vuestro Salvador, que es el Cristo. Para que le reconozcaís os digo que hallareis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.»

Y en el mismo instante aquel ángel se elevó en el espacio, y uniéndose á otros millares, desaparecieron, dejando oír una dulcísima canción en que decían *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Adoración de los pastores. Apenas los ángeles dejaron á los pastores, éstos, dijéronse unos á otros: «Vamos á Belén, y veamos lo que ha sucedido.» Y tomando de los sencillos presentes que tenían en sus cabañas, como corderos recién nacidos, leche, miel y frutas secas, guiados por la brillante claridad de las estrellas se dirigieron á la misteriosa ciudad. Llegados al pié de la roca, y viendo la miserable cueva, penetraron en el establo y vieron confirmadas las palabras del ángel.

Jesús estaba reclinado en el pesebre y envuelto en pobres pañales. María, inclinada sobre su hijo, le adoraba con amor ardiente y humildad profunda. Algo más distante, el anciano patriarca inclinaba su frente ante el hijo adoptivo que el cielo le concedía. En el establo no había más luz que la que proyectaba sobre el grupo de la Santa Familia un débil rayo de luna.

Los pastores sintieron inundada su alma de júbilo celestial é incándose de rodillas ante el pesebre, besaron humildemente las plantas del Rey de los reyes, ofreciéndole la humilde dádiva que les permitía hacer su pobreza. Entonces refirieron la aparición misteriosa de los ángeles, sin omitir los armoniosos cánticos que habían escuchado, ni las palabras de consuelo que les habían dirigido los enviados del Señor: cuyas palabras quedaron grabadas en los corazones de José y María, admirando los secretos designios de la Providencia.

Circuncisión. Conforme la ley de Moisés con lo que Dios había ordenado á Abraham, mandaba que los niños fueran circuncidados á los ocho días de su nacimiento. El divino Hijo de María, aunque no estaba sujeto á dicha ley, quiso sin embargo cumplirla, y á los ocho días fué circuncidado por San José, recibiendo el dulcísimo nombre de *Jesús*, según lo manifestado por el ángel: nombre que escede en gloria á todo nombre, y ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos: nombre sin el cual no podríamos salvarnos, pues significa y quiere decir *Salvador*.

Apenas nació Jesús, comenzó á hacerse digno de su nombre, pues en la dolorosa ceremonia de la circuncisión dió principio su delicado cargo de salvar al mundo, vertiendo aquella sangre preciosísima que más tarde había de correr á torrentes en el árbol santo de la cruz.

Adoración de los tres reyes Magos. En este tiempo, algunos reyes Magos, hombres sabios y de profundos conocimientos astronómicos, distinguieron una estrella notable por su brillo, por su belleza y por lo singular de su movimiento: y ya sea que esperasen la estrella de Jacob, que según Balaán debía elevarse en Oriente, ó ya, como quiere San Agustín, que el significado misterioso de la misma les fuera revelado por la sabiduría divina, ello es

que, iluminados acerca de su significación, se pusieron en camino para buscar al Mesías, y dejando el Oriente, su país, partieron para Jerusalén.

Pero la estrella, que hasta entonces les había precedido en su marcha, desapareció en las cercanías de la citada ciudad. Inquietos y turbados por esta repentina desaparición, entraron en Jerusalén preguntando: «¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle.»

Al oír el rey Herodes esta noticia, se llenó de turbación juntamente con toda la ciudad, y mandando llamar á todos los príncipes de los sacerdotes y escribas de la nación, les preguntó por el lugar en donde había de nacer Cristo. A lo que ellos respondieron: «En Belén de Judá, según está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de tí nacerá el Jefe que ha de conducir mi pueblo de Israel.»

En vista de esta respuesta, Herodes hizo venir secretamente á los Magos, é informándose con minuciosidad del tiempo en que habían visto aparecer la estrella, enviándolos á Belén, les dijo: «Id, é informaros exactamente de ese niño, y cuando le hayais encontrado, venid á participármelo para yo también ir á adorarle.»

Los magos dejaron á Jerusalén inmediatamente, y apenas salieron de la ciudad, se vieron con agrado sorprendidos por la estrella que antes habían visto desde Oriente, la cual marchaba delante de ellos hasta que llegaron al sitio donde se hallaba el Niño; y entrando en aquella pobre morada, encontraron al Niño juntamente con María su madre; y postrándose en tierra, le adoraron y ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra, dones misteriosos que reconocían en el Mesías un triple carácter de Hombre, de Rey y de Dios. Después, habiendo recibido los magos durante el

sueño un aviso del cielo para que no avisaran á Herodes, regresaron á su país por distinto camino.

Purificación de María. Ya habían trascurrido cuarenta días desde que María era madre, y sabiendo que una ley ordenaba á todas las madres que, cumplido ese tiempo, fueran al templo á purificarse, la castísima esposa del Espíritu Santo, aunque ninguna necesidad tenía de ello, partió á Jerusalén con su Hijo y su Esposo, llevando los siclos de plata que la ley mandaba, juntamente con dos tortolillas para ser ofrecidas en el *altar de los holocaustos*.

Al llegar á la ciudad la Santa Familia, encontraron un anciano, hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, que vivía en Jerusalén, esperando el consuelo de Israel. El Espíritu-Santo, que estaba en aquel Santo anciano, le había revelado que no moriría sin haber visto el Cristo del Señor; é impulsado por este Divino Espíritu, vino al templo en el mismo instante en que María y José llegaban con Jesús, y tomando al Niño en sus brazos, el santo anciano prorrumpió en un himno profético, que se conserva en nuestra Liturgia, cantándose todos los días al terminarse la *hora* de Completas: «Ahora, Señor, podeis llevar á vuestro siervo en paz.....» Y dirigiéndose después á María, su madre, le dijo: «Bienaventurada sois, María, por haber dado á luz tal Hijo; pero os anuncio que este Niño servirá de blanco á las mayores contradicciones, y vuestra alma será traspasada con la espada del dolor, viéndole morir en el más cruel de los suplicios.» El mismo testimonio de la divinidad del Mesías fué dado por la célebre profetisa Ana, hija de Fanuel, procedente de la tribu de Aser, que desde su viudez moraba constantemente en el templo.

Terminada la ceremonia de la Purificación, la Santa Familia salió del templo conmovida por las escenas que habían presenciado, volviéndose á Nazareth, donde se habían realizado tan altos é inescrutables misterios,

LECCION 4.^a

Huida de la Sagrada Familia á Egipto. = Degollación de los inocentes. = Muerte de Herodes y regreso de la Sagrada Familia á Nazareth. = Jesús en el templo. = Muerte de San José.

Huida de la Sagrada Familia á Egipto.

Al poco tiempo de regresar la Sagrada Familia de Jerusalén á Nazareth, un ángel del Señor se apareció en sueños al patriarca José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y su Madre y huye con ellos á Egipto, en donde permanecerás hasta que yo os avise que volvais, porque Herodes buscará al Niño para matarlo.» ¡Vida azarosa la del Santo Patriarca desde que se le ha encargado la custodia de Jesús! Antes vivía José de su trabajo en medio de la más dulce tranquilidad; pero desde que tiene á su cuidado al *Deseado de las naciones*, su alma experimenta las inquietudes y agonías más amargas. ¡Con cuánta angustia vería el Santo Patriarca en Belén que se negaba un asilo á su amada esposa, á la que consideraba ya como Reina del cielo y Madre del Divino Verbo! ¡Cuánto no sería su dolor al oír que Simeón profetizaba sus futuras penalidades á la que amaba más que á sí mismo! Y ahora se ve precisado á huir y escapar á Egipto á pesar de su edad avanzada. Sin embargo, José no vacila, y sin tomar otras precauciones que su confianza en Dios, parte aquella misma noche con el Hijo y la Madre.

La distancia de Nazareth á Egipto era larga, el camino áspero cubierto de bosques y poco frecuentado, dice San Buenaventura. ¡Qué cuadro tan conmovedor se ofrece á la cristiana consideración al ver á la Sagrada Familia emprender un viaje tan peligroso! Una doncella de quince años,

montada sobre una humilde pollina, con un niño recién nacido llevado en sus brazos, y un débil anciano, que en medio de las tinieblas de la noche y marchando por áspero y descarriado camino, temen encontrarse á cada paso, ya con la lanza del árabe emboscado, ya con los soldados del sanguinario Herodes. Mientras atravesaron la Galilea, los santos viajeros no se atrevieron á caminar sino de noche por temor de ser detenidos por sus perseguidores.

Entre los muchos hechos prodigiosos que la tradición refiere respecto á este accidentado viaje, no podemos pasar en silencio uno altamente conmovedor. Fatigada María por el cansancio del camino, y presa de una ardiente sed, al ver de lejos un árbol, dijo á José: «Apresuremos el paso para descansar bajo aquel árbol.» Al llegar al sitio deseado, vió la Santísima Virgen que en la parte más alta de sus ramas había un fruto bastante maduro para apagar la sed; pero ni ella ni José podían darle alcance. Entonces Jesús sonrió á su Madre, y el árbol inclinó su copa hasta los pies de María á fin de que pudiera tomar sus frutos (1), brotando en seguida de las raíces del mismo una fuente de agua fresca y cristalina, que nunca desde entonces ha dejado de correr.

Al fin, despues de treinta días de penosas marchas, durante las cuales la Sagrada Familia había recorrido una distancia de 140 leguas, llegaron á Heliópolis (2), cuya ciudad no hicieron más que atravesar para instalarse en una aldea vecina, llamada Matarieh.

Degollación de los inocentes. Acababa de

(1) Niebhur habla de un árbol, del género de los sensitivos, que baja sus ramas cuando el hombre se le aproxima, que dice haberle encontrado en el Yemen.

Los árabes llaman á este árbol «el árbol hospitalario.»

(2) Heliópolis, que en otro tiempo llevó el nombre de Menfis, es hoy el Cairo.

instalarse en Egipto la Sagrada Familia, cuando Herodes, que esperaba con impaciencia el regreso de los magos, viendo que éstos no volvían y comprendiendo que había sido engañado, llenóse de ira y mandó degollar á todos los niños de dos años abajo en Belén y sus cercanías.

El tirano dió tanta extensión á la matanza con el fin de que no se escapara de ella el Niño que había nacido en Belén. Según Salmerón, fué bastante crecido el número de las víctimas, cumpliéndose de ese modo la profecía de Jeremías: «Gritos de dolor resonaron en Rama; eran lágrimas y alaridos de Raquel, que lloraba la muerte de sus hijos y no podía consolarse de su pérdida.» Todos los niños de dos años abajo perecieron: sólo sobrevivió el que buscaba el asesino.

Muerte de Herodes. En el mismo día que Herodes ordenó aquella horrorosa matanza, fué atacado de una espantosa y ejemplar enfermedad que le condujo al sepulcro: «Un calor lento, dice el historiador Josefo, (1) le abrasaba interiormente; tenía un hambre que nada le satisfacía; sus intestinos se habían ulcerado, lo cual le hacía sufrir agudísimos dolores; sus piés se hinchaban; de sus entrañas salían gusanos y sus nervios estaban contraídos: no podía respirar mas que estando de pié, y su aliento era tan fétido, que nadie podía permanecer á su lado.» Todos los que consideraban, añade Josefo, el estado en que se hallaba éste desgraciado príncipe, convenían en que la mano de Dios pesaba sobre él para castigarle de sus iniquidades y de su crueldad.

Regreso de la Sagrada Familia á Nazareth. Apenas murió éste rabioso tigre, más bien que sér humano, un ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: «Levántate, toma el Niño y su Madre, y vuelve al

(1) Libro XV, capítulo 8.º de su Historia de los judios.

país de Israel, porque han muerto los que buscaban al Niño para perderlo.» José se levantó, tomó al Niño y á su Madre y se puso en camino para volver al país de Israel; pero habiendo sabido que Arquelao, hijo de Herodes, reinaba en Judea, temió ir allá; y en vista de un nuevo aviso del cielo, se retiró á Galilea y volvió á Nazareth.

Jesús en el Templo. Entre tanto, dice la Santa Escritura, el Niño crecía y se fortificaba; su sabiduría era divina y la gracia de Dios estaba con él. José y María iban todos los años á Jerusalén á celebrar la Pascua, y cuando Jesús había cumplido *doce* años, fueron, según costumbre, á dicha fiesta llevándole consigo.

Era práctica entre los judíos que los peregrinos que salían con este objeto se dividieran en diferentes grupos para hacer su viaje. Las mujeres marchaban separadas de los hombres y los hombres formaban grupo aparte, observando á la vuelta el mismo orden.

Pasadas las fiestas, José y María volvieron cada uno en su grupo; pero Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo advirtieran. Al llegar por la tarde al lugar en que todos los peregrinos debían hacer noche, le buscaron entre sus parientes y conocidos, pero no lo encontraron. Entonces los desconsolados padres, llenos de dolor y de sentimiento, determinaron volverse á Jerusalén á buscarlo.

Al cabo de tres días de ansiedad y de fatiga, buscando por todas partes á su querido Jesús, José y María le hallaron en el Templo sentado entre los doctores, oyéndoles é interrogándoles. Todos los que le escuchaban quedaron atónitos y admirados de su sabiduría y de sus respuestas. José y María le vieron con admiración en aquel ejercicio, y su querida Madre fuera de sí por el gran gozo que experimentaba al haberle hallado, le dijo: «Hijo mío, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Vuestro padre y yo os hemos buscado llenos de aflicción;» pero Jesús, prescin-

diendo entonces de sus afectos humanos, quiso dar un elocuente testimonio de la divinidad de su misión en la tierra, diciéndoles: «Y por qué causa me buscabais? ¿No sabeis que es preciso que me ocupe de las cosas que conciernen á mi Padre?» María comprendió el alcance y significado de las palabras de su querido Hijo, y silenciosamente regresó con él y su esposo á su casa de Nazareth.

Muerte de San José. Cuando Jesús cumplía veintinueve años, se apareció un ángel á José anunciándole su próxima muerte, á cuyo anuncio el Santo Patriarca se metió en cama en su casa de Nazareth. Jesús y María le rodearon: Jesús, en recompensa de las fatigas y sufrimientos que por él había experimentado, le inundó de inefables consuelos, y en premio de las lágrimas que por él había vertido, hizo que corrieran por el alma de su padre adoptivo torrentes de alegría santa. Con una mano sostenía Jesús su desfallecida cabeza y con la otra estrechaba aquellas manos, que tanto le habían servido, y aquel corazón que tanto le había amado. María por su parte dió gracias á José por sus imponderables servicios, pero con tan sentidas palabras, que cada una de ellas eran para el Santo anciano como otros tantos dardos que acababan de consumir su corazón. Así murió el castísimo esposo de la más pura de todas las vírgenes, exhalando su último suspiro entre los corazones amantísimos de Jesús y de María. ¡Dichosa y bienaventurada muerte!



LECCIÓN 5.^a

Aparece el Bautista en las montañas de Judea. = Su género de vida, su predicación y bautismo. = Retrato y bautismo de Jesucristo. = Tentaciones de Jesús en el desierto.

Juan Bautista aparece en el desierto. Muchos años hacía que las naciones todas, y especialmente el pueblo judío, esperaba la aparición de algún personaje famoso y extraordinario. Tácito refiere que la mayor parte de los judíos estaban convencidos de que un hombre nacido en Judea reinaría en el mundo. Pues bien; era el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, 4029 años de la creación del mundo y veintinueve y medio desde el nacimiento de Jesucristo, cuando hé aquí que un hombre singular, vestido de austero anacoreta, aparece en el desierto de Maón. Bien pronto corre esta noticia por todo el pueblo judío, y divulgada por los lugares y aldeas, los habitantes de éstas se ponen al punto en movimiento, dirigiéndose en interminable romería hacia las montañas de Maón y Enggadi.

Género de vida del Bautista. No bien llegaron las turbas á la ribera occidental del Jordán, cuando ven un hombre tan singular como extraordinario: era Juan Bautista. Apenas contaría como unos treinta años, y cubierto su cuerpo de áspero cilicio tejido de pieles de camellos y ajustado á su cintura con una correa, causaba en todos los ánimos una inexplicable sorpresa, tanto por la sobriedad de sus costumbres, como por la energía de su palabra. Todo su alimento se reducía á algunas langostas que hallaba en los bosques y en las concavidades de las rocas, y un poco de miel silvestre que corría por las aberturas de

los árboles; su bebida era el agua del Jordán, de cuyas riberas no se separaba, tomando estos alimentos en tan escasa cantidad, que el evangelista San Mateo, al hablar de él, dice «que no comía ni bebía.»

Su predicación y bautismo. Para que el mundo adoptara las verdades sublimes del Evangelio, cuya promulgación se aproximaba, era preciso una completa reforma en las costumbres de los pueblos, y esta reforma era precisamente la que se proponía el Santo Precursor del Mesías, encaminando á ella todas sus predicaciones, dirigidas principalmente á los judíos, á los incrédulos y á los pecadores.

Su voz era un torrente de luz que venía á iluminar á los espíritus que yacían sumergidos en las tinieblas del pecado. La pintura de los castigos que aguardaban al pecador, y la esperanza del perdón que debían abrigar los que hicieran penitencia, eran los puntos principales que servían de fundamento á sus discursos, tan claros y sencillos en su forma, como elocuentes é inspirados en su fondo.

Sentado un día el Bautista al pie de un árbol, dirigía la palabra á la multitud y ésta la escuchaba con religiosa atención. La frente serena del Bautista, su voz clara y agradable y su ademán humilde y majestuoso, eran el reflejo de una alma recta y una prueba elocuente de su santidad; por eso se agrupaban todos en derredor suyo, no queriendo perder ni una sola de las consoladoras palabras que salían de sus labios. «Venid, les dijo, hijos míos, venid á las tranquilas márgenes de este río; yo os enseñaré vuestros deberes; yo os haré ver cuán gratos son á los ojos del Señor los actos de virtud y de penitencia; yo sólo quiero mover vuestros corazones y prepararlos para que podáis recibir dignamente al Dios-Hombre, que muy en breve se presentará á nuestra vista.»

Atónita la multitud al escuchar estas palabras, y ardien-

do en deseos de conocer aquel Dios que les anunciaba, «dínos, le dicen, dónde está ese Mesías y cuándo le veremos;» á lo cual Juan les contestó dulcemente: «Cuando vuestros corazones desechen de sí los impulsos de la soberbia; cuando, aborreciendo vuestros pecados, os apresureis á recibir el Bautismo, yo os prometo que le vereis.» «Pues si así es, exclamaron las turbas alborozadas, hénos aquí dispuestos todos á poner en práctica todas tus exhortaciones: sí, queremos ser bautizados.» Juan entónces llegó á la margen del rio, y tomando una concha comenzó á bautizar indistintamente á cuantos se presentaban manifestando fervor y arrepentimiento.

Retrato y bautismo de Jesucristo. Mientras todo esto sucede en las orillas del Jordán, hé aquí que un hombre extraordinario se presenta delante del profeta y le pide humildemente que le bautice. Este hombre era joven todavía, pues apenas contaría unos treinta años; su blonda cabellera, partida por medio de la frente, caía sobre sus hombros; su barba, también partida, era un poco más larga por los lados; vestía una sencilla túnica y un manto de oscuros colores; era, en fin, un galileo según todas las apariencias, pues todos los de aquel pueblo llevaban vestidos semejantes. Pero este hombre era hermosísimo; en su frente brillaba la majestad, y en su rostro estaba retratada la dulzura. Todas las miradas se fijaron en aquel desconocido, porque su hermosura lo eclipsaba todo: hasta el mismo Bautista sintió una extraña impresión de alegría, la cual llegó á su colmo cuando vió descender sobre la cabeza de aquel hombre una blanquísima paloma, figura inequívoca del Espíritu Santo.

Sobrecogido de asombro el Bautista, y penetrado del más profundo respeto, póstrase á los piés del Galileo y lleno de admiración prorrumpe en estas palabras: «¡Vos, Señor, venís á que os bautice? ¡Vos, que sois el cordero sin

mancha?... ¡Ah! no, yo soy el que debo ser bautizado por Vos!» «Déjame practicar este acto de humildad, dícele Jesús: conviene que yo me presente públicamente entre los pecadores, puesto que he tomado su semejanza.» Y esto diciendo, levanta á Juan de sus plantas y se dispone á ser bautizado. El Bautista obedece, y sin desplegar sus labios, bautiza á aquél que le había santificado en el vientre de su Madre y en el instante ábrense los cielos y de ellos descende una voz que dice: *«Este es mi hijo querido en quien tengo puestas todas mis complacencias.»*

Tentaciones de Jesús en el desierto. Después de recibir el Bautismo, Jesús fué conducido por el Espíritu Santo al desierto para que allí fuese tentado por el diablo; y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre: entonces acercándosele el diablo, le dijo: «Si eres hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan,» á lo que Jesús contestó: «Escrito está que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios,» en cuyas palabras nos enseñó el Divino Maestro el modo de vencer las tentaciones que se fundan en las necesidades temporales, fiando en la divina Providencia.

Segunda vez volvió Satanás á tentar á Jesús, y conduciéndolo á Jerusalén, le situó en lo más alto del Templo, diciéndole: «Si eres hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, pues escrito está. Mandaré mis ángeles cerca de tí y te tomarán en palmas para que no se lastimen tus piés,» á lo cual contestó Jesús: «También está escrito: No tentarás á tu Dios y Señor.» Como si dijera: no se han de hacer milagros por pura curiosidad.

Por tercera vez insistió Satán en acometer á Jesús, y trasportándole á la cima de un monte, mostróle todos los reinos del mundo, diciéndole: «Todo esto te daré si postrándote me adoras.» Jesús, á tan osada proposición, lleno

de santo enojo, le dijo: «Vete, Satanás, porque escrito está: Sólo á tu Dios adorarás y á Él sólo servirás,» enseñándonos con esto el gran celo que debemos tener por la honra de Dios y el valor con que debemos resistir las tentaciones confiados en la protección del cielo.

Entonces se retiró el diablo, y los ángeles bajaron del cielo y sirvieron á Jesús.

LECCIÓN 6.^a

El Bautista dá testimonio de la divinidad de Jesucristo. — Primeros apóstoles. — Bodas de Caná. — Jesús lanza del Templo de Jerusalén á los mercaderes que le profanaban. — Instruye á un doctor de la ley, y proclama la necesidad del Bautismo.

El Bautista dá testimonio de la divinidad de Jesucristo. Tan grande fué el efecto, que las predicaciones del Bautista causaron en las turbas, que arrebatadas éstas por la doctrina y santidad de tan excelente misionero, no dudaron en acercarse á él para preguntarle si era el Mesías que esperaba el pueblo judío; pero el Bautista, á quien en vez de halagarle esta sospecha, le mortificó sobremanera, al momento les contesta: «No, no soy yo el Mesías que esperais: no soy yo el Dominador de las naciones. El Mesías no puede compararse conmigo: yo no soy digno ni siquiera de desatar las correas de sus sandalias. Mientras que yo os bautizo en agua, él os bautizará en el Espíritu Santo. Él es quien discernirá los buenos de los malos, semejante al labrador que separa en la hera el trigo de la paja, reuniendo el trigo en un granero y arrojando la paja á un fuego inextinguible. Ése, ése será el Mesías.» ¡Testimonio elocuentísimo de la divinidad de Jesucristo!

Pero no fué esta sólo la ocasión en que Juan Bautista

testimonió la divinidad del Hijo de María, no. Después del triunfo gloriosísimo que Jesús había obtenido con Satán en el triple combate del desierto, volvió al país donde el Bautista seguía bautizando. Luego que Juan le vió aproximarse, vuélvese repentinamente á las turbas, y arrebatado por la inspiración é indicando con su dedo á Jesús que se aproximaba, les dice estas magníficas palabras: «Hé aquí el cordero de Dios; hé aquí el que quita los pecados del mundo. Yo atestiguo que *Él es el hijo de Dios*, porque yo he visto al Espíritu Santo descender del cielo bajo la forma de una paloma y posarse y permanecer sobre Él.»

Primeros apóstoles. Al siguiente día de este suceso, se dirigió Jesús á las cercanías del Jordán: en pos de él marchaban dos discípulos del Bautista, á los cuales, viéndolos Jesús, volvióse á ellos, diciéndoles: «¿Qué buscáis?» A lo que ellos contestaron: «¿En dónde resides, Maestro?» «Venid y vedlo,» respondiéndoles Jesús. Y siguiéndole los dos prosélitos llenos de gozo, pasaron todo el día con Él. Estos fueron los primeros discípulos de Jesús, llamados Andrés y Juan. Acto continuo, el primero de estos fué á buscar á su hermano Simón, y le dijo: «Hemos hallado al Mesías,» y le llevó á donde estaba Jesús, quien al verlo, le dijo: «Tu eres Simón, hijo de Jonás; pero en adelante te llamarás Cefas,» esto es *Gran piedra*, que se interpreta Pedro.

Al día siguiente encontró Jesús á Felipe y le dijo: «Sígueme,» y Felipe le siguió; pero teniendo éste un hermano llamado Natanael, por otro nombre Bartolomé, fué en su busca y, hallándole bajo una higuera, le gritó con gran alegría: «Hemos hallado á aquél de quien hablaron Moisés y los profetas. Es Jesús, hijo de José, que habita en Nazareth.» A lo cual contestó Natanael: «¿Por ventura puede venir cosa buena de Nazareth?» A lo cual le contestó Felipe: «Ven y verás,» Natanael siguió á su hermano, y así que Je-

sús le vió llegar, dijo á los circunstantes: «Ved aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño.» Sorprendido Natanael por aquellas palabras, dijo á Jesús: «¿Pues de dónde me conoces?» «Antes que te llamara Felipe, díjole Jesús, te ví mientras estabas bajo la higuera.» A lo cual Natanael, lleno de respeto, le dijo: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.» A lo que contestó Jesús: «Tú crees porque dije haberte visto debajo de la higuera; cosas más grandes admirarás.»

Bodas de Caná. Trascurridos tres días despues de la vocación de sus primeros apóstoles, que fueron Andrés, Juan, Simón, Felipe y Natanael, ó sea Bartolomé, pasó con ellos á reunirse con su Madre, que se hallaba en Belén, y de este punto se dirigieron todos á Caná con objeto de asistir á unas bodas que en dicho punto se celebraban. Ignórase quiénes fueron los felices esposos de ellas; algunos escritores han sostenido que fué el apostol San Simón, pariente de la Santísima Virgen, por cuya razón fué convidada dicha Señora; otros que lo fué el evangelista San Juan. Ni éste ni aquél; pues como aseguran los Padres del Concilio Efesino, Jesucristo vino á las bodas, no con ánimo de disolverlas, sino de bendecirlas, y nadie se atreverá á presumir que asistiera á un convite para en seguida llevarse consigo al esposo.

Sucedió que al terminar la comida, empezó á faltar el vino. María lo advirtió, y sin esperar á que recurrieran á su mediación, se volvió á Jesús y le dijo: «No tienen vino.» A lo cual le respondió el Salvador: «Mujer, ¿que nos va á mí y á vos? Aún no ha llegado mi hora.» Que fué como decirle: Aunque no haya llegado para mí la hora de hacer milagros, sin embargo, habeis hablado y esto me basta: yo la adelantaré por consideración á mi Madre.

Comprendiendo María que su Hijo accedía á su petición, dijo á los que servían la mesa: «Haced cuanto El os

dijere.» Había allí seis hidrias ó tinajas de piedra destinadas para la purificación de los judíos, capaces cada una de dos ó tres medidas. Jesús les dijo: «Llenad las hidrias de agua.» Y ellos las llenaron hasta los bordes. Entonces Jesús les dijo: «Sacadla ahora y llevadla al director del festín.» Y así lo hicieron. Luego que éste hubo gustado el agua convertida en vino, quedó asombrado de la buena calidad del vino, y llamando al esposo, le dijo: «Todo hombre sirve el primero el buen vino, y después que se ha bebido bien, entonces se da el más inferior; pero tú has hecho lo contrario, guardas el vino mejor hasta lo último del convite.»

Este fué el primer milagro de Jesús. Todos los que le presenciaron quedaron admirados de su poder, creyendo que Él era el Hijo de Dios.

Jesús lanza del Templo de Jerusalén á los mercaderes que lo profanaban. Desde Caná se dirigió el Salvador, acompañado de su Madre y sus discípulos á Cafarnaun, donde permanecieron algunos días, durante los cuales agregó dos nuevos discípulos á su escuela que fueron Santiago y Juan. De Cafarnaun partieron á Jerusalén para celebrar la Pascua.

Al entrar Jesús en el Templo, encontró dentro de él á muchos vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y animado de una santa cólera viendo aquella profanación de la casa de su Padre, hizo un látigo con unas cuerdas, y dándole de latigazos, arrojó del Templo á los mercaderes, juntamente con los animales, derribando por tierra las mesas, los escaparates y los dineros. Y dirigiéndose á los que vendían las palomas, les dijo: «Quitad ésto de aquí; no convirtais en casa de tráfico la habitación de mi Padre.» Al instante obedecieron todos y el Templo quedó despejado y en un religioso silencio.

Algunos judíos quisieron pedirle explicaciones de lo

que había hecho, y le dijeron: «¿Qué señal nos muestras de que haces estas cosas?» A lo cual les contestó Jesús: «Destruid este templo y en tres días volveré á reedificarle,» aludiendo al templo de su cuerpo.

Instruye á un doctor de la ley y proclama la necesidad del bautismo. Ocho días duraba la fiesta de la Pascua, los que Jesús pasó en Jerusalén obrando multitud de prodigios en vista de los cuales muchos creyeron en Él. Una de las noches, durante su permanencia, en Jerusalén, acercóse de noche á su casa un doctor de la ley y miembro del *Sanedrín*, llamado Nicodemo, el cual deseaba saber la manera de salvarse y con este objeto dijo á Jesús: «Maestro, sabemos que eres enviado de Dios para enseñarnos, pues nadie puede obrar los milagros que tu obras sino está Dios con él;» á lo que Jesucristo le dijo: «En verdad, en verdad te digo, que ninguno que no sea renacido del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Y así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así conviene que sea levantado el hijo del hombre, para que todo aquél que cree en Él no perezca, sino que consiga la vida eterna.»

«De tal modo amó Dios al mundo, que entregó á su Unigénito para que todo aquel que crea en Él no perezca sino que obtenga la vida eterna; porque Dios no envió á su hijo al mundo para juzgarle, sino para que el mundo se salve por Él.» Quien no cree en Él ya está juzgado:» En cuyas palabras anunció ya el Salvador la necesidad del Bautismo, el cual según el Catecismo romano, San Agustín y Santo Tomás, fué instituido por el mismo Jesucristo al ser bautizado en el Jordán por el Bautista.

Acto continuo salió Jesucristo de Jerusalén á las orillas del Jordán, en donde delegó á sus discípulos la administra-

ción de dicho Sacramento, confiriéndolo estos á todo el que se acercaba á recibirlo. (1)

LECCIÓN 7.^a

Regreso de Jesucristo á Galilea. = La Samaritana. = Jesucristo en Cafarnaun cura al hijo de Régulo, á un endemoniado y á la suegra de Simón Pedro.

Regreso de Jesucristo á Galilea. Como tantos eran los prosélitos, que siguiendo la celestial doctrina de Jesucristo eran bautizados por sus discípulos, comenzó al punto á suscitarse contra Él la envidia de los escribas y fariseos, lo cual obligó al Divino Maestro á abandonar la Judea y dirigirse á Galilea. Para llegar á este último punto era preciso atravesar la Samaria.

El Salvador del mundo, alejándose de las fértiles y risueñas comarcas del Jordán, atraviesa en efecto gran parte de la Samaria y llega amorosamente á la ciudad de Sicar, la antigua Siquén, de tan dolorosa memoria para Jacob, *la ciudad de los Ebrios* según su etimología y en sentido espiritual la ciudad de los grandes poderes.

A la entrada del pueblo había un pozo, que en otro tiempo mandó abrir el patriarca Jacob. Jesús fatigado del camino se sentó al borde de dicho pozo en tanto que sus discípulos se dirigían al pueblo en busca de víveres. Era la hora de sesta, esto es, nuestro medio día.

La Samaritana. En dicha hora se presentó una mujer de Samaria, llamada Fotina, para sacar agua. El Señor que tenía dispuesto convertir á esta Samaritana,

(1) Algunos autores opinan que nuestro Señor Jesucristo bautizó por sí mismo á la Santísima Virgen y á San Pedro,

sabía que vendría al pozo, y valiéndose de la sed abrasadora que le aquejaba, «mujer, le dice, dame de beber.....» y aquí comienza un diálogo que no es posible explicarlo en ningún idioma conocido.

Aquella mujer dirige una mirada desdeñosa hacia el hombre que le habla, pues conoce en sus modales, en su acento y en su traje que es de la Judea, y herida en su orgullo de raza le responde llena de arrogancia: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy Samaritana?» Aquí hay que advertir que judíos y samaritanos se odiaban de muerte; tanto, que la mayor injuria que podía hacerse á un judío era llamarle samaritano,

A esta respuesta desdeñosa de la altiva samaritana contesta dulcemente Jesús: «Si supieras el Don de Dios y quién es el que te dice «dame de beber, tú, de cierto, le pedirías á él y te daría agua viva.» «Señor, le replicó ella, no tienes vasija con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿de dónde tienes el agua viva? ¿Eres acaso mayor que nuestro padre Jacob, que nos hizo este pozo?» A la cual contesta dulcemente el Salvador: «El que beba de esta agua volverá á tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás.» Asombrada la samaritana de lo que acababa de oír, responde al Señor: «Dáme de esa agua para que no tenga ya sed ni venga aquí á sacarla.» ¡Dichosos aquellos que conociendo el abominable gusto de las cisternas del mundo, se vuelven como Fotina á Jesucristo pidiéndole del agua viva que sólo él posee!

Jesús descubrió luego á la Samaritana toda su vida y todos sus pecados ocultos, é instruyéndola además sobre el lugar y modo como se debía adorar á Dios, le dice: «Mujer, créeme, ya viene la hora en que ni el monte Garicín ni en Jerusalén adorarás al padre. Dios es espíritu, y es preciso que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.» «Ya sé que viene el Mesías, que se llama Cristo, le

contestó Fotina; y cuando haya venido, nos enseñará todas esas cosas.» A cuyas palabras Jesucristo le contesta dirigiéndole estas frases: «Yo soy, que hablo contigo.» Frases que terminaron la obra de una conversión, llamada con justicia *Milagro de la gracia*.

Fotina, al oír estas palabras, abandona su cántaro y corre presurosa á la ciudad diciendo á sus habitantes: «Venid á ver un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho: ¿será tal vez el Cristo?» Entre tanto llegaron sus discípulos y le dijeron: «Maestro, come.» Mas Jesús les contestó: «Mi comida es que se haga la voluntad del que me envía.»

Los habitantes de Sicar, así que oyeron á Fotina, salieron en tropel de la ciudad y fueron presurosos á encontrar á Jesús, suplicándole que viviera con ellos. Accedió el Salvador á sus deseos, y marchando á Sicar permaneció dos días en ella instruyendo y vigorizando la fé de sus habitantes. En este tierno pasaje nos enseña el evangelio *el triunfo prodigioso de la gracia contra todas las resistencias del corazón humano*.

Jesucristo en Cafarnaun cura al hijo de Régulo, á un endemoniado y á la suegra de Simón Pedro Después de dos días que pasó el Salvador en la ciudad de Sicar, continuó su viaje á Galilea, llegando al fin á Caná. Con la llegada á Caná coincidió que en la ciudad de Cafarnaun, distante catorce leguas de Caná, enfermó un hijo de un personaje principal de la corte de Herodes Antipas, llamado por la *vulgata* Régulo. ¿Qué enfermedad padecía el hijo de este magnate? El evangelista San Juan, que es el único que nos da noticia de este suceso, lo calla, si bien más adelante habla de *fiebre*.

En el momento que Régulo oyó que Jesús se hallaba en Galilea, se presentó á Él rogándole que bajara y curase á su hijo que estaba muriendo, á lo que le respondió el Salvador: «Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis;»

como si dijera: vienes á mí pidiendo la salud de tu hijo que está agonizando, pero exiges que descienda y lo sane. Entiendes que yo puedo curarle, pero no crees que pueda hacerlo si no bajo á la ciudad; empiezas á creer que soy poderoso en obras y palabras, pero no crees que soy el Mesías si no ves el principio de la curación de tu hijo. Sin embargo, el Señor le dijo: «Vé, que tu hijo vive.»

Confiado el cortesano de Antipas en las palabras de Jesús, se retiraba á su casa, cuando en el camino le salen al encuentro sus criados para anunciarle la buena nueva de la curación de su hijo. Apenas los ve el magnate les pregunta con reflexión misteriosa la hora en que empezó á mejorar; y habiéndole contestado «ayer á las siete le dejó la fiebre,» conoció ser precisamente la misma hora en que le había dicho Jesucristo «Tu hijo vive,» y creyó él y toda su casa.

Curación de un endemoniado. Jesús había elegido la ciudad de Cafarnaun como centro de sus apostólicas tareas, y al efecto, en la Sinagoga de dicha ciudad enseñaba todos los sábados. Un día que Jesús estaba predicando, repentinamente comienza á dar grandes voces un endemoniado, diciendo: «¿Qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazareth? ¿Has venido á destruirnos? Conozco bien que tú eres el Santo de Dios.»

Al escuchar Jesús estas voces, increpó duramente á Satanás, diciéndole: «Enmudece y sal de ese hombre.» A lo que obedeció el demonio, derribando en su salida al pobre *poseso*. Lo cual, visto por la multitud, se preguntaba llena de admiración y espanto: «¿Qué es esto que hasta los demonios le están sumisos y obedientes?»

Curación de la suegra de Simón Pedro. Durante la permanencia de Jesús en Cafarnaun, hallábase hospedado en casa de Simón Pedro, y al llegar de la Sinagoga en ese día, encontró en casa que la suegra de Simón sufría una gran calentura. Sus queridos discípulos le roga-

ron por su salud, y al instante Jesús, tocándole la mano, quedó libre de la fiebre y en disposición de servir á Jesús y á sus discípulos.

En aquella misma tarde fueron conducidos á la puerta de la casa de Pedro todos los endemoniados y enfermos de Cafarnaun, y todos fueron curados de sus *posésiones* y enfermedades. ¡Pruebas evidentes de la Divinidad de la misión de Jesucristo!

LECCIÓN 8.^a

Curación de un paralítico. = Vocación del publicano Mateo. = Elección de los doce apóstoles.

Curación de un paralítico. Después de la serie de prodigios, con los que el Divino Salvador quiso confirmar en Cafarnaun la divinidad de su doctrina, se retiró á otros pueblos de la comarca para evangelizarlos é instruirlos. Pasado algún tiempo, regresó de nuevo á la ciudad de Cafarnaun, centro, como hemos dicho, de sus apostólicas tareas.

Un día que Jesús predicaba en una casa rodeado de inmenso tropel, entre el cual hallábanse confundidos muchos escribas y fariseos, presentáronse cuatro hombres conduciendo á un paralítico tendido en un lecho para presentarlo al Señor. Llegados que fueron hasta la multitud, les fué imposible abrirse camino para entrar en la casa: en este apuro concibieron la idea de subir al enfermo á lo más alto de la casa, que, según la costumbre del país, lo formaba una azotea descubierta. Colocados en dicha azotea los conductores del enfermo, practicaron en el techo una ancha abertura por la que le bajaron hasta la misma sala, colocándole en medio de la asamblea á los pies del Salvador,

Jesús al ver aquel espectáculo tan conmovedor, no pudo menos de enternecerse admirando la gran fé del enfermo y la ingeniosa caridad de los conductores; por lo cual dirigiéndose al paralítico, le dijo: «Hijo, ten confianza que perdonados te son tus pecados,» cuyas palabras derramararon en el alma del enfermo una suavidad inesplicable, causando el mayor asombro en los circunstantes.

Sólo los escribas y fariseos, dominados por la envidia, fingieron escandalizarse, diciendo para sí: «Este blasfema: ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?» Mas penetrando el Salvador sus perversos pensamientos, les dijo: «Qué es más fácil decir, perdonados te son tus pecados, ó decir: «Levántate y anda?» los escribas y fariseos quedaron sorprendidos con aquella inesperada pregunta, sin saber que respuesta dar; pero el Salvador, haciéndoles ver que podía uno y otro, dijo al paralítico: «Levántate, toma tu lecho y anda» y cargando con él á vista de todos fuese á su casa. En vista de este prodigio las turbas temieron á Dios.

La prodigiosa curación del paralítico, según el venerable Beda, nos dá á conocer, «que nuestros pecados son ordinariamente la causa de nuestras dolencias, y por lo tanto, que es preciso quitar primeramente aquellos, para que quitada la causa venga nuevamente la salud á ocupar el lugar de la enfermedad.»

Vocación del publicano Mateo. Después de este ruidoso milagro, partió Jesús seguido de todo el pueblo, y al pasar por delante de la oficina de las Rentas donde se pagaban las contribuciones impuestas á la nación, vió sentado en el despacho á un hombre llamado Mateo ó *Levi* el cual nos refiere en su evangelio que era publicano, sin avergonzarse de declarar este cargo que desempeñaba, á pesar de ser tenido como infame entre los judíos; viéndole Jesús, le dijo: «Sígueme,» y levantándose

le siguió. Y acaeció, dice el mismo Mateo, apóstol después y más tarde Evangelista é Historiador del Divino Maestro, que estando el Salvador sentado á la mesa en su casa, á quien para manifestar su gratitud y reconocimiento por su vocación dispuso un festín, al que concurrió Jesús con sus discípulos y muchos publicanos y pecadores, compañeros de Mateo, los escribas y fariseos dijeron á los discípulos del Salvador: «¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?» Lo cual oído por Jesús, les dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores.» Es decir, á aquellos pecadores que renunciando sus pecados, los detesten y aborrezcan para lo sucesivo.

Elección de los doce apóstoles. Jesucristo había ya reunido un número considerable de discípulos, pero hasta entonces todos eran casi iguales. Era preciso elegir de entre éstos aquellos que habían de ser los Padres y Jefes del nuevo pueblo que iba á establecer en la tierra. Para proceder á esta elección, la más importante y trascendental, el Divino Maestro se retiró á un monte y pasó toda la noche orando en su cima; y aunque Jesús no necesitaba de semejantes preparaciones, sin embargo, quiso dar este ejemplo á su Iglesia y á sus fieles para que en los negocios áridos consulten siempre al Señor por medio de la oración.

A la mañana siguiente eligió de todos sus discípulos doce hombres destinados para la promulgación de su evangelio, á quienes honró con el nombre de Apóstoles, que significa *enviados*, concediéndoles el poder de lanzar los demonios, curar los enfermos y más tarde el de perdonar los pecados. Estos Apóstoles, elegidos por Jesucristo, fueron los siguientes: Simón, á quien Jesús dió el nombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo y Juan, hermano de Santiago; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo el publicano, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo y Júdas su hermano, llamado

Tadeo; Simón el Cananeo, llamado el *celoso*, y Júdas Iscariote, que fué el *traidor*.

LECCIÓN 9.^a

Sermón de la montaña.—Comienza el Salvador por las Bienaventuranzas
=Primera parte del sermón referente á los Apóstoles y sus sucesores.

Sermón de la montaña. Después de verificada la elección de su Colegio Apostólico, bajó el Salvador de la montaña acompañado de sus Apóstoles y discípulos, y al llegar á la llanura halló una inmensa multitud de pueblo de toda la Judea, de Jerusalén y del país marítimo de Tiro y Sidón, que habían llegado para oírle y curarse de sus diversas enfermedades. El Salvador curó á todos, y después de sanar sus cuerpos, creyó aquel momento oportuno para trabajar por la salvación de sus almas; pero no pareciéndole adecuado el lugar donde se hallaban para que pudieran escuchar su divina palabra, volvió á subir á la altura, y sentado en medio de sus discípulos, y colocada la multitud por las laderas, con voz clara y penetrante pronunció un admirable discurso, conocido con el nombre de *Sermón del monte* (1).

Para no perder ni una sola palabra de las que salieron de los labios divinos del Salvador en ese sermón; llamado por excelencia *Sermón del monte*, meditemos atentamente todas y cada una de ellas; pues lo mismo fueron pronunciadas para las turbas numerosas que entonces seguían al Divino Maestro, como para todos y cada uno de nosotros,

(1) No convienen los Sagrados intérpretes acerca del tiempo en que Jesús pronunció este renombrado sermón,

y para los que nos sucedan hasta la consumación de los siglos.

Dos partes contiene esa magnífica peroración: la primera se dirige principalmente á los Apóstoles y á sus sucesores, y la segunda á todo el pueblo entonces presente, y á todas las generaciones venideras.

Jesucristo, fundador de una nueva Sociedad, ó más bien restaurador de la sociedad humana, degradada y corrompida por el pecado y por la idolatría, sienta las bases del nuevo orden de cosas que Él quiere establecer, señalando después los deberes que competen á los sacerdotes y á los fieles.

Comienza el Salvador por las Bienaventuranzas. Y comenzando por desvanecer la falsa idea que los hombres tenían de su felicidad y bienaventuranza, haciéndola consistir en el goce de las riquezas y de los placeres, el Divino Maestro explica sencillamente quiénes sean y puedan llamarse verdaderamente felices y bienaventurados, siendo en primer lugar

Los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; entendiéndose por pobres de espíritu aquellos que lo abandonan todo por seguir á Jesucristo, y los que en medio de las riquezas tienen el corazón desprendido de los bienes de la tierra.

Los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Los que lloran, porque ellos serán consolados.

Los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

Los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.

Y en fin, todos aquellos que padezcan por su causa; en una palabra, el desprecio de las riquezas, de los honores y de los placeres, y la práctica de las virtudes: hé aquí la base del Cristianismo, y en lo que, según el Divino Preceptor, consiste la felicidad y bienaventuranza de esta vida.

Primera parte del sermón referente á los Apóstoles y á sus sucesores. Mas como estas virtudes que Jesús predicaba á las turbas de Kerún (1) era preciso que fueran anunciadas á todos los hombres de todos los países y de todos los siglos, destruyendo al mismo tiempo el imperio de las falsas divinidades del Paganismo, y obligando á los dioses y semi-dioses á prosternarse con sus esclavos al pié de la cruz, era necesario que los encargados de realizar tan difícil empresa estuviesen adornados de las dotes de virtud y santidad que semejante empresa requería.

El Divino Maestro lo reconoce así y se apresura á recomendar á sus Apóstoles y á todos sus sucesores, que son los sacerdotes, la virtud más acrisolada, una vida ejemplarísima y una caridad sin límites para con sus semejantes. «Vosotros sois, les dijo, la sal de la tierra: si la sal se disipase, ¿con qué será ella salada? Para nada vale después sino para ser arrojada y pisada por los hombres. Vosotros sois, prosiguió, la luz del mundo y como una ciudad construida sobre un monte, expuesta á las miradas de todos: brillad, pues, con tal santidad, que todos los que os vean den gloria á vuestro Padre que está en el Cielo: no se enciende una antorcha y se coloca debajo del celémín, sino sobre un candelero para que alumbré á todos los que están en casa. Así debe brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre

(1) Kerún, montaña llamada de las bienaventuranzas, próxima á Cafarnaun.

que está en los Cielos.» La religión, de que sois ministros y conservadores, no es una religión nueva, sino el perfeccionamiento de la ley antigua.

LECCIÓN 10

Segunda parte del sermón de la montaña referente al pueblo judío y á todos los pueblos cristianos.==Del amor á los enemigos.==De la oración, la limosna y ayuno.==De la imposibilidad de servir á dos señores á un tiempo y condenación de la demasiada solicitud por las cosas de la tierra.==Termina el Salvador su exhortación con un bellissimo simil.

Segunda parte del sermón de la montaña: del amor á los enemigos. Después de haber explicado el Soberano Maestro los deberes y obligaciones peculiares de los jefes de la nueva Sociedad que iba á establecer, traza de un modo admirable los deberes comunes á todos los cristianos, lo mismo á sacerdotes que á fieles, insistiendo muy especialmente en un punto cardinal, que es, digámoslo así, como el resumen de dicho sermón; pues es la virtud practicada en grado heróico: esto es, *el amor de nuestros enemigos*.

«Os han enseñado hasta hoy, dijo el Divino Maestro, amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; pues yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que de ese modo seáis hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amáis sólo á los que os aman, ¿qué recompensa mereceis? ¿Por ventura no hacen eso mismo los publicanos? Si saludareis sólo á vuestros hermanos,

¿no hacen eso mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.»

Tal es la perfección á que somos llamados por el Cristianismo y la que Jesús nos dió como modelo de imitación, si queremos agradar á su Padre celestial; mas atendida nuestra flaqueza y nuestra humana debilidad, el Divino Salvador se adelanta á proponernos un medio seguro para alcanzar todas las fuerzas necesarias para practicar esa virtud heroica, cuyo medio único y eficaz es la

Oración. «No temais, les dijo, pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. En efecto, ¿Quién de vosotros si su hijo le pide pan le dará una piedra, ó si le pide un pez le dará un escorpión? Pues ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará bienes á los que los pidan? Hé aquí cómo debéis orar, diciéndole: *Padre nuestro que estás en los cielos.....*»

Limosna y ayuno. Después de condenar el Salvador con la mayor energía el apego á las cosas terrenas y la avaricia, pasa á tratar de la limosna, diciendo: Cuando hagáis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, á fin de que ella sea un secreto, y vuestro Padre, que ve los secretos, os recompensará.» «Cuando ayunéis, no mostréis una cara triste para que los hombres sepan que ayunáis y vuestro Padre, que lo ve todo, os atenderá.

De la imposibilidad de servir á un tiempo á dos señores y condenación de la demasiada solicitud por las cosas de la tierra. No creáis que os sea posible servir á un tiempo á dos señores; porque ó aborreceréis al uno y amaréis al otro, ó al uno sufriréis y al otro despreciaréis. No podéis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo, no andéis afanosos en buscar qué comeréis ó qué vestiréis. ¿No es más preciosa la vida que la comida, y el cuerpo más que el vestido? ¿Cómo,

pues, os ha de negar vestidos y alimentos el que os dió la vida y el cuerpo? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y sin embargo vuestro Padre, que está en el Cielo, tiene cuidado de alimentarlas. Considerad los lirios del campo de qué modo crecen y florecen: ni Salomón en el mayor apogeo de su magnificencia, estaba ataviado tan hermosamente como uno de esos lirios. ¿Pues no sois vosotros más que las aves del aire y más que los lirios que hoy son y mañana los veis arrojados al fuego? Y si los cubre y adorna de ese modo ¿cuánto más cuidado tendrá de vosotros, hombres de poca fé? No andéis, pues, demasiado solícitos en buscar que comer, que beber y que vestir: vuestro Padre celestial, que sabe que tenéis necesidad de todas esas cosas, os las proporcionará. *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura.*

Tales fueron las instrucciones dadas á todos los cristianos de todos los tiempos por el Soberano Maestro, en las cuales se condena el apego ciego á los bienes de la tierra; se reprueba el olvido en que tenemos á la Divina Providencia, y el cuidado con que miramos las necesidades temporales sobre las necesidades espirituales: quiere sin embargo que cuidemos de nuestros intereses; quiere que seamos previsores en cuanto á las necesidades de nuestras personas y de nuestras familias. y quiere, en fin, que reservemos alguna cosa para el día de mañana; pero con tan poco apego, que sepamos desprendernos de ellas en todas las ocasiones que así lo exija su gloria y nuestra salvación. En una palabra, el desprecio de la tierra y el amor al cielo, es lo que constituye la base principal sobre la que está establecida nuestra adorable Religión, fundada por el Divino Predicador de la montaña de *Kerán*.

Termina el Salvador su exhortación con un bellissimo símil. Por último, el Maestro celestial

quiso dar á sus enseñanzas un remate digno de su eterna sabiduría: «El que oye las palabras que acabo de decir, concluyó el Salvador, y arregla su vida según mi doctrina, será comparado á un varón sabio que edificó su casa sobre la roca: descendió la lluvia, y vinieron inundaciones, y soplarón fuertes los vientos huracanados, y la casa no cayó, porque estaba edificada sobre piedra. El que, por el contrario, oye mis palabras sin aprovecharse de ellas, será semejante á un hombre loco que edificó su casa sobre arena: vino la tempestad y la casa se hundió, pregonando sus amontonadas ruinas las locuras de su dueño.»

Después de este discurso, el más admirable que jamás salió de la boca de ningún hombre, los oyentes, llenos de admiración, exclamaron entusiasmados: «No, nuestros Doctores, nuestros Maestros, nuestros Rabinos, nada son al lado del Maestro que acaba de instruirnos.»

LECCIÓN 11

Curación de un leproso y del siervo del Centurión. — Viaje de Jesús á Gerasa y curación de dos endemoniados.

Curación de un leproso y del siervo del Centurión. Acababa el Señor de dirigir á las numerosas turbas que le seguían el magnífico sermón, llamado por excelencia *Sermón del monte*; y cuando aquellas gentes recordaban unos á otros los importantes mandamientos y admirables lecciones que acababa de darles el idóneo y único Maestro, como le llama San Agustín, para enseñar tales verdades; entonces es cabalmente cuando vienen á confirmar la verdad de sus palabras dos portentos á cual más admirables. Es el uno la limpieza que dá Jesucristo á

un pobre leproso: es el segundo la curación de un siervo del Centurión.

Apenas el Señor bajó del monte, se vió rodeado de una multitud inmensa que le esperaba; al mismo tiempo se le acercó un pobre leproso, y postrándose en el suelo, le dijo: «Señor, si queréis, podéis curarme.» Jesús, compadeciéndose de él, le extendió la mano, y tocándole le dijo: «Quiero, sé curado.» Y apenas hubo pronunciado estas palabras, desapareció de aquel hombre la lepra.

Jesús mandó que lo alejaran al momento, y le dijo: «A nadie digas que te he curado: ve únicamente á mostrarte á los sacerdotes, y preséntales las ofrendas que la ley exige.» Mas el leproso, loco de alegría, no se acordó sin duda del encargo del Salvador, y publicando el milagro, aumentaron extraordinariamente las muchedumbres, que le siguieron hasta que llegó á Cafarnaun.

Curación del siervo del Centurión. Habiendo entrado Jesús en la *villa de dulzura* (1), acercóse á él un Centurión rogándole y diciéndole: «Señor, mi siervo yace paralítico en casa, y es reciamente atormentado.» A lo cual le contestó el Salvador: «Yo iré y le curaré.» Confundido el Centurión (2) con esta respuesta del Salvador, dirigióle unas palabras de tan extraordinario mérito, que la Iglesia las ha hecho suyas, y cada vez que el sacerdote comulga, y cuantas veces se da al pueblo esa participación del cuerpo y sangre de Jesucristo, el cristiano no encuentra mejor forma para manifestar su fé, su humildad, su contri-

(1) Cafarnaun significa «villa de dulzura» «ó campo de la consolación.»

(2) Créese comunmente que C. Cornelio, el Centurión del Evangelio, era español, y que su hijo C. Oppio fué el otro Centurión que asistió, con parte de su centuria, á la crucifixión y muerte de Jesucristo, y que uno y otro, después de convertirse al Cristianismo, vinieron á España y predicaron el Evangelio.

ción, su confianza y su amor al Dios de la Eucaristía, que repetir con el Centurión: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, sino mándalo con tu palabra y será sano mi siervo.»

Al oír esto Jesucristo, admiróse y dijo á los que le seguían: «En verdad os digo que no he hallado tan gran fé en Israel;» y dirigiéndose al Centurión le dijo: «Ve, y como creíste, así se haga contigo.» Y fué sano el siervo en aquella hora.

Viaje á Gerasa y curación de dos endemoniados. Era la tarde del día en que Jesucristo curó al siervo del Centurión en la ciudad de Cafarnaun, en vista de cuyo prodigio se apresuraron las gentes á traer la multitud de enfermos y endemoniados, y dice San Mateo que los curó á todos.

Mas como viese Jesús muchas gentes al rededor de sí, mandó preparar una barca para pasar á la orilla opuesta del mar de Tiberiades. Embarcado el Salvador con sus discípulos en dicha navecilla, suscitóse en el mar una horrosa borrasca que hizo zozobrar la pequeña embarcación, hasta el punto de poner en peligro á los tripulantes; pero calmada la tormenta por el poder inmenso de Jesús, llegaron á la orilla opuesta sin el menor contratiempo.

Desembarcando en Gerasa, ciudad de la Decápolis, situada al Nordeste del mar de Galilea, le salieron al encuentro dos endemoniados que habitaban unas cavernas; pero tan furiosos, que nadie se atrevía á transitar por los lugares que habitaban á causa del temor que infundían. Apenas los endemoniados percibieron á Jesús, comenzaron á dar fuertes gritos, diciendo: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús, hijo de Dios? ¿Has venido á atormentarnos antes de tiempo?» Y andando paciando, no lejos de aquel lugar, una piara de puercos, los malignos espíritus rogaron á Jesús, diciéndole: «Si nos echas de aquí, envíanos á la piara de

puercos.» El Divino Salvador accedió á los deseos de aquellos espíritus de maldad; pues saliendo de los cuerpos de los pobres *posesos* se fueron á los puercos, é inmediatamente toda la piara de aquellos animales inmundos se precipitó en el mar. Aterrorizados los pastores de la piara, entraron en la ciudad refiriendo lo sucedido, y los ingratos de Gerasa, sintiendo más la pérdida de sus animales inmundos que el grande beneficio hecho en favor de los pobres endemoniados, rogaron á Jesús que saliese inmediatamente de la ciudad. En vista de este infame proceder de los gerasenos, el Divino Salvador volvió á reembarcarse con sus discípulos y regresó de nuevo á la otra orilla del lago de Tiberiades.

LECCIÓN 12

Curación de la Hemorroisa y resurrección de la hija de Jairo.—Dá vista á dos ciegos y cura al paralítico en la piscina de Bethesda.

Curación de la Hemorroisa y resurrección de la hija de Jairo. Así que el Salvador hubo desembarcado con sus discípulos, emprendieron su marcha á Cafarnaun; un momento se sentaron en el camino á descansar, cuando llega á su encuentro un príncipe de la Sinagoga, cuyo nombre, según San Marcos y San Lucas, era Jairo; estos dos evangelistas dicen que aquel Príncipe, así que vió á Jesús, se postró á sus piés; pero San Mateo dice además que le adoró, diciéndole: «Señor, mi hija acaba de morir; pero ven, pon la mano sobre ella, y vivirá.» Jesucristo se levanta, y poniéndose en marcha, seguido de sus discípulos y de las numerosas turbas que le esperaban en la playa de Tiberiades, sigue al padre que marcha delante penetrado del más profundo dolor.

En esto se acerca á la turba una pobre mujer que hacía diez y ocho años que padecía una pertinaz hemorragia: era la *pudorosa Hemorroisa* ¡Infeliz mujer! A la gravedad del padecimiento había que añadir las molestias que le habían hecho sufrir los médicos: así lo dice el evangelio. Además de esas molestias, aquella mujer vió consumido todo su caudal, y si al cabo hubiera conseguido la salud; pero ¡ay! San Lucas nos dice «que todo había sido inútil é infructuoso.

Cuando ella vió aquel tropel de gentes que rodeaban á Jesús, comprendió las grandes dificultades de poder hallarle, y dijo para sí: «si logro tocar siquiera la orla de su vestido, sanaré:» y llegándose por detrás entre la confusión de la gente, consiguió lo que deseaba, esto es, tocó la vestidura de Jesús; mas conociendo el Señor, por la virtud que de él había salido, la acción de aquella piadosa mujer, volvióse hácia la gente, diciendo: «¿Quién me ha tocado?» Y aquella santa mujer, al oír estas palabras, póstrase temblando delante de Jesucristo y humildemente le declara toda la verdad. El Salvador entonces, lleno de dulzura y amor, le dirige estas consoladoras palabras: «Tu fé te ha salvado, vete en paz.»

El evangelio nada nos dice acerca del nombre de esa mujer; pero la tradición constante y la opinión general se ha fijado en un nombre, al que va unido un recuerdo de piedad y de ternura en el doloroso viaje de Jesucristo al Calvario. ¿Quién no recuerda la piadosa acción de la Verónica? La Verónica es, pues, la que aquí llamamos *pudorosa Hemorroisa*, conocida con el nombre de Berenice (1).

Siguiendo el Salvador su emprendido camino hácia Cafarnaun, y viendo la grande aflicción de Jairo, le dice:

(1) Berenice ó Verónica era natural de una ciudad situada en las vertientes del Líbano, llamada «Lesen», y últimamente Cesarea de Filipo,

«No temas, cree solamente y sanará tu hija;» y habiendo llegado á la ciudad con dirección á la casa del Archisinagogo, oyó el espantable ruido con que las cantatrices y planideras al eco de sus lúgubres instrumentos, lloraban la muerte de la joven Seilan: al acercarse el Salvador, les dijo: «Retiraos, la muchacha no es muerta sino que duerme,» y se mofaban de Él. Jesús entonces rechazó aquella turba de necios, y acompañado únicamente de sus discípulos Pedro, Juan y Santiago y de los padres de la niña, se dirige á la habitación donde yacía, y extendiendo su brazo Omnipotente, toma la mano de aquella diciéndola al mismo tiempo: «*Thalitha, cumí*, que quiere decir: «Niña, á tí te lo digo, levántate.» Y al punto levantóse la niña, dice el Sagrado texto, y echó á andar; y tenía doce años; y se pasmaron todos en gran manera.»

Estos dos prodigios entrelazados y conexos que acabamos de referir, tienen un significado tan misterioso, que no podemos menos de consignarlo. Jesucristo fué llamado primeramente para la hija de Jairo; pero se atravesó Bereníce y fué curada de su dolencia antes que fuese resucitada la hija del príncipe de la Sinagoga. La Hemorroisa es una figura bellísima de la Iglesia que venía del campo de la gentilidad: la hija de Jairo representa á la Sinagoga, ó sea al Jidaísmo, que al fin resucitará á la vida de la fé, pero en los últimos días del mundo.

Dá vista á dos ciegos y cura al paralítico de la piscina de Bethsaida. Acercándose una de las fiestas principales de los judíos, que algunos creen fuera la de las suertes, llamada *Turin*, determinó el Señor acudir á ella y al efecto, abandonando Cafarnaun, salió con dirección á Jerusalén. Durante su marcha, como siempre iba seguido de una inmensa multitud de gentes, dos ciegos, que se hallaban pidiendo limosna en el camino, así que supieron que Jesús pasaba por allí, comenzaron á clamar: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de nosotros;»

á cuyas voces les preguntó el Salvador: «¿Creéis que yo puedo haceros este bien?» «Sí, Señor, contestaron ellos.» Y acercándose entonces Jesucristo, puso sus manos divinas sobre los ojos de ambos, diciendo: «Hágase según vuestra fé,» y al instante recobraron la vista.

Después de este doble milagro, siguió el Salvador su camino hacia Jerusalén, y llegado que fué á la ciudad, se detuvo en la piscina *probática*, que en hebreo se llama Bethesda, la cual tenía cinco pórticos: en estos yacía gran número de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que esperaban el movimiento del agua, porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina y movía el agua, y el que primero entraba en la piscina, después de agitar el agua, quedaba sano de cualquier enfermedad. A la llegada de Jesús, hallábase allí un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años: al verle Jesús le preguntó: «¿Quieres ser sano?» A lo cual contestóle el paralítico: «Señor, no tengo hombre que me introduzca en la piscina, luego que el agua es movida, y cuando yo quiero entrar en ella, ya otro llegó primero.» Pues bien, díjole Jesús: «levántate, toma tu camilla y vete;» y tomando áuestas su miserable tablado, atraviesa corriendo y lleno de gozo las calles de Jerusalén, causando la admiración del pueblo y escitando la envidia de los escribas y fariseos.

Con este prodigio admirable, dice San Agustín, nos dejó el Señor una señal clara y patente de la eficacia del Sacramento de la Penitencia, si el alma lo recibe con fé.



LECCIÓN 13

Misión que Jesucristo dió á sus Apóstoles.—Prisión del Bautista y elogio que Jesucristo hace de su Precursor.—Resucita al hijo de la viuda de Naim.—Conversión de María Magdalena.

Misión que Jesucristo dió á sus apóstoles.

Pasada la fiesta de las *suertes*, regresó el Salvador con sus discípulos á la parte de Galilea comenzando á evangelizar, no sólo las aldeas, sino los castillos y ciudades por donde pasaba; pero no siéndole posible predicar en todas partes, envió á sus Apóstoles de dos en dos á los puntos donde Él no podía ir en persona, dándoles el encargo de predicar el Reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios, no á los gentiles y samaritanos, sino á las ovejas que habían perecido de la casa de Israel.

Al efecto les dió varias instrucciones sobre el género de vida que convenía hacer á los predicadores de su Divina palabra, asociándose, durante la ausencia de sus doce Apóstoles, cierto número de discípulos á quienes destinó á un ministerio inferior.

De este modo el Salvador del mundo ponía los cimientos de la gerarquía Eclesiástica, y con objeto de preparar á estos discípulos para sus respectivos cargos, quiso considerarlos como sus cooperadores y testigos de sus maravillas.

Prisión del Bautista y elogio que Jesucristo hace de su Precursor. En la lección 6.^a dejamos al Precursor del Mesías predicando á las turbas en las riberas del Jordán y exhortando á la penitencia á todos cuantos se acercaban á él. Entre sus oyentes, hallá-

ronse muchos escribas y fariseos, así como también el hijo de Herodes el *Grande*, llamado Herodes *Antipas*, que por entonces era Tetrarca de Galilea. Este escandaloso y adúltero monarca, bien pronto se vió severa y públicamente reprendido por el austero anacoreta, haciéndole ver el infeliz estado de su conciencia y la enorme injuria que hacía á su hermano Filipo, Tetrarca de la Ituria, habiéndole arrebatado su esposa y viviendo con ella maritalmente. «No te es lícito, le decía el Bautista, tener por mujer á la esposa de tu hermano.»

El Espíritu-Santo ha dicho que «no hay ira sobre la ira de la mujer;» y en esta ocasión se confirma claramente esta gran verdad; porque obedeciendo Herodes á las incessantes exigencias de Herodías, que ofendida de la predicación del Bautista, había concebido contra él un odio mortal, dispuso que el Precursor fuese encerrado en el castillo de Maqueronta en calidad de prisionero.

La injusticia de Herodes no privó al inocente cautivo de la visita de sus discípulos que asistían á su escuela: éstos un día le llevaron á la cárcel noticias de un hombre, llamado Jesús, y aunque el Bautista nada ignoraba, sin embargo, envía á dos de sus discípulos para que le pregunten «si es Aquél que ha de venir.» Jesucristo, después de dar á los enviados de Juan la respuesta que habían de dar á su Maestro, comienza la apología de su Precursor, diciendo: «¿Qué salísteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Mas, ¿qué salísteis á ver? ¿Un profeta? Pues dígoos que es aún más que profeta: os digo en verdad que entre los nacidos de mujer no se levantó otro mayor que Juan Bautista (1).

Juan se habia contentado con llamarse á sí mismo *una voz, un eco*; pero Jesucristo le declara el hombre de la ley

(1) San Mateo, cap. 40, v. 7 y 8.

antigua y de la nueva: de aquella, el último y mayor profeta; de ésta, profeta también, Apóstol y mártir..... En la lección 15 le veremos descender al *Seno de Abraham*, coronada su frente con la aureola del martirio para decir á los justos que allí esperaban: «Os traigo la gran nueva de que está cerca de nosotros el que nos ha de franquear la entrada en el cielo, pues Él me santificó y yo lo bauticé y le di á conocer al mundo.

Jesús resucita al hijo de la viuda de Naim.

Un día que Jesucristo caminaba, seguido de sus discípulos, llegó á una ciudad llamada Naim, esto es, *hermosa*; y lo era en efecto, según se desprende de la pintura que de ella hacen San Jerónimo y el historiador Eusebio: «Es una ciudad de Galilea, dicen, distante dos millas del monte Tabor, del que la separa el torrente Cisón que corre entre aquél y la ciudad; vecinas suyas son las ciudades de Endor y Scitópolis. Las palmeras y olivos tienen en sus inmediaciones una elevación sorprendente debida á la amenidad de su suelo. ¡Precioso campo, donde parece que se está viendo á Barac deshacer las orgullosas huestes de Sisara!

Al acercarse Jesús á las puertas de la ciudad, encontró que casualmente llevaban un muerto á darle sepultura. Era éste un hijo único de una viuda. La madre iba detrás del féretro, y con ella gran número de personas de la ciudad que lloraban amargamente. Luego que la vió el Salvador, movido á compasión, le dijo: «No llores;» y acercándose, tocó el féretro; y deteniéndose los que lo llevaban, con aquél tono imponente y magestuoso que Jesús solía usar cuando imperaba á la muerte y al demonio, dijo: «Joven, levántate, yo te lo mando.» El muerto escucha, se sienta, se levanta y empieza á hablar; y Jesús, tomándole de la mano, lo devolvió á su madre.

Tan sorprendidos y admirados quedaron los circunstantes con este prodigio, que no pudieron ménos de exclamar:

«El Gran Profeta apareció entre nosotros, y Dios visitó á su pueblo.»

Conversión de Maria Magdalena. Después del estupendo milagro que el Salvador había obrado en Naim, hallándose todavía en dicha ciudad, ó en la aldea de Mágdalo, como quieren otros, sucedió que un cierto fariseo, llamado Simón *Leproso*, rogó á Jesús que aceptara un convite: Jesús no tuvo inconveniente en aceptarlo.

Hallándose sentado á la mesa, repentinamente se presenta en la sala del banquete una visita inesperada. Era una mujer que, sin haber sido convidada, penetra en el salón; dicha mujer era conocida en toda la Judea por el nombre de un castillo de su pertenencia; y las mujeres de Sión, que envidian no poco sus naturales encantos, se apartan á su paso por no contagiarse con el aire de la pecadora. Esto era antes, pero ahora ¡qué diferente se presenta en casa del fariseo! Vestida de tosco y áspero sayal, desgredada su hermosa cabellera y fijos sus hermosos ojos en el suelo, hé aquí la actitud de la castellana de Mágdalo al entrar en la sala del banquete.

Grande fué la sorpresa de los convidados al ver penetrar en el salón aquella mujer tan renombrada, conocida nada ménos que con el nombre de la *pecadora*..... No es que Magdalena perteneciese al número de esas desdichadas jóvenes que se venden al vicio, no; por su esclarecido linaje, por su extraordinaria hermosura y por sus cuantiosos bienes de fortuna, no tiene necesidad de agregar la perversidad á la deshonra. Magdalena pertenece, digámoslo así, á la alta escuela del pecado Es pecadora, sí, y gran pecadora; pero llevada á ese abismo únicamente por su altanería y por sus pasiones vehementes.

Así que Magdalena entra en el salón del convite, arrójasela á los piés del Salvador y, derramando sobre ellos copiosas y abundantes lágrimas, comienza á enjugarlos con los

cabellos de su cabeza y á ungirlos con el precioso nardo que al efecto llevaba prevenido. ... «Y aquí me teneis, Señor, le dice á Jesús; á vuestras plantas se halla la gran pecadora de la Ciudad: cierto es que he amado al mundo con locura; pero de hoy en adelante toda mi alma es de Vos, Nada habrá en el mundo que pueda separarme de vuestro amor.» A lo cual contestó el Salvador: «Se te han perdonado tus pecados: vete en paz.» ¡Dulces y consoladoras palabras que Jesucristo está siempre dispuesto á pronunciar sobre todos los pecadores que imiten á Magdalena en el arrepentimiento y en la penitencia!

LECCIÓN 14

Exposición y esplicación de las Parábolas del Salvador. — Parábola del sembrador. — La cizaña. — El grano de mostaza.

Exposición y explicación de las parábolas del Salvador. En la *Historia Sagrada*, se dá el nombre de parábola «á los símiles empleados en la exposición de una doctrina.» Estaba escrito del Divino Salvador «que en su predicación se serviría de parábolas (1),» y en cumplimiento de esta profecía se acomodó á esa locución propia de todos los pueblos orientales, y especialmente de Palestina.

Antes de entrar en el estudio de estas figuras, tan sencillas como significativas que el Divino Maestro usó en la explanación de su celestial doctrina, conviene que tengamos presente una preciosa observación que hacen los Sagrados Expositores; vedla aquí: «La parábola, precedida de un gran milagro, es como la preparación para una doc-

(1) «Aperiam in parabolis os meum.» Salmo 77, v. 2.^o

trina asombrosa; y cuando ella se adelanta al prodigio, éste es la confirmación de lo que la parábola significa.»

Sentados estos precedentes, vamos á ocuparnos de las parábolas del Salvador. Ya hemos visto en la lección anterior la escena patética y conmovedora ocurrida en casa de Simón el *Leproso* con la pecadora de Mágdalo, referida por el evangelista San Lucas; pues bien, aquí hemos de notar una circunstancia que omite este evangelista, pero que de ella nos dá conocimiento San Mateo. Según este sagrado evangelista, Jesucristo, saliendo de la casa de Simón el *Leproso*, se encaminó hácia el lago de Genetsaret, llamado, como sabemos, *mar de Tiberiades*, y se sentó á la orilla. Entonces se reunieron muchas gentes ansiosas de escuchar de sus divinos labios aquella palabra de consuelo y de vida, y subiendo Jesús á la barquilla de Pedro, se sentó en ella, ocupando la ribera del mar la multitud á quien propuso primeramente la Parábola *del sembrador*, y á continuación de ésta la conocida con el nombre *de la cizaña*, la *del grano de mostaza*, la *de la levadura*, la *del mercader* de piedras preciosas y la *de la red tirada al mar*, concluyendo con la hermosa comparación del Padre de familias, que por ser muy rico, cuando le place saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas.

De todas estas parábolas, elegiremos las tres primeras para su exposición y esplicación, haciéndolo sucintamente, como conviene á un *estudio elemental*, comenzando por la primera, ó sea por la

Parábola del sembrador. En un día sereno, y bajo el azulado cielo de la Palestina, el Divino Salvador, ocupando la modesta barquilla de Pedro, dulce y amable sobre todo encarecimiento, levanta su divina mano y.... oigamos lo que dice: «Un hombre salió á sembrar su grano, y al sembrarle, una parte cayó junto al camino y fué hollada y comiéronla las aves del cielo; otra cayó sobre

piedra, y cuando fué nacida se secó porque no tenía humedad; otra cayó entre espinas, y las espinas que nacieron con ella la ahogaron; y otra cayó en buena tierra y nació y dió fruto á ciento por uno.»

Cuya parábola tiene la siguiente significación: El sembrador es Jesucristo; la semilla la divina palabra, que á veces cae sobre quien la oye; pero viene el diablo y se la arrebató para que no creyendo, se pierda miserablemente; ó se recibe con gusto, pero la hace olvidar la más pequeña tribulación, como semilla nacida entre piedras; ó es infructuosa por los placeres del mundo, que son las espinas; ó se aprovecha de ella, y entonces es semejante á la semilla que cayó en buen terreno y produce sazonados y abundantes frutos.

Parábola de la cizaña. «Semejante es el reino de los Cielos, continuó el Salvador, á un hombre que había sembrado buena semilla en su campo; pero mientras sus operarios dormían, fué su enemigo y sembró cizaña entre el trigo y huyó. Al crecer el sembrado apareció la cizaña en grande lozanía: Entonces los operarios del Padre de familias se acercaron á él y le dijeron: «Señor, ¿no sembraste buena semilla de trigo? ¿Cómo es, pues, que ahora se halla mezclada con él la cizaña?» A lo cual contestó: «Mi enemigo ha sido quien hizo eso.» ¿Queréis, le dijeron los operarios, que vayamos á arrancarla? No tal, contestó el Padre de familias; pues sería fácil que al arrancar la cizaña arrancaríais á la vez también el trigo. Dejad que venga la siega y entonces diré á los segadores: «recoged primero la cizaña, y atada en gavillas será quemada en el fuego; mas el trigo le guardaré en mi granero.»

La explicación de esta parábola nos la ha dado el mismo Jesucristo; quien rogado por sus discípulos para que les explicara el significado de ella, se dignó complacerlos,

diciéndoles: «El que siembra la buena simiente es el hijo de Dios; el campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del reino; y la cizaña son los hijos de la iniquidad. Mas el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es la consumación de los siglos; y los segadores son los ángeles. Por manera que así como es cogida la cizaña y quemada en el fuego, así sucederá en la consumación de los siglos. «Enviaré el Hijo del hombre, á sus ángeles y echarán fuera de su reino todos los escándalos y á los que los causan, arrojándolos en el horno del fuego: Allí habrá llanto y crugidos de dientes.»

Parábola del grano de mostaza. «El reino de Dios, prosiguió el Salvador, es semejante á un grano de mostaza que un hombre coge y siembra en su campo; y si bien ese grano es el más pequeño de todas las semillas, cuando se ha desarrollado es el mayor de todas las plantas leguminosas y llega á convertirse en árbol, de manera que los pájaros del cielo van á posarse y anidar en sus ramas.»

Cuya parábola tiene el siguiente significado: «El Evangelio eterno de Jesucristo es ese grano de mostaza, que el Padre de familias sembró en su campo; y siendo el más pequeño de todas las doctrinas por la santa humildad de Jesucristo, nació, extendió sus ramas y las aves del cielo, esto es, las inteligencias de primer orden, vinieron y anidaron en su follaje: los hombres vinieron y descansaron á su amorosa sombra, donde hallaron descanso sus corazones, abrigo en sus trabajos, amparo en sus tribulaciones y la santa esperanza de una gloriosa inmortalidad.»

LECCIÓN 15

Degollación del Bautista.—Muerte de Herodes, Herodías y Salomé.—

Multiplicación de los cinco panes y dos peces en el Desierto
de Bethsaida.

Degollación del Bautista. Ya no se oye en las riberas del Jordán la terrible voz del Bautista tronando contra el escándalo de la corte; ya no declama el austero anacoreta contra la innoble pasión que tanto degrada al Tetrarca de Galilea como á su infame y adúltera cuñada. Víctima del odio de esta impúdica mujer, el Precursor del Mesías gime sepultado en las prisiones de Maqueronta.

Pero el odio de Herodías no está aún satisfecho con esto, no: mientras viva ese hombre, no hay para ella descanso ni tranquilidad posible: es preciso que muera ese terrible fiscal de su relajada vida. Y decidida la muerte del *justo* en el corazón de la adúltera, sólo excogita el medio de llevar á cabo su cruel venganza, la cual no se hizo mucho esperar.

Era el día del natalicio de Herodes, el cual era celebrado todos los años por este monarca con gran aparato y solemnidad, convidando á su fiesta á los más principales de toda Galilea. Celebrábase el festín con las báquicas orgías que de ordinario acompañan á este género de fiestas, donde imperan la gula, la licencia y la intemperancia, cuando el anfitrión y convidados fueron sorprendidos por un suceso inesperado. Salomé, hija de Herodías y de Filipo, joven hermosa y ataviada con lujo deslumbrador, se presenta en la sala del convite entregándose á la alegría de una danza incitante y seductora. Tal impresión causaron en los espectadores y en el ánimo del lascivo monarca

los saltos y desenvoltura de la desdichada joven, que dirigiéndose Herodes á ella, le dice: «Pide cuanto quieras y lo tienes concedido, aunque sea la mitad de mi reino,» cuya promesa ratificó con juramento.

Salomé instruida de antemano por su inicua y licenciosa madre, corre presurosa á consultar con ella la gracia que debe pedir al rey, y aquella infame y cruel adúltera le advierte que nada pida sino la cabeza del inocente y santo Precursor. Vuelve Salomé á la sala de los convidados, y con la mayor sangre fría, dice al rey: «Quiero que al punto me des, colocada en un plato, la cabeza de Juan Bautista.»

Estas horribles palabras llevaron el espanto, no sólo á los convidados, sino hasta al mismo Herodes: sin embargo, recordando su infame juramento y por no aparecer blando en presencia de los suyos, así como también por no desairar á la bailarina, dió orden al verdugo para que fuese á la cárcel, y, decapitando al Bautista, le trajese en un plato su cabeza. ¡Qué horror! ¡Y esto en el día de su natalicio!

El verdugo, obediente á su amo, hizo lo que se le mandaba, y cumpliendo al punto su cruel y bárbaro cometido, al momento trajo al rey la cabeza del Precursor y tomándola Herodes la entregó en manos de la bailarina, quien corriendo la lleva á su feroz madre.

Una tradición respetable nos asegura que así la madre como la hija llevaron su crueldad hasta el extremo de pasar con la afilada punta de sus aderezos aquella lengua tan temida por los adúlteros. ¡Fieras! ¿no recordáis el castigo de Jezabel devorada por los perros? ¡Temblad!

Muerte de Herodes, de Herodías y de Salomé. Una espantosa miseria devoró á Herodes y Herodías en lejanas tierras, á donde les precipitó una desdicha que fué el principio de un horroroso infierno, donde sufren y sufrirán para siempre el suplicio digno de sus infamias y maldades. Salomé se les asoció también después de morir

degollada por los filos de un estanque helado en que cayó hundida.

Así vengó el Señor aun en esta vida la muerte del Bautista, cuyo cadáver recogido por sus discípulos, mereció los honores de la tumba en el solitario valle de Josafat, hasta que, recogidas sus reliquias, juntamente con su cabeza, hallaron en Roma descanso y veneración.

Multipliación de los cinco panes y dos peces en el desierto de Bethsaida. Después de exponer y explicar el Divino Salvador desde la barca de Pedro la série de parábolas de que nos ocupamos en la lección anterior, se dirigió con sus Apóstoles á su ciudad, donde permaneció algunos días, pasados los cuales salió, seguido siempre de las turbas, con dirección á la otra parte del mar de Galilea, donde se halla el desierto de Bethsaida. Los cuatro evangelistas refieren á una un prodigioso milagro obrado en dicho desierto de Bethsaida por el Divino Salvador. Oigamos la narración que de él nos hace el Águila de Patmos:

«Pasó Jesús á la otra parte del mar de Galilea, dice el Evangelio, y le seguía una multitud inmensa de gentes porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Jesús subió á un monte, situado en dicho desierto de Bethsaida, y en el sitio llamado *Mensa* abrió Jesús los ojos, y viendo aquella multitud, dijo á Felipe: «¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?» A lo que contestó Felipe: «Doscientos denarios no bastarían para comprar el pan necesario para que cada uno tomase un poco.» Mas el discípulo Andrés dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene *cinco* panes de cebada y *dos* peces; pero ésto, ¿qué es para tanta gente? Y Jesús le dijo: «Haced sentar la gente.» Había en aquel lugar mucho heno, y sentados todos como en número de *cinco mil* hombres, sin contar las mujeres y niños, Jesús tomó los panes, y después de dar gracias, los repartió entre

todos los que estaban sentados, y así mismo los peces, cuanto querían, sobrando fragmentos hasta poder llenar con ellos doce canastos.»

¡Dichoso aquel pueblo, dichosos aquellos grupos de cincuenta y de ciento que, sentados sobre la yerba seca del desierto, fueron testigos de aquel prodigio admirable que sació su hambre! Pero mucho más dichoso el pueblo cristiano, que en el desierto de la vida, le ha levantado Jesús otra mesa infinitamente más rica que la del desierto de Bethsaida; otro manjar mucho más prodigioso que los panes multiplicados, cual es el *alimento de los ángeles, el pan de la vida*, EL AUGUSTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCHARISTÍA, representado admirablemente en ese hecho prodigioso del Salvador; por cuyo favor, así como las turbas de Bethsaida quisieron proclamarle Rey, nosotros con mucho más motivo debemos proclamar á Jesús Rey de nuestros corazones. ¡Sí, sea Jesucristo Sacramentado por siempre y para siempre el Rey y Señor de nuestras almas!

Vista por el Salvador la actitud del pueblo, se retiró á un monte, donde pasó á solas toda la noche en oración.

Milagro del mar de Galilea. Mientras tanto los Apóstoles navegaban con mucho trabajo por el mar de Tiberiades, cuyas olas, agitadas por una deshecha borrasca, amenazaban sepultarlos en su seno: compadecido el Señor de las angustias de sus Apóstoles, bajó del monte al rayar la aurora y llegó hasta ellos andando sobre las olas; á su vista se llenaron de espanto los discípulos, y creyéndole un fantasma, comenzaron á lanzar grandes gritos. Jesús los tranquilizó diciéndoles: «Yo soy, nada temáis.»

Entonces Pedro, más fácil de convencerse y de entusiasmarse que los demás Apóstoles, dió muestras de su acendrado amor hácia su Divino Maestro, diciéndole: «Señor, si sois Vos, mandad que vaya hasta Vos andando sobre las aguas.» A lo que el Salvador le contestó: «Ven»

Y Pedro se precipitó sobre las olas á unirse con su querido Maestro; mas soplaba un viento fuerte, y atemorizado el Apóstol, comenzaba á sumergirse: en vista de lo cual, lleno de espanto, comenzó á gritar, diciendo: «Valedme, Señor;» y extendiendo Jesús su mano, le sostuvo diciéndole: «Hombre de poca fé ¿por qué dudaste?» y entrando ambos al barco, cesó el viento.

LECCIÓN 16

Jesucristo habla á las turbas del alimento espiritual.—Viaje de Jesús á Fenicia—La Cananea.—Nueva multiplicación de los panes y peces.

Jesucristo habla á las turbas del alimento espiritual. Con el prodigioso milagro de los panes, había querido el Divino Salvador preparar los ánimos de sus discípulos y del pueblo para anunciarles el grande y Augusto misterio de la Eucaristía. Así es que aquella misma tarde, regresando Jesús á Cafarnaun, anunció al pueblo que le seguía cómo Él les daría un pan mejor que aquél con que acababa de alimentarlos y más prodigioso que el maná con que sus padres se habían alimentado en el desierto.

«Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del Cielo: vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; pero este pan bajado del Cielo de que os hablo, es tal, que el que coma de él no morirá. Este pan que os daré, cuando llegue la hora, es mi carne que será inmolada por la salvación del mundo.»

Los judíos al oír esta misteriosa promesa, disputaban entre sí, diciendo: «¿Cómo puede este hombre darnos á comer su carne?» A lo cual les contestó el Salvador: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis de la carne

del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida entre vosotros;..... porque mi carne es verdaderamente un alimento y mi sangre una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él »

Tal fué el anuncio del Augustísimo Misterio de nuestros altares y de la presencia y vida real de Jesucristo en la Eucaristía.

Viaje de Jesús á Fenicia. Poco tiempo permaneció el Salvador en Cafarnaun; pues como era preciso que su palabra se oyera en todos los confines de la Judea, si bien había evangelizado á casi todos los pueblos de ella, faltábale sin embargo la parte de la Fenicia: con este objeto salió de Cafarnaun, acompañado de sus discípulos, y se dirigió á dicha provincia, llegando hasta los confines de Tiro y de Sidón, en cuyos límites se hallaba enclavada la tribu de Aser y parte de las de Neptalí, Zabulón y Manasés, á cuyos moradores, como israelitas, debía también Jesucristo su ministerio por formar parte del rebaño que le había encomendado su Padre celestial.

Los sagrados evangelistas no nos hablan de este viaje sino para enseñarnos que Jesucristo no desatendió porción alguna del pueblo de Israel: sólo nos dicen que durante este viaje fué cuando el Divino Salvador confundió á los fariseos, descubriendo su hipocresía y la ridiculez de sus tradiciones.

La Cananea. Habiendo llegado el Salvador al país de Tiro y Sidón, acercósele una mujer cananea ó *Sirofenicia*, diciéndole: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí: mi hija es atormentada cruelmente del demonio;» pero Jesús nada contestaba. Entonces sus discípulos, le dijeron: «Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros.» A lo que Jesús les dijo: «No he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel.» Esto, no obstante, acercósele más la mujer, le adoró

y le dijo: «Señor, valedme.» y Jesús le contestó: «No es buen» quitar el pan de los hijos y echarlo á los perros.» Pero la cananea no se desconcierta por esa respuesta, antes por el contrario llena de fé, replica á Jesús: «Así es, Señor; pero ésto, no obstante, los perritos comen las migajas que caen de las mesas de sus amos;» lo cual oyéndolo Jesús, le dijo: «¡Oh mujer, tu fé es grande! Hágase contigo lo que desees:» y su hija quedó sana desde aquella hora.

Nueva multiplicación de los panes y peces.

Terminada la misión del Salvador en esta parte de Galilea, regresó de nuevo á las márgenes del mar de Tiberiades, y subiendo á un monte, se sentó allí. Y viendo las numerosas turbas que á do quiera le seguían, compadecido de ellas, dijo á sus discípulos: «Tengo compasión de estas gentes, porque hace tres días que vienen en pos de mí y no tienen que comer, y quisiera no despacharlas en ayunas para que no desfallezcan en el camino.» A lo cual contestaron los discípulos: «pero ¿y dónde hallar pan para saciar el hambre de tanta gente?» Y Jesús les dijo entonces: «¿Cuántos panes tenéis?» «*Siete*, contestaron ellos y unos pocos pececillos.» Y tomándolos el Salvador, volvió á repetir el milagro de la multiplicación del pan que hacía poco tiempo había operado en el desierto de Bethsaida.

Hecho ésto, el Divino Salvador se embarcó con sus discípulos en dirección á Magedán, ó sea Mágdala, ciudad situada en la media tribu oriental de Manasés.

LECCIÓN 17

San Pedro confiesa la divinidad de Jesucristo. — Transfiguración del Señor. — Curación de un endemoniado. — Pago del tributo. — Habla de la humildad, del escándalo y de la corrección fraterna.

San Pedro confiesa la divinidad de Jesucristo. Hallándose un día el Divino Salvador con sus discípulos en el territorio de Cesarea de Filipo, se dirigió á ellos preguntándoles: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» «Señor, contestaron ellos, unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías ó alguno de los Profetas.» «Y vosotros, volvió á decir el Salvador, ¿quién decís que soy yo?» Entonces Pedro, conociendo al Hijo por revelación del Padre, toma presuroso la palabra antes que los demás, y dice: «Tú eres Jesucristo, Hijo de Dios vivo.» ¡Confesión sublime que hace á Pedro digno de escuchar de los labios de su Divino Maestro estas magníficas palabras! «Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque la carne y la sangre no te han revelado lo que acabas de decir, sino mi Padre que está en los Cielos; y yo te digo que *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del Reino de los Cielos; tú abrirás y cerrarás, y lo que tú hicieses en la tierra será ratificado en el Cielo.*» En cuyas palabras se ve claramente la elección que el Divino Maestro hacía de su primer Apóstol para constituirle en príncipe y cabeza de su Iglesia.

Transfiguración del Señor. Trascurridos seis días después que Pedro, el hijo de la Paloma, como le llama Jesucristo, dió el solemne testimonio de la Divinidad de su Maestro, tomó Jesús tres de sus discípulos para que fuesen

testigos de su transfiguración. Estos discípulos fueron Pedro, Juan y Santiago: el primero, símbolo de los creyentes; el segundo, flor de las vírgenes, y el tercero, capitán de los mártires: Pedro, Jefe del Apostolado; Juan, discípulo el más amado de su corazón, y Santiago, el primer Apóstol que derramó su sangre por la fé de su Maestro.

Veamos ahora el sitio ó lugar en que se verificó este acontecimiento. En el territorio de la tribu de Zabulón, y al Norte de la llanura de Esdrelón, se eleva un monte de figura cónica, célebre en uno y otro Testamento; su nombre es el Tabor (1). Levántase, como una soberbia cúpula, triste y solitario en medio de la citada llanura; desde su cumbre se divisan las riberas del Jordán, el lago de Tiberiades y el mar de Siria. A este monte, según la opinión común, se encaminó el Salvador acompañado de sus tres discípulos; luego que subieron á su cima, Jesús se puso en oración, apareciendo al poco tiempo completamente *transfigurado*.

Su rostro resplandecía como el Sol, y sus vestiduras tornáronse blancas como la nieve, cuando en esto aparecen dos personajes misteriosos hablando con Él. ¿Quiénes son estos personajes que repentinamente aparecen en el Tabor, el uno á la derecha y el otro á la izquierda de Jesucristo? El Evangelio nos lo dice: el primero, Moisés, viene del otro mundo, del Limbo; el segundo, Elías, viene del Paraíso ó de donde Dios le haya fijado su residencia: ambos sostienen con el Salvador una conversación misteriosa; allí en el monte se habla de oprobios, se habla de injurias, se habla, en fin, de la muerte que amenaza al Autor de la vida.

¿Qué pasa entre tanto en el corazón de los tres discípulos? Pedro, aquel discípulo que siempre sale al encuentro de su divino Maestro, lleno de entusiasmo por la felicidad

(1) No faltan autores que sostienen que la Transfiguración del Señor no tuvo lugar en este monte.

que contempla, se dirige al Salvador, diciéndole: «Señor, bueno es que quedemos aquí; si quieres, hagamos tres tiendas: una para Tí, otra para Moisés y otra para Elías.» Aún seguía hablando el Príncipe de los Apóstoles, cuando quedaron envueltos en una brillante nube, de cuyo fondo salió una voz que decía: «Este es mi hijo amado, en quien yo tengo puestas mis complacencias: á Él escuchad.»

Al oír estas palabras, sobrecogidos los discípulos por el temor, cayeron como sin sentido; pero Jesús acercóse á ellos, les tocó y les dijo: «Levantáos y no temáis.» Ellos abrieron entonces los ojos, pero á ninguno vieron sino á Jesús, quien les dijo: «A nadie digáis la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Curación de un endemoniado. Después de este acontecimiento tan admirable, descendió Jesucristo del monte, acompañado de sus tres Apóstoles, conversando con ellos sobre las circunstancias de su pasión, y al llegar á la llanura encontró á los otros nueve Apóstoles rodeados de una multitud inmensa, que, en el momento que divisó al Salvador, corrió presurosa á su encuentro con grandes demostraciones de alegría.

Pero nadie se alegró tanto de la llegada del Salvador como un padre afligido, cuyo hijo, poseído del demonio, no había podido ser curado por los nueve Apóstoles. Los deseos del padre eran grandes, pero su fé era algo tibia, por lo cual le dijo el Salvador: «¿Crees que tengo el poder de hacer lo que me pides? Porque nada hay imposible para el creyente.» «Sí, Señor, le respondió el padre, creo; pero Señor, fortaleced y vigorizad mi fé.» Entonces el Salvador, dirigiéndose á Satanás, le dijo: «Espíritu inmundo, sal del cuerpo de ese niño y no vuelvas á entrar más en él.» Y esto diciendo, el niño quedó completamente libre de la tiranía del demonio.

Pago del tributo. Abandonado el territorio de

Cesarea de Filipo, regresó de nuevo Jesucristo, acompañado de sus discípulos, á su ciudad de Cafarnaun, y en el momento de su llegada se acercaron á Pedro los que cobraban los tributos ó *didracmas*, diciéndole: «¿Vuestro Maestro no paga el tributo?» Lo cual oído por Pedro corrió á ponerlo en conocimiento de su Maestro; y aunque el Divino Salvador estaba exento de semejante gravamen como Dios, por ser hijo del Rey de los Reyes, y como hombre por descender de la *Real familia* de David, sin embargo, quiso dar una nueva prueba de sumisión y humildad, sujetándose á esta injusta exacción.

Al efecto mandó á su discípulo Pedro que fuese al mar, y echado el anzuelo, hallaría en la boca del primer pescado que cogiese un *stater*, ó moneda de dos pesetas: así lo hizo el fidelísimo Pedro, y sucediendo lo que su Divino Maestro le había anunciado, tomó la moneda de plata y la entregó á los recaudadores en pago del tributo de su Maestro y del suyo propio, demostrando así Jesucristo que Pedro quedaría haciendo sus veces en la tierra, puesto que le igualaba á Él en el pago de los didracmas.

Habla de la humildad, del escándalo y de la corrección fraterna. Durante la travesía de Cesarea á Cafarnaun, suscitóse entre los discípulos del Salvador una disputa sobre quién de ellos sería el Mayor en el reino de su Maestro. Así que llegaron todos á Cafarnaun, y pagado que fué el tributo, hallándose todos reunidos les preguntó Jesucristo qué habían tratado en el camino. Sorprendidos los Apóstoles con esta pregunta, y conociendo por ella que su Maestro estaba enterado de su disputa, se atrevieron á preguntarle: «¿Quién juzgáis, Señor, que es el Mayor en el reino de los Cielos?»

A esta pregunta no contestó inmediatamente el Salvador, sino que llamando á un niño lo colocó en medio de ellos, diciéndoles: «En verdad os digo que sino os volvie-

réis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el Mayor en el reino de los Cielos.....» Y prosiguió: «El que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en Mí, mejor fuera que colgada á su cuello una rueda de molino, se le sumergiera en los abismos del mar.» ¡Hay del hombre por quien viene el escándalo!

Corrección fraterna. «Por tanto, continuó el Salvador, si tu hermano pecare contra tí dándote escándalo, vé y corrígele entre tí y él sólo. Si no te oye, toma contigo dos testigos, porque en la boca de dos ó tres está el testimonio de verdad; y si aun así no se corrigiera, dílo á la Iglesia; y si no escucha, por último, á la Iglesia, míralo entonces como *gentil*, esto es, míralo como un pecador público,» dice el Angélico Doctor.

LECCIÓN 18

Parábola del deudor. = Elección de los 72 discípulos.
= Prueba al Señor un doctor de la ley. = Parábola de un viajero
que cayó en manos de unos ladrones.

Parábola del deudor. Apenas el príncipe de los Apóstoles oyó de los labios de su Divino Maestro la admirable doctrina de la corrección fraterna, se va derecho á Jesucristo y le dice: «Señor, ¿perdonaré á mi hermano cuantas veces peque contra mí hasta siete veces?» A lo cual le contestó el Salvador: «No sólo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete; esto es, siempre, como dicen los Sagrados Expositores; en todo tiempo, sin cansarse de ello, hemos de perdonar á nuestro prójimo;» cuya doctrina quiso el Señor confirmarla con la siguiente parábola:

«El Reino de los Cielos es semejante á un Rey que quiso arreglar sus cuentas con sus criados; al comenzar la liquidación, se presentó uno que le debía *diez mil talentos*, y no teniendo éste con qué pagarle, mandó el Príncipe que fuera vendido él con su mujer, sus hijos y sus bienes para pagar su deuda. «¡Ah, Señor, respondió el desgraciado arrojándose á los piés de su soberano; tened paciencia, que yo os pagaré cuanto debo!» Compadecido el rey de su súbdito, le perdonó generosamente lo que debía y lo dejó libre.

»Saliendo éste de la puerta del palacio del Rey, encontró á uno de sus conservos que le debía *cient* denarios, y lanzándose sobre el desgraciado y asiéndole del cuello, lo ahogaba, diciéndole: «Págame lo que me debes.» El pobre siervo se arrojó á sus piés y le dijo: «Ten paciencia, que yo te pagaré todo lo que te debo;» pero el infame acreedor no quiso, sino que le hizo llevar á la cárcel, donde mandó que lo detuviesen hasta el pago de la deuda.

»Viendo esta conducta tan inhumana, los otros conservos se contristaron mucho y fueron á contar á su señor lo que pasaba. El Príncipe mandó entonces llamar al infame siervo y le dijo: «Siervo infame, compadecido de tus súplicas y ruegos te condoné toda tu enorme deuda, y tú, por una cantidad tan insignificante, has tratado cruelmente á tu compañero. Y lleno de justo enojo lo entregó á la justicia hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo, añadió el Salvador, hará también con vosotros mi Padre Celestial si no perdonáis de corazón las ofensas que os hagan vuestros hermanos.»

Elección de los 72 discípulos. Después de esta admirable instrucción dada por el Salvador á sus Apóstoles, dispuso su partida para Jerusalén; y siéndole preciso cruzar para ello la provincia de Samaria, determinó detenerse en una ciudad de dicha provincia, pero sus ingratos moradores no quisieron recibirle; en vista de lo cual,

volvió el Señor á entrar de nuevo en la Galilea, donde fué recibido con grande alegría.

Acercándose ya el tiempo de la dolorosísima pasión de Jesucristo, no quería Éste que sus Apóstoles se separaran ya de Él, pues tenía que instruirlos aún en muchas cosas antes de entrar en Jerusalén. Por esta causa, y con objeto de que no quedase desatendida la predicación de la Divina palabra, eligió de entre los discípulos que le seguían hasta *setenta y dos* de los más instruidos y fervorosos, y los envió de dos en dos, como antes lo hiciera con sus Apóstoles, á predicar en las ciudades y pueblos que aún le restaba visitar, dándoles para ello las mismas facultades que á los Apóstoles, é instruyéndolos en la conducta que habían de seguir para desempeñar con acierto su delicada misión.

Prueba al Señor un doctor de la ley. Un sábado en que Jesús se hallaba predicando en la Sinagoga, se acercó á Él un doctor de la ley con el insidioso ánimo de tentarle, y le dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?» A lo que Jesucristo le respondió: «¿Qué dice la Ley?» «Amarás, contestó el doctor, al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus potencias, y á tu prójimo como á tí mismo.» «Bien has respondido,» le contestó el Maestro Celestial; «haz ésto y vivirás.» El doctor de la ley insistió nuevamente en preguntar á Jesús, diciéndole: «Y ¿quién es mi prójimo?» Oigamos la respuesta que Jesucristo dió al Legisperito en la siguiente

Parábola del viajero que cayó en manos de unos ladrones. «Un hombre descendía de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, quienes, después de haberle robado, le llenaron de heridas y se marcharon, dejándole medio muerto. Sucedió después que acertó á pasar por aquel mismo sitio un sacerdote, y habiendo visto al agonizante viajero, pasó de largo: al poco rato pasó un levita é hizo lo propio; mas un samaritano, que pasó en ter-

cer lugar, luego que vió á aquel desgraciado, se compadeció de él, se acercó donde yacía, reconoció sus heridas, y después de curarlas con aceite y vino, le colocó en su propia cabalgadura y lo llevó á una posada donde pasó la noche á su cuidado. A la mañana siguiente pagó los gastos que había hecho y encargó al posadero que cuidase de aquel hombre con sumo esmero, cargándole en su cuenta los gastos que se originasen hasta su completa curación. ¿Cuál de éstos, díjole Jesús, te parece que fué el prójimo para el infeliz que cayó en manos de los ladrones?» A lo que contestó el doctor: «El que tuvo compasión del herido.» «Pues vé, díjole Jesús, y haz tú lo mismo.»

Parábola magnífica, cuyo significado no podemos menos de exponer: El sitio de la ocurrencia es, dice San Jerónimo, un desierto que media entre Jerusalén y Jericó, conocido con el nombre de *Dammín*, esto es, desierto de la sangre, por las sangrientas y terribles escenas de que frecuentemente fué testigo, figura exacta del desierto del mundo en que hacemos nuestra peregrinación. Aquel pobre viajero es imagen de nuestra alma, que caminando en el desierto de la vida, cayó en manos de sus enemigos, llenándola de heridas y dejándola medio muerta á la vida de la gracia.

Ni el sacerdote ni el levita curaron á aquel desgraciado; esto es, ni Aarón, sacerdote, ni Moisés, levita, pudieron socorrer al herido por los enemigos, que son los ladrones de la gracia; sólo socorrió al infeliz caminante el samaritano, figura bellísima de Jesucristo, que lo primero que hace con el pecador es restañar sus heridas, curarlas con el bálsamo de su piedad y de su misericordia y pagar por nosotros á su Padre Celestial con el inmenso caudal de su preciosísima sangre.

LECCIÓN 19

Falsa idea que los judíos tenían del Mesías.—Sentencia de Jesucristo á una mujer adúltera.—Curación del ciego de nacimiento.

Falsa idea que los judíos tenían del Mesías. Si los judíos no hubiesen estado ciegos y sordos á la voz de los profetas, no hubieran podido menos de reconocer en Jesucristo al Mesías prometido por Dios. Ellos sabían la tribu, la ciudad, y hasta la familia de la que debía salir; sabían que había de venir en una época en que su nación estaba á punto de arruinarse y perdida su soberanía, como claramente lo había vaticinado el moribundo Jacob; sabían también que no podía tardar mucho en venir, si calculaban los años fijados por Daniel para el grande acontecimiento que traería consigo la destrucción del pecado, la instalación de la justicia sempiterna y la unción del *Santo de los santos*.

Pero los judíos se habían figurado que el Mesías sería un hombre que lo abatiría y destruiría todo; un hombre, que sobre las ruinas de lo antiguo, levantaría un trono eterno; un hombre, ante cuyas plantas se postrarían todas las naciones y todos los Príncipes de la tierra, por aquello de que «la ley debía salir de Sión y de Jerusalén la palabra de Dios,» sin tener en cuenta que el universal Deseado de las naciones sería humilde, pobre y manso; iría montado en un jumento, sufriría oprobios y sería mirado como el último de los hombres: cuyos caracteres no hacían gracia á la soberbia de aquellos hombres que sólo soñaban con la idea de un Mesías guerrero y conquistador de todo el mundo.

Esta idea estaba grabada de tal modo en el corazón del

pueblo judío, que, cuando apareció el humildísimo Jesús, no se hablaba en la Judea ni se pensaba en otra cosa que en la proximidad del día en que iban á dominar á sus conquistadores. ¿Cómo, pues, aquel pueblo soberbio y orgulloso había de reconocer por su Libertador á aquél «que no quebraría la caña cascada ni apagaría la torcida que humea, según la expresión de Isaías?» He aquí la falsa idea que los judíos tenían del Mesías.

Sentencia de Jesucristo á una mujer adúltera. Dominados por esta idea los judíos, no podían reconocer en Jesucristo al verdadero Mesías; pero como al mismo tiempo veían en Él cosas extraordinarias, trataron de desprestigiarle ante el pueblo. En efecto, hallándose Jesucristo en Jerusalén para celebrar la fiesta de *los Tabernáculos*, un día que se hallaba predicando en la Sinagoga, le presentaron una mujer sorprendida en el acto de cometer un adulterio, formando entre ellos el siguiente dilema: «O absuelve á esta mujer ó la condena: si la absuelve, le acusamos de trasgresor de la ley de Moisés, que dice textualmente que muera apedreado; si la condena, se hace odioso al pueblo que siempre espera de Él benignidad y misericordia.» El lazo, al parecer, estaba bien preparado; pero ¿qué importan los sofismas á Jesucristo?

Luego que los escribas y fariseos presentaron á la mujer delante de Jesús, le dijeron: «En la ley de Moisés está mandado apedrear á mujeres como ésta: Vos, ¿qué decís?» El Divino Salvador, sin contestar una sólo palabra, se inclinó hácia la tierra y escribía en ella con el dedo. Viendo los pérfidos fariseos que nada respondía, repitieron con énfasis su capciosa pregunta. Entonces incorporándose el Salvador, les dijo: «Aquél que entre vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra,» é inclinándose de nuevo, continuó escribiendo en la tierra.

Al oír los acusadores esta respuesta de Jesucristo, sa-

lieron unos en pos de otros hasta el punto de dejar sólo á Jesús, permaneciendo en pié la mujer acusada. Entonces levantándose el Salvador, le dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?» «Ninguno, Señor,» contestó ella llena de vergüenza y de lágrimas. «Pues yo tampoco te condeno, díjole el Salvador: Vete en paz y no peques más en adelante.» Con esta dura lección y otras no menos suaves en que el Divino Salvador amenazó á los fariseos que morirían en su pecado, y asegurándoles que Él era antes que Moisés y que Abraham, dice el evangelista San Juan, «que los fariseos enfurecidos quisieron apedrearle, pero que Jesús se ocultó y salió del templo.»

Curación del ciego de nacimiento. Invisible milagrosamente para todos y seguido de sus discípulos, atravesó el Divino Salvador las calles más próximas al templo de Jerusalén, cuando en una de ellas encontró á un ciego que lo era de nacimiento. Viendo los discípulos la compasión que inspiraba á Jesús aquel pobre ciego, le dijeron: «Maestro, ¿en qué ha pecado este ciego ó sus padres para haber nacido ciego?» A lo que contestó el Salvador: «Ni los pecados de ese hombre ni los de sus padres, han influido en nada para que naciese ciego: únicamente se propuso Dios manifestar su gloria extrínseca en la enfermedad de ese hombre,» y diciendo éstas palabras echó en la tierra un poco de saliva, y humedeciendo el polvo, frotó con él los ojos del ciego, diciéndole: «Vé á lavarte en los baños de *Siloe*.» El ciego obedeció, se lavó los ojos y al punto recobró la vista, volviendo lleno de alegría al lado de su bienhechor.

Al verle los judíos con una hermosa vista, se preguntaban unos á otros: «¿no es éste el ciego que estaba sentado mendigando en las encrucijadas? El mismo es, afirmaban unos; no, decían otros, sino que es muy parecido.» «No

hay tal cosa, decía el ciego, yo mismo soy.» Y de qué modo te has curado? le preguntaban. «Ese hombre que se llama Jesús, decía el ciego, ha humedecido un poco de tierra con su saliva, me ha frotado con ella los ojos, diciéndome: «Vé á lavarte á Siloe:» yo obedecí, me he lavado y veo.»

Este hecho ruidoso llegó bien pronto á oídos de los fariseos, quienes llamando á su presencia al curado ciego, le sujetaron á un nuevo interrogatorio. «¿Y qué dices tú de ese hombre, le preguntaron, que te ha devuelto la vista?» «Digo, les contestó el ciego, que es un profeta.» Viendo que nada sacaban del ciego para sus depravados proyectos, determinaron llamar á sus padres, á quienes preguntaron: «¿Es éste vuestro hijo?» «Nuestro hijo es, contestaron los padres.» «¿Pues cómo habiendo nacido ciego ve ahora?» «Nosotros, contestaron los padres, sabemos que éste es nuestro hijo; sabemos que era ciego de nacimiento; mas con respecto al hombre que le ha devuelto la vista, nada sabemos: preguntad á él, que edad tiene bastante para responder.»

Desconcertados los fariseos con la respuesta de los padres del ciego, volvieron nuevamente á llamar á éste, diciéndole: «Ten cuidado con lo que vas á hacer, y dá gloria á Dios, porque sabemos que ese hombre que dices haberte curado es un pecador.» «Si Jesús es pecador, contestó el ciego lince, no lo sé; lo que sí sé es que yo era ciego y ahora veo.» «¿Qué ha hecho, pues, para curarte la vista?» «Ya os lo dije antes, díjoles el ciego; ¿por qué queréis que lo repita? ¿Acaso deseáis alistaros en el número de sus discípulos?» «¡Infame! le gritaron los fariseos, tú puedes serlo si te parece; nosotros somos discípulos de Moisés, á quien habló Dios, mientras que ese hombre, llamado Jesús, no sabemos si habla en nombre de Dios ó del demonio.» «Pues yo sí sé, contestó el ciego, que si el que me ha curado no fuera

enviado de Dios, no hubiera podido hacer cosas tan estupendas.»

La cólera de los fariseos llegó á su colmo con estas últimas palabras del ciego, y llenos de rabia y de furor le arrojaron ignominiosamente de su presencia. Luégo que Jesús supo que los fariseos habían arrojado al pobre ciego de su presencia, fué en su busca, y habiéndole hallado, le dijo: «¿Crees en el Hijo de Dios?»—«¿Quién es, respondió el ciego, para que crea en él?»—«Yo soy, que te ha curado, y el que habla contigo.»—«¿Sí? respondió el ciego alborozado; pues entónces *sí creo.*» Y arrojándose á las plantas de Jesús, *le adoró.*

Sólo dos palabras añadiremos acerca de este renombrado ciego iluminado por Jesucristo. Cedonio ó Sidonio fué su nombre; después que adoró á Jesucristo, se agregó al número de sus discípulos, y, ya bautizado, después de la gloriosa Ascensión de Jesucristo, se asoció á San Maximino, en cuya compañía marchó á Aix, donde le sirvió de Coadjutor en el Episcopado, muriendo en dicha ciudad de Francia y siendo sepultado al lado de su Maestro, después de ganar muchas almas para Jesucristo.

Tal fué el ciego curado por Jesús, á quien veneramos en nuestros altares, pudiendo aprender de él tres cosas importantes, cuales son: conocer nuestra ceguera espiritual; desear con ansia su curación, y una vez obtenida ésta, no separarnos jamás del Médico Divino que se dignó curarnos.

LECCIÓN 20

Jesucristo condena la soberbia de los fariseos. =Parábola de los convidados á la cena. =Parábola del buen pastor. =El hijo pródigo.

Jesucristo condena la soberbia de los fariseos. En los diversos banquetes con que algunos principales judíos habían obsequiado á Jesucristo, observó este Divino Salvador que los fariseos tenían siempre la costumbre de ocupar los primeros asientos en las mesas, cuya costumbre reprendió duramente, haciendo una grande apología de la humildad y terminando con aquella magnífica sentencia: *El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.*

En seguida el Salvador comenzó la exposición de una série de parábolas, en las cuales, entre otras cosas, nos demostró claramente la inmensa misericordia de su Divino Corazón para con el pecador arrepentido. Tales fueron la parábola de los *convidados á la cena*, la del *buen pastor*, la del *hijo pródigo*, la del *mayordomo infiel*, la del *rico Epulón*, la del *publicano* y el *fariseo* y la de los *jornaleros*.

Nos ocuparemos en la presente lección de las cuatro primeras, dejando las tres restantes para la siguiente.

Parábola de los convidados á la cena. «Un hombre, dijo el Salvador, hizo una gran cena y llamó á muchos; y llegada la hora del convite, envió á un criado á decir á los convidados que asistieran, porque ya estaban dispuestas y preparadas todas las cosas; mas los convidados se escusaron de asistir con frívolos pretextos. *Uno* dijo: «He comprado una granja y tengo precisión de ir á verla.» El *segundo* se excusó diciendo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlos;» y por último, el *tercero*

contestó secamente: «Me he casado y no puedo asistir al banquete.»

Irritado el Padre de familias con estas respuestas, dijo á su servidor: «Ve al momento por las calles y plazas de la ciudad y tráeme á cuantos pobres, débiles, ciegos y cojos encuentres, así como también á todos cuantos hallares en los caminos y en los campos, porque aseguro que ninguno de los que convidé primero, gustará mi cena.»

Tal es la primera de esta segunda série de parábolas expuestas por el Salvador, cuyo significado es el siguiente: En el *primero* de los convidados, que se excusa de asistir al convite por la compra de una granja, están representados los escribas y fariseos de la antigua ley, quienes se negaron al convite de Jesucristo, porque sólo pensaban en villas, esto es, en cosas terrenas y de la vida presente. En el *segundo*, que se excusa por tener que ir á probar las cinco yuntas de bueyes, están representados todos aquellos que no quieren asistir al banquete de Jesucristo, porque quieren rendir culto á sus *cinco* sentidos corporales, representados en las cinco yuntas de bueyes; y en el *tercero* están perfectamente retratados los impúdicos y sensuales que, con dureza y sequedad, desprecian la invitación del dulcísimo Esposo de nuestras almas.

En los ciegos, cojos y débiles que concurrieron al banquete, representados están los muchos enfermos de cuerpo y de espíritu que curó Jesucristo durante su predicación, como fueron el ciego de Jericó y el de nacimiento, el paralítico de Cafarnaun y el de Bethsaida, la pobre Samaritana y la ostentosa Magdalena, y en fin, todos los que experimentaron los efectos de su compasivo corazón.

El salón del convite era muy grande y espacioso, pues todavía quedaban muchos asientos desocupados. Este salón representa á la Iglesia de Jesucristo y su santa mesa; por muchos que vengan todos caben; por numerosos que

sean los asistentes, para todos hay cena; pues lo que desea el Padre de familias, esto es, Jesucristo, es que todo el linaje humano asistiera á su banquete dispuesto y preparado en los inmensos salones de su Iglesia santa.

El Buen Pastor. Para manifestar el tiernísimo amor que su Divino corazón profesaba á los hombres, propuso Jesucristo á los judíos que le escuchaban, la siguiente parábola: «Yo soy, les dijo, el *Buen Pastor*. El buen pastor dá su vida por sus ovejas; pero el mercenario, cuando se acerca el lobo, las abandona y huye, porque no son suyas. Yo doy mi vida por mis ovejas, y como tengo ovejas extraviadas, quiero traerlas á mi aprisco y que oigan mi voz para que no haya sino *un solo redil y un solo pastor*.»

Según se desprende de la exposición de esta parábola, todas las cualidades de un buen pastor están reducidas á «dar su vida por sus ovejas;» pero ampliando nosotros todo lo que es propio de un buen pastor, diremos: que el buen pastor conoce de antemano los buenos pastos; conduce á ellos sus ovejas en tiempo conveniente; á ninguna de ellas desconoce; las llama por su nombre, y las sigue incansable todo el día: no ignora el sitio de los abrevaderos ni los lugares peligrosos; observa el cielo y previene la tempestad, y cuando llega la noche, pone en seguro sus ovejas: las cuenta, y si falta alguna, ¡ay! allí de sus ansias, allí de sus temores; enferma ó extraviada, él la buscará. Al fin la halla, pero no puede andar; no importa, la carga sobre sus hombros y regresa con ella al aprisco.

Con este retrato pronto conocemos al buen Pastor de nuestras almas, al Hijo de Dios, que Él mismo se retrata en la ternísima figura de un pastor que, dejando seguras noventa y nueve ovejas, vá en busca de una que se ha extraviado, y encontrándola débil y enferma, la levanta del suelo, la toma en sus brazos amorosos, cárgala sobre sus hombros y lleno de gozo, regresa con ella á su redil. Así

lo hizo efectivamente con la pobre pecadora, con el paralítico, con Pedro, con Lázaro y con todos los demás afligidos: así lo hizo en Judea y en Galilea, en el cenáculo y en el Calvario: así lo hizo después de resucitado: así lo hace ahora desde el Cielo y así lo hará siempre hasta la consumación de los siglos.

El hijo pródigo. Contestando el Divino Salvador á los fariseos que le echaban en cara la ternura con que trataba á los pecadores, les propuso la indicada parábola del *hijo pródigo*, de la cual sólo haremos un ligero extracto por no ser posible otra cosa en este género de estudios.

«Un hijo pidió á su padre la parte de su herencia y se fué muy lejos de su casa á malgastarla en vicios. Poco tiempo después llegó á tal extremo de pobreza, que para alimentarse se vió precisado á guardar una manada de puercos y comer muchas veces de los residuos que dejaban aquellos animales inmundos. Entonces se acordó de la casa paterna, lloró sus extravíos y resolvió volver á ella y echarse á los piés de su padre. Efectivamente, así lo hizo, y llegado á la presencia de su padre, se arrojó á sus piés, diciéndole: «Padre, he pecado contra el cielo y contra vos; no soy digno de que me reconozcáis por hijo vuestro; pero al menos, os ruego que me admitáis como uno de vuestros criados.» Pero el padre por toda respuesta se arrojó al cuello de su hijo, le estrechó cariñosamente entre sus brazos, y celebrando un suntuoso banquete, le vistió de elegante vestido, colocó en sus dedos un anillo, y no sólo le perdonó sus extravíos, sino que le trató como si nunca le hubiera ofendido.»

Parábola conmovedora que representa de un modo admirable la conducta que el amantísimo Jesús sigue con el pecador, que de veras se convierte á Él, representado al natural en el *hijo pródigo*, verificándose lo que Jesús dijo en otra ocasión: «Que en el Cielo causa más alegría la

conversión de un solo pecador, que la perseverancia de noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.»

LECCIÓN 21

El mayordomo infiel.—Historia del rico Epulón y del mendigo Lázaro.
Parábola del publicano y el fariseo.—Idem de los jornaleros.

El mayordomo infiel. Muy ofendido de los escribas y fariseos debió estar el Señor por la injusta acusación que le dirigieron de que recibía á los pecadores y comía con ellos, cuando seguidamente de la parábola del *hijo pródigo*, les propuso la del *mayordomo infiel*, en la cual el Divino Maestro hace relación de un Administrador infiel á su amo que para reparar sus quiebras y atender á su futura suerte, todavía echa mano de una nueva obra mala, por la cual su mismo Señor aplaude su diligencia, su prudencia y su ingenio; y como no es posible que entrase en el plan de Jesucristo proponernos esta obra como digna de imitación, oigamos á San Agustín explicar el sentido de dicha parábola.

El Santo Obispo de Hipona, conforme en todo con el espíritu de la Iglesia, quiere que veamos en aquel mayordomo infiel y malversador de los bienes de su amo, «que si bien fué alabado por éste, no lo fué por su mala conducta, sino por la actividad y la astucia de que echó mano para buscar amigos. ¿Cuánto mayor, dice el sábio y Santo Doctor, debe ser en nosotros la actividad y el ingenio de buscar, por medio de la limosna, buenos amigos que intercedan con nuestro Señor, cuyos bienes hemos administrado con el mayor abandono?»

Historia del rico Epulón y del mendigo Lá-

zaro. Acababa el Señor de recomendar á los judíos la práctica de las obras de misericordia, y particularmente la de socorrer al pobre; y para que esta enseñanza no se olvidase, quiso corroborarla con una parábola y una historia; aquélla es la del administrador infiel que acabamos de explicar; ésta, la del rico Epulón, llamado *Nincusis*, que vamos á exponer:

«Había un hombre muy rico, dice el Sagrado texto, que vestía púrpura y biso, el cual daba continuamente en su palacio espléndidos banquetes. A la entrada de su palacio hallábase continuamente un pobre enfermo cubierto de llagas que le devoraban: era otro Job con el nombre de Lázaró (1), que quiere decir *estoy enfermo*; todos los días los pasaba el pobre mendigo á las puertas de la casa de Nincusis, esperando en vano que le dieran siquiera las migajas que caían de la mesa, pero nadie le hacía caso; únicamente los perros iban á lamer sus llagas.

»Sucedió que el pobre murió y fué conducido por los Angeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fué sepultado en los infiernos, desde cuyo punto, viendo éste á Lázaró en el seno de Abraham, comenzó á gritar, diciendo: «Padre Abraham, envíame á Lázaró con una gota de agua para refrescar mi boca abrasada por el fuego.» A lo que Abraham le contestó: «Acuérdate que mientras vivías en el mundo, sólo participaste de dichas y placeres, mientras que Lázaró sólo tuvo padecimientos y miserias, por lo cual él ha encontrado aquí su recompensa y tú ahí tu martirio; además de que entre vosotros y nosotros media un caos, siendo del todo imposible que ni vosotros de ahí, ni nosotros de aquí, podamos traspasar sus límites.»

Con cuya historia el Divino Salvador quiso inculcarnos el ejercicio de la caridad para con el pobre, si queremos oír

(1) «Loozar» le llama el texto Siriaco.

de sus divinos labios la sentencia que nos coloque á su diestra en el día de las recompensas y de los castigos.

El publicano y el fariseo. Como el vicio dominante, digámoslo así, de los judíos, era el orgullo y la soberbia, no perdía ocasión el Divino Maestro de condenar estos vicios con la mayor energía; al efecto, á ciertos hombres que confiaban de sí mismos como si fueran justos y despreciaban á los demás, es á quienes se dirigió el Salvador al exponer la mencionada parábola *del publicano y el fariseo* que vamos á extractar breve y compendiosamente:

«Un publicano estaba de rodillas en el templo pidiendo al Señor con golpes de pecho tuviera piedad y misericordia de sus pecados. Al mismo tiempo un fariseo hipócrita se hallaba de pié jactándose delante de Dios de sus buenas acciones. La oración del publicano fué recibida y aceptada por Dios, que le perdonó sus pecados, sucediendo lo contrario con la del fariseo, que Dios miró con desprecio y con indignación.» En cuya parábola quiso aleccionar el Divino Maestro al pueblo judío y á todos los demás pueblos del mundo, que la oración, para ser agradable á Dios, es preciso que sea humilde y fervorosa, como la del publicano, y no de farsa y exterioridad, como la del fariseo.

Parábola de los jornaleros. Para disuadir á los judíos de la grande presunción que tenían de sí mismos considerándose como los únicos escogidos para el reino de Dios, despreciando á las demás naciones del mundo, el Divino Salvador les propuso la siguiente parábola: «Semejante es el reino de los Cielos á un Padre de familias que salió muy de mañana á buscar operarios para labrar su viña. Habiéndolos hallado, los envió á trabajar en ella á la *primera* hora, estipulando antes con ellos el jornal de un *denario*. Volvió á salir á la hora de *tercia*, y encontrando otros que estaban ociosos, los envió también á trabajar en su viña, haciendo lo propio con otros que halló á la hora

de *nona* y aun á la de *vísperas*, diciendo á estos últimos: «¿por qué estáis aquí todo el día ociosos?» «Señor, contestaron ellos, porque nadie nos ha llamado.» «Pues id también vosotros á mi viña.»

Luego de puesto el sol, mandó el señor de la viña á su mayordomo que fuera á pagar el jornal á todos los trabajadores, comenzando por los primeros y terminando por los últimos, pero dándoles á todos el mismo jornal. Así lo verificó el mayordomo; pero los que habían trabajado todo el día desde la hora de *prima*, se creyeron lastimados y murmuraban contra el dueño, diciendo: «¿Cómo es que á los que han trabajado apenas una hora en tu heredad los igualas en jornal con nosotros que hemos llevado todo el peso del día y del calor?» A lo que contestó el Padre de familias: «Amigos, ninguna injuria os hago; ¿no convenisteis conmigo en que ganaríais un denario? Pues un denario recibís. O ¿acaso no puedo yo disponer de lo que es mío?»

Así terminó el Divino Salvador esta parábola, no sin advertir antes á los orgullosos judíos, «que los postreros serán los primeros y los primeros los últimos,» sellando esta verdad con la terrible sentencia de «Muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

LECCIÓN 22

Petición de los hijos del Zebedeo. = El publicano Zaqueo. = Resurrección de Lázaro.

Petición de los hijos del Zebedeo. Después de las sublimes enseñanzas que el Divino Salvador, valiéndose de parábolas, acababa de dar al pueblo judío, como ya se iba aproximando el término de su vida mortal, partió para Jerusalén, acompañado de sus Apóstoles, para cum-

12

plir la voluntad de su Padre. Durante el camino, ocurrió la escena que vamos á relatar entre Jesucristo y los hijos del Zebedeo.

Según vimos en la lección 19, como los judíos tenían la falsa idea de que el Mesías había de ser un fuerte y poderoso Monarca de Israel, cuyo dominio se había de extender á todos los pueblos del mundo, los Apóstoles de Jesucristo participaban de esta misma idea: así que al oír hablar á su Divino Maestro de la proximidad de su muerte, pero que pasados tres días saldría glorioso y triunfante del sepulcro, creyeron que entonces comenzaría su poderoso reinado en el mundo.

Por este motivo, sin duda, se acercó un día al Salvador la madre de sus discípulos queridos Juan y Santiago, hijos del Zebedeo, adorándole y pidiéndole alguna cosa para sus hijos, á la cual preguntó el Salvador: «Y ¿qué es lo que deseas?» «Quiero, Señor, contestó ella, que estos mis dos hijos sean colocados uno á la derecha y otro á la izquierda de vuestro Reino.» El dulcísimo Salvador escuchó con paciente sonrisa semejante pretensión de aquella buena madre, y dirigiéndose, no á ella, sino á los hijos por quienes intercedía, les dice: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber, ó ser bautizados con el bautismo que yo lo he de ser?» A lo que ellos, sin saber lo que prometían, contestaron: «Podemos.» «Pues bien, les dijo el Señor, beberéis mi cáliz, pero el sentaros á mi derecha ó izquierda no es de mi incumbencia (1), sino de mi Padre celestial.»

Cuando llegó á noticia de los demás Apóstoles la exigencia de los hijos del Zebedeo, se indignaron contra ellos, lo cual sabido por Jesucristo, los aquietó, diciéndoles: «Sabéis que los Príncipes de las gentes las dominan, y que los más poderosos ejercen sobre ellas su poder; mas entre vos-

(1) Jesucristo hablaba en esta ocasión como «Hombre.»

otros no será así, pues el que de vosotros se crea el Mayor, ese será vuestro criado, y el que quiera ser el primero, ese será vuestro siervo. Aprended del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido sino á humillarse hasta ofrecer su vida por todos.»

El publicano Zaqueo. En la tarde de ese mismo día de la escena de los Zebedeos llegaron á las cercanías de Jericó, donde el Salvador permaneció tres días. Antes de abandonar para siempre la ciudad *de las mudanzas*, que así se interpreta Jericó, que significa *Luna*, quiso el Divino Salvador hacer una de esas ruidosas conversaciones que han dejado nombre en la Historia Sagrada.

Al pasar Jesús por medio de Jericó, seguido de una gran multitud de pueblo, un hombre que hacia mucho tiempo deseaba ver al Salvador, así que tuvo noticia de que pasaba, corrió á su encuentro en medio del camino. Este hombre se llamaba Zaqueo, Príncipe de los publicanos del país y de inmensos bienes de fortuna, pero de una estatura tan pequeña, que la multitud le impedía ver á Jesús: en este trance vió un *sicomoro* en la orilla del camino y se encaramó en él. Viéndole el Salvador, se detuvo debajo del árbol y le dijo: «Zaqueo, baja al momento, porque hoy quiero hospedarme en tu casa.» Zaqueo bajó inmediatamente, y lleno de gozo acompañó al Señor hasta su casa.

Los judíos que presenciaron esta escena, no pudieron llevar con paciencia esta distinción tan honorífica que Jesús hacía á un publicano, y comenzaron á murmurar en voz alta la conducta del Salvador; pero Jesús se hizo el sordo á estas murmuraciones, tantas veces reprobadas por Él á los escribas y fariseos; tampoco Zaqueo hizo mucho caso de aquellas habladurías, hijas de la envidia, pues aproximándose al Salvador y puesto de pié en medio de los circunstantes, dijo al Señor: «Desde este momento menosprecio las riquezas y doy á los pobres la mitad de mis bienes; y al

á alguno he defraudado en algo, se lo devolveré en el acto cuadruplicado.» A lo cual contestó dulcemente el Señor: «El amo de esta casa y todos los que la habitan, han encontrado hoy la senda de la salud: Zaqueo es un verdadero hijo de Abraham. Hé aquí de qué modo el Hijo del Hombre vino á buscar y salvar todo lo que había perecido.»

¡Admirable ejemplo de arrepentimiento y de conversión el de Zaqueo, digno de ser imitado por muchísimos pecadores que viven ciegamente entregados á la ambición de riquezas y bienes materiales!

Resurrección de Lázaro. Sobre la hora de las tres de la tarde salió el Salvador con sus discípulos de la casa de Zaqueo, dirigiéndose á Betania; en el camino recibió un aviso de María y Marta, diciéndole: «Que su hermano Lázaro, á quien tanto amaba, había enfermado.» Oyendo esta misiva el Divino Salvador, respondió al enviado: «Anda y dí á Marta y María que la enfermedad de su hermano no es para muerte, sino para hacer brillar la gloria de Dios y probar la divinidad de su Hijo.» Y así era en verdad, pues la muerte de Lázaro, llamada por Jesucristo sueño, no era para muerte eterna.

Mas sabiendo Jesucristo que si Lázaro resucitaba inmediatamente no faltarían viles calumniadores que dijeran que su muerte había sido aparente, en vez de acudir presuroso á Betania, se dirigió á Bethavara, distante diez millas de Betania, donde permaneció dos días, pasados los cuales dijo á sus discípulos: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, pero voy á sacarle del sueño.» «Señor, le respondieron los Apóstoles, si Lázaro duerme es seguro que está mejor y se curará.» Jesucristo hablaba del sueño de la muerte y los Apóstoles no le entendieron, por lo que tuvo que decirles claramente: «Lázaro es muerto, y me alegro por vosotros no haberme hallado á su muerte para que se fortalezca vuestra fé, pero vamos allá.»

Serían las nueve de la noche cuando llegaron á Betania, pero á su llegada supieron que hacía ya cuatro días que Lázaro había fallecido, y que la casa mortuoria se hallaba atestada de Judíos que habían concurrido á consolar á Marta y María, hermanas del difunto. <

Apenas oyó Marta que Jesús había llegado á Betania, corrió presurosa á su encuentro, diciéndole: «Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; sí, bien sé que aun ahora os concederá Dios todo cuanto pidáis.» A lo cual le contestó el Salvador: «Tu hermano resucitará.» —Ya sé yo, dijo Marta, que resucitará en el último día.» —¿Pero sabes también, díjole Jesús, que soy la resurrección y la vida..... ¿Crees esto?» —Sí, Señor, contestó Marta, yo creo que eres Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habéis venido al mundo.»

Después de esta escena corrió Marta á su casa, y llamando aparte á su hermana María, le dijo: «El Maestro está aquí y te llama.» Lo cual oído por Magdalena, sale precipitadamente hácia el punto donde se hallaba Jesús, y creyendo los circunstantes que en un acceso de dolor vehemente iría á llorar al sepulcro de su hermano, salieron en pos de ella y la siguieron: mas esto no obstante, Magdalena llegó mucho antes que los judíos, y arrojándose á los piés de su Divino Maestro, le dijo: «¡Ah! Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Y al decir estas palabras, prorrumpió en un llanto tan amargo, que todos los circunstantes no pudieron contener sus lágrimas. También el Salvador se enterneció, tanto que dijo á los presentes: «¿Dónde lo colocasteis?» —«Venid, Señor, le dijeron.» Y al llegar al sepulcro, Jesús dejó correr sus divinas lágrimas! Lo que visto por los judíos, se dijeron unos á otros: «¡Ved cómo le amaba!»

El sepulcro de Lázaro era una gruta formada en una dura roca que estaba cerrada por una grande losa. «Quitad

la losa,» dijo el Salvador: así lo hicieron, despidiendo el cadáver un hedor tan pestilente, que Marta no pudo menos de exclamar: «¡Ah Señor! hace cuatro días que mi hermano es muerto y su cadáver ya hiede.» Efectivamente, el cadáver exhalaba un hedor sepulcral á través de la mortaja que lo cubría.

Pero Aquél que es la *resurrección y la vida*, invoca á su eterno Padre, y con una entonación grave y magestuosa, pronuncia estas sacramentales palabras: «Lázaro, ven fuera » Y en el mismo instante, más veloz que el pensamiento y más ligero que la luz, aquel informe montón de gusanos se reanima, se pone por sí mismo en pié, se adelanta y aparece á la entrada de la tumba vivo y completamente sano, sujeto todavía y envuelto en las cintas y sudarios que le ceñían, según era costumbre entre los judíos.

Lázaro muerto y resucitado es una viva representación de la humanidad que un día se levantará de su tumba para concurrir á un valle misterioso, donde formada en dos bandadas, según sus obras, recibirá conforme á estas el premio ó castigo, esto es, la posesión de Dios ó los eternos suplicios de su justicia.

LECCIÓN 23

Gran consejo en casa de Caifás. = Convite en casa de Lázaro y murmuración de Judas. = Entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén. = Llanto y vaticinio de Jesús sobre la destrucción de la ciudad y del templo.

Gran consejo en casa de Caifás. El extraordinario prodigio de la resurrección de Lázaro, causó tal efecto entre los judíos que lo presenciaron, que todos creyeron en Jesucristo como el Hijo de Dios anunciado por

los Profetas. Y no contentos con ésto, fueron inmediatamente á referir el prodigio á los escribas y fariseos, en la firme persuasión de que esta vez quedaría vencida la tenaz incredulidad, que hasta entonces sostenían estos contra la doctrina del Salvador.

Y ciertamente, con semejante prueba, otros que no fueran los escribas y fariseos, hubieran quedado convencidos de la divinidad de Jesucristo; pero aquellos hombres obcecados y empedernidos en maldad y en odio contra el Salvador, no podían admitir prueba alguna en favor de *Aquel Seductor*, cuya perdición maquinaban. Así es que, noticiosos del milagro y aterrados de sus consecuencias, los Pontífices y fariseos reunieron un gran concilio para deliberar lo que convenía hacer de Jesús. «¿Qué hacemos? se dijeron; este hombre hace muchos milagros: si lo dejamos impune todos creerán en Él y vendrán los romanos indignados y destruirán nuestra ciudad y nuestro reino.» ¡Falsarios! ¡Hipócritas! ¡Infames! lo que vosotros teméis es que cesen esas víctimas y esos sacrificios con los cuales engrosáis vuestras casas y vuestras familias, como dice Maldonado.

Aceptado este falso razonamiento, uno de los principales Jefes del consejo, llamado Caifás, que significa *investigador-sagaz*, tomó la palabra y expresó su opinión en estos términos: «Vosotros nada sabéis de lo que deba hacerse: conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nación.» En cuyas palabras se encerraba una admirable profecía, anunciando que el Hijo de Dios, hecho hombre, debía ser sacrificado por la salud de todos los hombres. Aprobado por todo el consejo el perverso dictamen de Caifás, decidieron unánimemente dar muerte á Jesús de Nazareth.

Mas como nada de lo tratado en dicho consejo contra su Divina persona se ocultaba á la Suprema inteligencia

del Salvador, partió de Betania retirándose á Efrén, ciudad escogida por Jesús para hospedarse en ella los últimos días de su vida: distaba dicha ciudad *siete* leguas de Jerusalén, próxima al desierto de *Hai* y poco distante del célebre torrente Carib, donde así como Elías huyendo de Jezabel fué alimentado por los cuervos, así también Jesucristo huyendo las iras de aquel concilio de insidiosos, se alimentaba y fortificaba en la oración.

Convite en casa de Lázaro y murmuración de Judas. Mientras tanto, acercábase la festividad de la Pascua y de todas partes se dirigían á Jerusalén grandes grupos de gentes para celebrarla: Jesús también quiso encaminarse á la ciudad santa, que pronto iba á convertirse en maldita por mancharse con la sangre de su Rey, de su Cristo y de su Dios. Al efecto se dirigió nuevamente á Betania hospedándose en la casa de Lázaro en donde prepararon en su obsequio un solemne banquete.

Cuando Jesús se sentó á la mesa, acercóse á Él la ínclita María, hermana de Marta, y dando pruebas de un amor ternísimo hácia su Divino Maestro, derramó sobre sus sacratísimos piés un aroma, de tan exquisita esencia, que toda la casa quedó saturada del suavisimo olor que despedía.

Al observar el infame Judas Iscariote aquella prodigalidad de la amante discípula del Salvador, no pudo ocultar los ruines sentimientos de su alma, exclamando en medio de la concurrencia: «¿A qué este despilfarro? ¿No era mejor haber vendido ese ungüento de tanto precio, por el que hubieran dado trescientos denarios, y entregarlos á los pobres?» ¡Ah, pérfido discípulo! No es la caridad, no, la que te mueve á hablar de ese modo, sino la avaricia que te devora.

A pesar de que el mansísimo Jesús sabía el secreto de las murmuraciones de Judas, no quiso revelarlo; sin embargo, para justificar la acción espléndida de Magdalena, lleno de dulzura, le dijo: «Déjala que bañe hoy mis piés con un-

güento esquisito, y no tomés á mal que lo haya guardado para mi sepultura (1), pues á los pobres siempre tendréis entre vosotros, pero á mí no siempre me tendréis.»

Entrada triunfante en Jerusalén. Al día siguiente de su llegada á Betania, no faltando ya mas que cinco días para su muerte, resolvió ir á mostrarse en público á Jerusalén y hacer su entrada en la ciudad con una ostentación y una pompa capaz de reanimar el abatido espíritu de sus discípulos, y encarnizar más la envidia y el encono de sus enemigos.

Al efecto, en la feria primera que corresponde á nuestro domingo, partió de Betania acompañado de todos sus Apóstoles, y llegando á Betfagé (2) dijo á dos de sus discípulos: «Id á ese castillo que está frente á vosotros, y hallaréis una asna con un pollino, en el cual nadie ha montado: desatadla y traédmelos, y si alguno os dijere alguna cosa, decidles que el Maestro necesita de ellos.» Así lo cumplieron los Apóstoles, y colocando sobre ambos sus mantos, montó el Salvador alternativamente en ellos (3), cumpliéndose de ese modo la profecía de Zacarías: «Decid á la hija de Sión: hé aquí que tu Rey viene sentado sobre una asna y un pollino.»

Apenas dieron algunos pasos hacia Jerusalén, dirigiéndose por la puerta de oro, que era la única por donde entraban los corderos para el sacrificio, cuando las turbas, in-

(1) Entre los judíos había la costumbre de ungir los cadáveres antes de darles sepultura.

(2) Barrio ó aldea de Jerusalén, situada en la falda del Monte de las Olivas, á la entrada del «Valle de Josafat,» de cuyo barrio, habitado por los Sacerdotes, se tomaban los Corderos pascuales.

(3) El asna atada significa la Sinagoga, sujeta á la dura ley de Moisés: el pollino, el pueblo Gentil. Para ambos pueblos vino Jesucristo y quiso, desatando á la Sinagoga, sujetarla de nuevo, sujetando á sí mismo al pollino al suave yugo de su ley. (San Gregorio.)

conscientes de aquel gran misterio á que concurrían, trepan á lo más alto de los olivos que se destacaban en el monte de su nombre, y cortan lo más gracioso de su follage; escalan las erguidas palmeras y desgajan sin compasión sus espadañas; se desprenden de sus mantos y tapizan con ellos el camino, y todos, locos de entusiasmo y de alegría, prorrumpen en estas exclamaciones: «¡Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

Furiosos los fariseos con este triunfo, no pudieron contener su despecho, y llenos de insolencia se acercaron al Salvador, diciéndole: «Maestro, manda á tus discípulos que se contengan.» «Aunque ellos callaran, les respondió Jesús, las piedras hablarían por ellos.»

Llanto y vaticinio de Jesucristo en Jerusalén. En medio de los vítores y aclamaciones de la multitud, se dirige el Divino Salvador, cabalgando indistintamente sobre el asna y el pollino, cuando levantando sus Divinos ojos los fijó en Jerusalén, y al ver aquella ciudad que ahora le victoreaba con frenéticos Hosannas, y á la cual Él amaba con inefable ternura, como la parte principal que le había confiado su Eterno Padre, «lloró sobre ella,» dice el sagrado texto; y no era extraño, sabía que antes de pocos días Jerusalén iba á teñir sus calles con la sangre de su Dios; sabía que dentro de su recinto iba á cometerse un horrendo deicidio, y como castigo de tamaña maldad, veía caer sobre ella las maldiciones del Cielo, que la reducirían, juntamente con su templo, en un montón de ruinas calcinadas por el fuego y enrojecidas con la sangre de sus habitantes.

Conmovido con tantos desastres su corazón deífico, no pudo menos de exclamar en medio de sollozos: «¡Ah, Jerusalén, si conocieses al menos este día, que aun lo es de gracia, las cosas que eran capaces de darte la paz y la sa-

lud que trae tu Salvador? Pero no, todo ésto queda oculto á tus ojos!» *Y hé aquí que vendrán días contra tí en que tus enemigos te cercarán en medio de tus murallas; te circunvalarán por todas partes; te derribarán, juntamente con los hijos que están en tu seno, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has sabido conocer el tiempo en que fuiste visitada.*» Cuyo terrible vaticinio, sellado con las lágrimas de un Dios, tuvo exacto cumplimiento, apenas trascurrieron cuarenta años según veremos más adelante.

LECCIÓN 24

Parábola de la viña ó de los colonos. = Del rey que celebra con un banquete las bodas de su hijo. = Las diez vírgenes. = Últimas instrucciones de Jesucristo á sus discípulos y anuncio de su muerte.

Parábola de la viña ó de los colonos. Al entrar en Jerusalén el Divino Salvador, dirigióse inmediatamente al templo, donde curó á los ciegos y cojos que le presentaron, aleccionando al pueblo en la pureza de intención con que deben practicarse los actos de caridad. Al espirar el día, salió á pernoctar en Betania, y regresando al día siguiente á la ciudad, y entrando en el templo, expuso varias parábolas, que mejor pueden llamarse profecías ó historias póstumas: la primera de ellas es la conocida con el nombre de *parábola de la viña ó de los colonos*.

«Un Padre de familias, díjoles Jesús, plantó una viña, objeto de sus mayores cuidados, pues la cercó de vallado, construyendo en medio de ella un lagar y edificó una torre; pero teniendo que ausentarse lejos, la dió en renta á unos labradores. Cuando se acercó el tiempo de la recolección, envió el Padre de familias á sus siervos para que percibie-

sen los frutos de ella; pero los arrendatarios, echando mano á los siervos, hirieron á uno, apedrearon al otro y quitaron la vida al tercero. Nuevamente mandó otros siervos y los trataron del mismo modo; en vista de lo cual el Padre de familias determinó enviar á su propio hijo, diciendo: «á mi hijo respetarán, pero se engañó;» pues aquellos infames homicidas, así que vieron al hijo, dijeron entre sí: «éste es el heredero; matémosle y recojamos su herencia.» Y dicho y hecho; se echaron sobre él, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron.

«Ahora bien, prosiguió el Salvador, cuando volviere el Señor de la viña ¿qué hará de aquellos infames colonos?» A lo que contestaron ellos: «á los malos destruirá malamente y arrendará su viña á otros labradores que le paguen religiosamente sus frutos.» Pues bien, les dijo el Salvador: «Yo os digo que os será quitado el reino de Dios y dado á otras gentes que hagan frutos dignos.» Cuya parábola tiene el siguiente significado.

El Padre de familias, según la opinión unánime de los Sagrados Expositores, es Dios nuestro Señor, que desde la aurora del mundo, puso en medio de él la viña Santa de la Iglesia, verdadero reino de Dios, cuya imagen fué la ley natural primero, después la Sinagoga y hoy la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. El Padre de familias *la cercó de vallado*, esto es, la defendió con el muro de sus milicias celestiales; levantó en medio *un lagar*, esto es, un altar y un sacrificio perpetuos; puso en lo más alto de ella *una torre*, esto es, su santa ley, desde cuya atalaya mira y contempla su heredad. ¡Preciosas figuras que demuestran el sumo cuidado del Padre de familias por su viña!

«Ese Padre de familias arrienda su viña á unos labradores y se marchó lejos.» En efecto, desde el día de la creación entregó al hombre su posesión querida: más tarde espigió á Israel por su principal colono, haciendo á este pue-

blo poseedor de su viña. Llegó el plazo y envió sus siervos para que percibieran sus frutos; pero los infames arrendatarios echando mano á los siervos, hirieron á unos, mataron á otros y á otros apedrearon, haciendo lo propio con los que mandó segunda vez. Testigos de ésto fueron Isaías, aserrado por medio; Jeremías, muerto á pedradas, y Zacarías asesinado entre el templo y el altar por los perversos israelitas.

Cuando parece que estaba llena la medida de los pecados de Israel, mandó el Padre de familias, esto es, el Gran Jehová, á su querido Hijo, diciendo: «Tendrán respeto á mi Hijo;» pero los judíos cuando vieron al Hijo, dijeron entre sí: «Venid, matémosle y tendremos su herencia,» y así lo hicieron.

En cuya parábola, según vemos, pintó fielmente el Divino Salvador lo que dentro de pocos días iban á hacer con Él los infames judíos, arrendatarios y colonos de la viña de su Padre celestial. Así lo comprendieron ellos, y tanto, que al escuchar esta parábola, quisieron echarle mano; pero temieron al pueblo que reverenciaba á Jesús y le tenía por un profeta.

Parábola de un rey que celebra con un convite las bodas de su hijo. A continuación de la parábola de la viña, y sin salir del templo, expuso el Salvador otra no menos significativa que la primera; tal es la parábola de un Rey que, para celebrar las bodas de su hijo, convida á sus amigos á un banquete. En dicha parábola vuelve el Salvador á condenar la conducta de los judíos, fielmente retratados en aquellos infames convidados que al ser invitados por el Rey se echaron sobre sus emisarios, y después de haberlos ultrajado atrocemente, los mataron. Porque, ¿qué otra cosa hizo el pueblo de Israel con los primeros y segundos y terceros siervos enviados por Dios para invitarle á las bodas de su querido Hijo? Díganlo Mo-

sés, Isaías y Miqueas; díganlo Zacarías y Juan Bautista; díganlo, en fin, Pedro, Esteban, Pablo, Santiago y todos los demás Apóstoles y discípulos del Señor, á quienes el pueblo judío trató como trataron los convidados á los siervos del Rey.»

«En vista de ésto, continuó el Salvador, aquel Rey, así ofendido, dispuso de sus ejércitos, les indicó el punto donde estaba la ciudad de aquellos infames homicidas, y les dijo: «Avanzad contra ella y ponedla fuego.» Y los ejércitos del Dios de Sabaoth, que jamás dejaron de ser vencedores, fueron contra la ciudad y la abrasaron.» ¿Pudo darse jamás una parábola más parecida á profecía, ni una profecía que se cumpliese con más exactitud? Únicamente la que arriba acabamos de exponer de la viña y los colonos.

Aquellos infames convidados eran los judíos; la ciudad que habitaban, Jerusalén; los ejércitos de Dios, los soldados de Vespasiano y Tito, quienes cumplieron la sentencia fulminada contra Jerusalén, arrasando la ciudad deicida y haciéndola objeto del castigo más tremendo que refieren los anales del mundo.

Las diez vírgenes. Finalmente, después de exponer el Divino Salvador, en lo restante de la parábola, las virtudes de que deben adornarse los que hayan de concurrir á las bodas del citado hijo del Rey, si no quieren ser lanzados del salón del convite y arrojados en las tinieblas exteriores, les expuso la parábola de *las vírgenes necias y prudentes*, exhortándoles en ella á estar siempre preparados con el óleo santo de las virtudes, para que cuando llegara el celestial Esposo los hallare dispuestos á entrar en las sagradas nupcias del dulcísimo dueño de nuestras almas.

Tales fueron las últimas enseñanzas del Divino Salvador, que por ser las últimas, quiso que fueran tan significativas. Apenas hubo terminado sus exhortaciones el mansí-

simo Jesús, salió del templo y de la ciudad y se dirigió con sus Apóstoles al monte de las olivas.

Confidencias del Salvador á sus discípulos y anuncio de su muerte Sentado en la falda del citado Monte de las Olivas, desde donde se divisaba perfectamente la ciudad y el templo, anunció á sus Apóstoles la completa ruina de la una y del otro, así como también el fin del mundo con las terribles señales que le precederán y las circunstancias del juicio final, terminando, por último, sus instrucciones familiares con este anuncio tristísimo: «Sabéis que la fiesta de la Pascua tendrá lugar dentro de dos días, y que el Hijo del hombre será entregado en poder de los gentiles para ser crucificado.»

LECCIÓN 25

Venta de Jesús. =Celebración de la Pascua. =Lavatorio de los discípulos.
=Institución de la Eucaristía. =Se dirige al huerto de Getsemaní.

Venta de Jesús. Después de las últimas instrucciones que el Divino Salvador dió á sus discípulos en la falda del Monte de las Olivas, se dirigió con ellos á Betania donde pernoctaron. Al día siguiente fué invitado Jesús á comer en casa de Simón el Leproso, y mientras estaba sentado á la mesa, se le acercó una mujer llevando en la mano un vaso de alabastro lleno de extracto de nardo de esquisito aroma, el cual derramó sobre la cabeza del Salvador. El mal ejemplo que Judas había dado en casa de Lázaro criticando la acción piadosísima de Magdalena, había cundido entre los demás Apóstoles; pues algunos de ellos repitieron casi las mismas palabras que el discípulo aleve había pronunciado en aquella ocasión: «¿Para qué se han de perder sin fruto cosas tan preciosas?» Pero el Divino Sal-

vador dió en esta ocasión la misma respuesta, añadiendo además estas proféticas palabras: «En verdad os digo que en todas partes donde se predique mi Evangelio se elogiará esta acción y á la persona que la ha ejecutado.»

Entre tanto Judas Iscariote, devorado por la avaricia y sabedor de que los Pontífices y Príncipes de los sacerdotes buscaban con afán la ocasión de apoderarse de Jesús, salió precipitadamente de Betania aquella misma noche, y guiado en medio de la oscuridad por el espíritu infernal, se dirigió á Jerusalén, y presentándose á los Príncipes de los Sacerdotes y Magistrados, les propuso la entrega de su Divino Maestro, diciéndoles: «¿Cuánto queréis darme y os lo entregaré?»—«Te daremos, le contestaron ellos, *treinta monedas de plata*.» La cantidad era insignificante, pues era el precio que se acostumbraba á dar, según la ley, por la vida de un esclavo; pero Judas accedió y regresó á Betania poseído del demonio, mas al parecer tranquilo y estimulando su infame traición, para de ese modo espiar mejor la ocasión de poder llevar á cabo su criminal proyecto.

Celebración de la Pascua. A las tres de la tarde de aquel mismo día comenzaba en Jerusalén la celebración de la Pascua, y dirigiéndose los discípulos al Salvador, le dijeron: «¿Dónde queréis que vayamos á disponer las cosas para comer la Pascua?» «Id, les dijo el Salvador á sus discípulos Pedro y Juan, á la ciudad, y al punto encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y en la casa que entrare decidle al Padre de familias de ella: «El Maestro dice: mi tiempo se acerca; he escogido esta tu casa para celebrar en ella la Pascua con mis discípulos.» Y él os enseñará un gran salón amueblado, en el cual haréis los preparativos.»

Los discípulos obedecieron, y dirigiéndose á la ciudad, encontraron las cosas según les había dicho el Salvador: acto continuo comenzaron á disponer la mesa, tomando al

efecto un cordero pascual, lechugas silvestres, panes ácidos y vino, y cuando todo estuvo dispuesto, llegó el Salvador acompañado de los demás Apóstoles.

Serían las siete de la tarde cuando el Salvador, estando sentado á la mesa con sus discípulos, les dirige la palabra, diciéndoles: «Tenía un deseo vehemente de comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré á comer hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios.» Y dirigiendo sus divinos ojos, llenos de tristeza hácia sus Apóstoles, y especialmente á Judas, prosigue diciéndoles: «Uno de vosotros me ha de entregar.» Lo que oído por los Apóstoles, llenos de consternación y espanto, le dicen: «Señor, ¿soy yo?» Pero el Divino Salvador se contentó con decirles: «El que me ha de entregar está ahora en la mesa conmigo.» También el pérfido Judas, queriendo ocultar su iniquidad, se aproximó al Divino Maestro, diciéndole: «¿Soy yo?» «Tú lo has dicho,» contestole Jesús en voz baja para no descubrir al delincuente.

Lavatorio de los discípulos. Estando para terminarse la cena, el Divino Salvador, queriendo dar á sus discípulos una lección elocuentísima y un ejemplo el más acabado de humildad, levántase de pronto de la mesa, y despojándose del manto, tomó una tohalla que ciñó á su cuerpo sacratísimo; después puso agua en un lebrillo y comenzó á lavar los pies de sus discípulos. Acción tan humillante, no pudo menos de conmover á sus Apóstoles; tanto, que el Príncipe de ellos al ver en esa actitud á su querido Maestro, retrocede atónito y quiere oponerse á su voluntad, diciéndole: «Señor, ¿tú á mí lavarme los pies? ¿Tú que eres el esplendor de la gloria del Padre, su Verbo divino por quien todas las cosas fueron hechas? ¿Tú has de hacer conmigo un oficio de tanto abatimiento? ¿Pues no sabes que te ví en el Tabor cubierto de resplandores de

gloria y que oí la voz del Padre que decía: «Este es mi Hijo querido en quien tengo puestas mis complacencias?» ¡Oh! no, jamás permitiré ser lavado por Vos, Dios y Señor mío!»

Tal fué la confesión de Pedro al ver arrodillado á sus piés á su Dios y Maestro. Pero ¿quién es el hombre para oponerse á los designios de su Dios? «Si no te dejas lavar, dile dulcemente Jesús, no tendrás parte conmigo.» «¡Oh, Señor, contesta entonces el Apóstol, aquí me tenéis: Lávame los piés y si no basta los piés, lávame las manos y la cabeza.» Y comenzando Jesús el Lavatorio por el Príncipe de los Apóstoles, lavó á todos indistintamente sin excluir siquiera al pérfido Judas que tan alevosamente le tenía ya vendido.

Terminado el Lavatorio, vuélvese el Salvador á sus Apóstoles y les dice: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque efectivamente lo soy. Ahora bien, continuó el Salvador; si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, también vosotros debéis lavaros mutuamente, porque de todo ello *ejemplo os he dado para que así como yo lo hice con vosotros, así también vosotros lo practiquéis mutuamente.*»

Institución de la Eucaristía. A la manera que un padre amoroso, viendo acercarse el último instante de su vida, se despide tiernamente de sus hijos, que son los objetos más caros que deja sobre la tierra, así también el dulcísimo Jesús, al despedirse de este mundo, se le venían á la memoria los millares de hijos que dejaba sobre la tierra, y cuya orfandad afectaba sobre manera su corazón. Así que, abandonándose á las inspiraciones de un amor sin límites, llevó á cabo un portento que, como muy bien dijo San Agustín, parece una demencia amorosa; pues evocando los afectos más tiernos de su divino corazón, instituyó

el Augustísimo Sacramento de la Eucaristía, llamado por antonomasia el *Sacramento del amor*.

Aun permanecían todos sentados á la mesa, cuando el Amantísimo Salvador, tomando el pan ácimo en sus divinas manos, dió gracias á su Eterno Padre, y bendiciéndolo, lo repartió entre sus discípulos, diciéndoles: «Tomad y comed, ESTE ES MI CUERPO.» Y tomando en seguida el cáliz con vino en sus Augustas manos, dió asimismo gracias á su Eterno Padre, lo bendijo y lo presentó á sus Apóstoles, diciéndoles: «Bebed todos de él, ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS EN REMISIÓN DE LOS PECADOS.» ¡Magnífica herencia de un Dios moribundo! Él nos legó á todos en su Testamento Eterno y Divino nada ménos que su mismo cuerpo y su preciosísima sangre.

El Salvador se dirige al huerto de Getsemani. Habíase ya satisfecho el amor de Jesucristo llevando á cabo el gran designio de dar á los hombres las mayores pruebas de su cariño; habíase ya quedado con ellos hasta la consumación de los siglos, y desde aquel momento se apoderó de su divino corazón un júbilo tan grande, que, prorrumpiendo en cánticos de alabanza, le obligó á salir al campo, en compañía de sus Apóstoles, para tratar con su Eterno Padre los intereses de la salvación del mundo. Al efecto, el Divino Salvador sale del Cenáculo, abandona Jerusalén, y pasando el torrente Cedrón, se interna con tres de sus Apóstoles en el huerto de las olivas, llamado por otro nombre de *Getsemaní*.



LECCIÓN 26

Oración del Huerto. — Prisión de Jesucristo.

— Jesús en el Pretorio de Anás y Caifás. — Negación de San Pedro.

— Desesperación de Judas.

Oración del Huerto. Lleno de júbilo y cantando himnos de alabanza á su Eterno Padre, hemos visto al Divino Salvador salir del Cenáculo en compañía de sus Apóstoles y dirigirse al huerto de las olivas. Pues bien, este gozo pronto se convirtió en tristeza para el dulcísimo Jesús así que pasó el torrente Cedrón. Habíase ya colocado en el lugar de los pecadores en virtud del pacto que hiciera con su Eterno Padre de redimir al mundo, y desde entonces la justicia Divina ya no le mira sino como una víctima cargada de iniquidades; desde entonces comienza á atormentarle cruelmente pintando en su espíritu los tormentos que se le preparan, la deserción de sus discípulos, los denuestos de sus verdugos, las injurias, los improperios del pueblo judío, y en fin, desde aquel momento hieren á su alma todas las penas de su próximo suplicio.

En este terrible estado el Divino Salvador, abandonado de todo el mundo y desfallecido, se ve precisado á buscar consuelo en el Cielo. «¡Oh, Padre mio! exclama; ved el estado en que me ha colocado el amor; cercado me veo por los horrores de la muerte; mi alma, abismada en la amargura, se liquida en sí misma; nada hay semejante al oprobio en que me ha puesto mi semejanza con los pecadores, pero nada es esta ignominia comparada con la que me cubre en vuestra presencia: yo grito hácia Vos y Vos no me escucháis porque no véis en vuestro Hijo mas que la semejanza

del pecado. ¡Padre, Padre mío! *si es posible, pase de mí este caliz de amargura!*

Mas el Divino Salvador bien pronto se hace superior á estos sentimientos humanos, pues al punto acepta la muerte y los tormentos que le están preparados, y pide á su Eterno Padre «que no se cumpla su voluntad, sino la de Él.» En esto un ángel llega y le conforta. Levántase Jesús fortalecido y dirige sus pasos hácia donde se hallan sus tres discípulos queridos que dormían profundamente: Y «¿por qué dormís? les dice: Velad y orad para que no entréis en la tentación.»

Prisión de Jesueristo. No bien el Salvador había pronunciado las anteriores palabras, dirigidas á sus soñolientos discípulos, cuando hé aquí que Judas se presenta á la cabeza de una pandilla infernal. Acércase sólo á su Divino Maestro, pídele un ósculo de falsa paz, señal que había dado á los conjurados para distinguirle de los demás y consumir su infcua traición; pero el Clementísimo Jesús, á pesar de la tamaña perfidia que contra Él comete su alevé discípulo, su lengua no pronuncia sino palabras de ternura; recibe el ósculo, dale en retorno un abrazo, y con voz benigna, si bien llena de sentimiento, le dice: «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Qué es lo que haces? ¡Ah, Judas! ¿así entregas á tu Maestro en manos de sus enemigos?» Y dirigiéndose á los que con él venían, les dice: «¿A quién buscáis?» —«A Jesús Nazareno,» contestan ellos. «Yo soy,» díceles con voz enérgica el Salvador; y al oirlo aquellos pérfidos ministros retroceden atónitos y caen por tierra despavoridos.

Así que los soldados salieron del estupor que les causara la respuesta del Divino Maestro, cuando cual tigres feroces se abalanzan á su cuello, lo maltratan, lo injurian, y por último, atan sus divinas manos con duros cordeles; y de este modo, Aquel manso corderillo, insultado, maltratado

y dándole de empujones, caminando en medio de la oscuridad de la noche, es conducido por las calles y plazas de Jerusalén.

Jesús en el Pretorio de Anás y Caifás. Llega, por fin, todo maltratado en presencia del Pontífice Anás, el cual, agradeciendo aquella deferencia de su yerno, manda que lo remitan inmediatamente á casa de Caifás, cuyo soberbio Pontífice, lleno de indignación, le pregunta: «¿Con qué autoridad te has hecho Maestro y agregado discípulos á tu compañía? ¿Quiénes son éstos y qué doctrina es la que enseñas?»—«Yo, contesta dulcemente el Salvador, no he enseñado sólo á mis discípulos, sino que siempre he hablado en público, en las calles, en las plazas y en las Sinagogas: pregunta á los que escucharon, y ellos darán testimonio de mi doctrina.» Así contesta al Pontífice, y como si esta respuesta hubiera sido una injuria atroz, uno de los más viles ministros, levantando su mano sacrílega, le dió una cruel bofetada.

Tan razonable pareció la respuesta del Salvador, aun á los pérfidos ministros, que se creyeron obligados á proceder contra Él del modo que había insinuado. Al efecto, sobornaron varios testigos para que depusieran contra Él; pero sus acusaciones, como nacidas del odio, se contradecían mutuamente y nada pudo sacarse en limpio que motivara una sentencia. Entonces Caifás, lleno de furor, le dice: «¿Qué respondes á lo que estos deponen contra ti?» Mas Jesús continuó callado, y al ver su completo silencio, se levanta furioso y le dice: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, hijo de Dios.»—«Sí, yo soy, contesta el Salvador, y en verdad te digo que llegará un día en que veáis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios para juzgar al mundo.» Pero la perfidia de Caifás no pudo escuchar esta respuesta tan llena de majestad; así es que lanzando una mirada furiosa se dirige á los circunstan-

tes y les dice: «Blasfemado há. ¿No oísteis la blasfemia? ¿Qué os parece?»—¡Que muera! claman todos, ¡que muera! *reus est mortis.*» Y esto diciendo, arremete contra Él aquella turba furiosa, y ansioso cada cual de saciar en Él la saña y el odio que le profesaban, nada omiten sobre su adorable persona para hacer en aquella noche cuanto de más cruel pudo inventar el infierno. Cúbrenle el rostro con un paño, y poniendo en sus manos una caña en lugar de cetro, le dan de bofetadas, y mofándose de Él le dicen: «Adivina quién es el que te ha herido.» Y en fin, tan imposible es llegar á comprender las injurias, los oprobios y los sufrimientos del Salvador en aquella triste noche, que dice San Jerónimo que sólo el día del juicio lo revelará el Señor á la faz del Universo.

Negación de San Pedro. Mucho sintió el Divino Corazón de Jesús tantas infamias como en el Pretorio había sufrido su humanidad sacratísima, pero mucho más llenó su alma de amargura otro acontecimiento que tenía lugar, no en el Pretorio, sino en el átrio mismo de la casa de sus padecimientos. Hasta aquel punto habíale seguido el fiel discípulo Pedro para presenciar el desenlace de aquella horrible tragedia, y allí fué donde tembló y cayó á la débil voz de una mujerzuela; allí fué donde negó á su Divino Maestro por segunda y tercera vez, diciendo: «No conozco á tal hombre.» Pero una sola mirada de su Maestro fué bastante para que el arrepentido discípulo, retirándose del átrio del Pontífice, lavase con un mar de amargas lágrimas su mortal herida. Imitémosle nosotros en la penitencia, ya que tantas y tan repetidas veces le hemos imitado en la caída.

Desesperación de Judas. Mientras que el Divino Salvador era conducido del huerto de Getsemaní á la ciudad deicida, todos sus discípulos huyeron despavoridos, vagando sin rumbo cierto por las cercanías de Jerusalén;

unos se sentían avergonzados por su cobardía; otros lamentábanse de su falta de valor para defenderse de los judíos, y todos lloraban la pérdida irreparable de su Divino Maestro.

Sólo uno, que á la sazón se hallaba en una miserable casa de una aldea inmediata, hallábase agitado por crueles remordimientos. «He cometido una infamia, decía para sí mismo; he entregado á mi Maestro á esos lobos hambrientos. ¡Ah, acción tan aleve no me perdonará jamás!»

El que así murmuraba era Judas, quien al enorme crimen que había cometido, añadía el horrible pecado de la blasfemia. ¡Noche de crueles angustias y tremendos remordimientos fué para aquel desgraciado la noche que entregó á su Divino Maestro! Así es que en el instante que amaneció corrió á la ciudad, llegó á la puerta del templo, donde encontró á los Principes de los Sacerdotes, y acercándose á ellos, les dijo: «He pecado entregando la sangre de un Justo; ahí está el dinero en que le vendí.» Y acto continuo arrojó en el átrio del templo los 30 siclos. «¿Y qué nos importa á nosotros de ello? le contestaron los Sacerdotes, Ahí te las hayas.»

Judas, poseído del demonio de la desesperación y mesándose de rabia sus cabellos, llama á Satanás, diciendo: «¡Ven, Satanás, soy tuyo; te pertenezco en cuerpo y en alma! ¡Ven á ser testigo de mi desesperación!» Y agitado por esta idea se dirige á un bosque sombrío y solitario. Satanás se le presenta al momento, diciéndole: «Aquí estoy á tus órdenes.» Y tomando un cordel que había en el suelo, se lo entrega, diciéndole: «En ese árbol y en esa cuerda está el término de tus males en esta vida.» Judas asió la cuerda, y un momento después pendía del árbol fatal, espirando en medio de horribles convulsiones. Satanás recogió su alma y fué á precipitarse con ella á los eternos abismos del infierno.

LECCIÓN 27

Jesús ante Pilatos y Herodes. = Flagelación
y sentencia de muerte contra Jesús. = El camino del Calvario.
= Crucifixión y muerte de Jesús.

Jesús ante Pilatos y Herodes. Sacado que fué Jesús de la casa de Caifás, que más bien parecía una cueva de tigres que habitación de hombres, es conducido ante el Presidente Pilatos, seguido, como un malhechor, de un tropel inmenso de malvados que le insultan. Pilatos, después de sujetar al Salvador á un interrogatorio tan ridículo como impertinente, reconoce su inocencia, y averiguando que era galileo, manda remitirlo á Herodes Antipas á cuya jurisdicción correspondía la Galilea.

Herodes, burlándose del Divino Salvador, hácele vestir de una túnica blanca como á un hombre insensato y loco. En este estado fué remitido segunda vez á Pilatos, el cual, convencido de la inocencia de Aquel que le presentaban como un criminal, dice públicamente que no halla en Él causa alguna para condenarle; pero temeroso de las amenazas del pueblo por un lado, y sintiendo por otro condenar á un justo, escogita un medio por el cual juzga poder libertar á Jesús. Hallábase por entonces encarcelado un hombre facineroso, llamado Barrabás, y siendo costumbre entre los judíos dar libertad á un reo en la festividad de la Pascua, les propuso al efecto á Jesús y á Barrabás: «Y ¿á quién queréis, les dice, que ponga en libertad, á Jesús ó á Barrabás?» — «¡A Barrabás!» contesta vociferando aquel pueblo fementido. — «¡A Barrabás! Y ¿qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo?» — «¡Quítale de nuestra vista! ¡Que muera! ¡Que muera! ¡Crucifícale!»

Flagelación y sentencia de muerte. En vista de esto, el pérfido Pilatos condena á Jesús á ser azotado; medio bárbaro de aplacar la sed de sangre de aquellos feroces tigres. Amarrado á una columna con fuertes ligaduras, y en la más completa desnudez, comienzan aquellos inhumanos verdugos á descargar sobre el delicado cuerpo de Jesús tan bárbaros golpes, que hacen estremecer el pavimento. La sangre corre á torrentes por todas las partes de su cuerpo; columna, manos y rostros de los sayones aparecen ensangrentados: cinco mil y más azotes han formado una sola llaga de aquella humanidad sacratísima, y no ha quedado en ella parte alguna sana. ¿Qué más resta? En vano Pilatos, lisongeándose de mover á compasión el corazón de aquellas hienas, preséntales al Salvador en este lastimoso estado; taladrada su cabeza con una corona de punzantes espinas, desfallecido y ensangrentado el rostro, eclipsados y turbios sus ojos. «¡Ecce homo! les dice, ¡Hé aquí este hombre! este hombre que habéis presentado como un criminal, y en el que no veo sino un inocente. ¿Qué más queréis de él?»—«¡Crucifícale! exclaman. ¡Viértase su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

¡Piedad, compasión, misericordia! ¿dónde estás? ¡Juez impío, temes perder la amistad del César y no temes perder la amistad de Dios! Pero nada arredra á Pilatos; él pronuncia la sentencia de muerte contra el Autor de la vida.

El camino del Calvario. Apenas oyen los pérfidos judíos la sentencia del Juez más inicuo, cuando acometen al Señor con voces, no, con ahullidos, y colocan sobre sus delicados hombros el instrumento del último suplicio, que era la cruz. Con tan enorme peso (1) le obligan á caminar en dirección al Calvario, cruzando las calles más con-

(1) Según la tradición, la cruz del Salvador era de cinco varas de larga y tres de anchura por los brazos.

curridas de Jerusalén. Hé aquí al inocente Isaac cargado con la leña que ha de servir para su sacrificio, caminando con paso lento hacia el monte calvario. Pero á los pocos pasos Jesús desfallece por el peso de la cruz: vacila..... titubea..... y, por último, su bello rostro se estrella contra la dura tierra. En este fatal momento es cuando sale al encuentro de Jesús su benditísima Madre, y al verlo..... «¡Oh, dulcísimo hijo mio! le dice. ¡Oh, espejo sin mancha! ¡Oh, tierno objeto de mi amor! Dame ese pesado madero que yo quiero morir por Tí.»

Aún no había salido Jesús de las calles de Jerusalén, cuando una piadosa mujer, acercándose á Él y sacando un lienzo blanquísimo, limpió el sudor y la sangre que corría por su Divino rostro, cuya acción premió el Señor en aquel mismo instante; pues al mirar después el lienzo, halló sorprendida que en él había quedado impresa la imagen sacratísima del rostro de Jesucristo. De esta mujer célebre, llamada Verónica, hicimos mención al ocuparnos de la *pu-donorosa Hemorroisa*.

Viendo los judíos que su víctima desfallecía, y temiendo que exhalara su último suspiro antes de llegar al Calvario, detuvieron á un hombre, llamado Simón Cirineo, que á la sazón pasaba en dirección á la ciudad, obligándole á que ayudase á Jesús á llevar la Cruz hasta el Calvario. Con esta ayuda camina afanoso el Salvador para llegar al lugar del suplicio. Ya llega á la puerta Judiciaria; ya sus ojos divisan la tremenda montaña; ya, por fin, exánime y lleno de congojas sube la cuesta del Gólgota y llega al lugar del suplicio.

Crucifixión y muerte de Jesús. Era la hora de tercia cuando el Hijo de Dios, despojado de sus sagradas vestiduras, se hallaba ya suspendido del Santo árbol de la Cruz. Allí estaba el Divino Salvador todo cubierto de heridas, taladradas sus manos y sus piés con durísimos clavos,

coronada su cabeza de punzantes espinas y bañado en su propia sangre.

Al pié de la Cruz hallábase María recibiendo sobre su purísima frente la sangre Divina que su querido Hijo va derramando gota á gota por la salvación de los hombres. A su lado está el discípulo amado de Jesús; María, esposa de Cleofás, y María Magdalena, la más fiel, la más amante y la más fervorosa de las discípulas de Jesús.

No muy distante de aquel lugar vése un corro de soldados que reparten los vestidos del Salvador y sortean la pertenencia de la túnica teñida en sangre, y por último, á derecha é izquierda del suplicio del Salvador se destacan dos cruces, de las cuales penden dos facinerosos.

Sobre el testero de la Cruz del Salvador se leía un letrero escrito en hebreo, en griego y en latín, que decía: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*: en vista del cual los verdugos del Señor comenzaron á burlarse y escarnecer á tan preciosa víctima, diciéndole: «Dios te guarde, Rey de los judíos.»

Cuando más ensañados estaban los verdugos insultando y ultrajando al Redentor, abre éste su boca Divina, y dirigiéndose á su Padre celestial, dice: «Padre mío, perdónalos; porque no saben lo que hacen.»

El Mártir Divino bajó sus ojos al pié de la Cruz, y al ver á su desconsolada Madre al lado de su amado discípulo, les dijo: «¡Mujer, hé ahí tu hijo!» y á Juan: «¡Hé ahí tu Madre!»

Mientras tanto, habían trascurrido más de dos horas y media después de la crucifixión del Señor y se acercaba el momento de su dichoso tránsito. Entonces el moribundo Salvador, lleno de desconsuelo, eleva sus Divinos ojos al trono de su Eterno Padre, exclamando: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?»

Finalmente, dirigiendo el Redentor de la humanidad

una mirada compasiva sobre la faz de la tierra, contaminada con el pecado, consideró ya destruido éste y rehabilitado al hombre por medio del cruento sacrificio que Él consumaba en aquel instante; y lleno de satisfacción, exclama: «Todo se ha consumado.» Así exclamó Jesús, dice San Hilario, oprimido por el dolor; y como si ya le faltaran fuerzas para sufrir, llama á su Eterno Padre para entregarle su espíritu, exclamando: «Padre mío, en vuestras manos encomiando mi espíritu:» é inclinando su Divina cabeza exhaló su último suspiro.

La grande obra de la Redención estaba terminada. La sangre de todo un Dios, vertida gota á gota y ofrecida al Eterno Padre por la salvación del mundo, había sido aceptada por el Gran Jehová, y con esta aceptación, el hombre quedaba libertado y redimido de las cadenas de la esclavitud.

LECCIÓN 28

Prodigios acaecidos en la muerte del Salvador. = Conversión del Centurión. = Descendimiento de la Cruz. = Sepultura del cadáver sacratísimo de Jesucristo. = Resurrección del Señor.

Prodigios acaecidos en la muerte del Salvador. Ante la sangrienta tragedia que tenía lugar en el Calvario, no podía menos de estremecerse la tierra y de vestirse de luto la naturaleza entera. Así sucedió; pues el Sol se oscureció, la tierra se conmovió tan violentamente, que arrojó fuera de sus sepulcros multitud de muertos que resucitaron conmovidos y llenos de consternación. Las piedras, chocando unas con otras, se partían en mil pedazos; el velo del templo se rasgó; el trueno dejó oír su pavoroso estampido, y el orbe entero dió señales de la horrorosa

sa impresión que le causaba la muerte del Hijo del Eterno. Al observar semejantes prodigios, no es extraño que el Arcópagó Ateniense exclamara por uno de sus miembros más ilustres: «O el Autor de la naturaleza padece, ó se destruye la máquina del Universo.»

Entonces fué cuando el pueblo deicida se sintió sobrecogido, y cuando aquellos mismos que en la plaza del Pretorio pedían con furiosas voces la muerte del Justo, temblaron de espanto, víctimas del remordimiento por tan horrible delito; algunos de los cuales, postrándose en tierra, pidieron al Señor que les perdonara tanta ceguedad y tan cobarde alevosía.

Conversion del Centurion. El Centurión que había asistido á la muerte de Jesús, (1) al presenciar los portentos que ocurrieron al tiempo de dicha muerte, se sintió sobrecogido de un horror santo, y la dureza de su corazón había cedido ante el vivísimo resplandor de una luz celestial, y adorando los altos juicios de Dios, no pudo menos de exclamar, iluminado por la gracia: «Verdaderamente: Éste era el Hijo de Dios.»

Descendimiento de la Cruz. Era la víspera del sábado Pascual, día en que los cuerpos de los sentenciados no podían permanecer por más tiempo en la Cruz, por lo cual era preciso bajarlos de ellas para darles sepultura; mas si los reos no habían exhalado el último suspiro, disponía la ley que se les quebraran las piernas. Así lo verificaron con los dos ladrones crucificados con Jesucristo, que aun pendían del patíbulo sin acabar de morir. Hecho ésto, se dirigieron los sayones hácia el difunto Salvador, en ademán de llevar á cabo esta cruel ejecución; pero encontrándole muerto, desistieron de su bárbaro proyecto:

(1) Véase la nota de la lección 11, donde nos ocupamos de este personaje.

mas entonces uno de los soldados, enristrando su lanza, atravesó cruelmente el costado sacratísimo de Jesucristo, abriendo en él una ancha herida de la que comenzó á brotar sangre y agua, representando, según el sentir de los Santos Padres, los dos Sacramentos principales de la Iglesia, á saber: el de la Eucaristía en la sangre y el del Bautismo en el agua.

Sin separarse un momento del lugar del suplicio, permanecían junto á la Cruz María Magdalena, María Cleofé y Juan, el discípulo amado del Señor; pero temiendo la ferocidad de aquel pueblo, ébrio de sangre, no se atrevieron á determinar cosa alguna sobre el cadáver de Jesucristo. Cuando en ésto llegaron José de Arimatea y Nicodemo, seguidos de algunos criados que traían escaleras y demás utensilios para la declavazón y desprendimiento del cadáver del Salvador. Acto continuo, acercando las escaleras á la Cruz, comenzaron su bendita obra, desclavando á Jesús con el mayor cuidado, y haciendo descender pausadamente su cadáver yerto y ensangrentado lo entregaron á su Santísima Madre, la que sumergida en llanto lo abrazó y colocó en su virginal regazo.

Los que presenciaron aquella tiernísima escena, no se atrevieron á impedir á la contristada Madre que se entregara por algunos momentos á los accesos de su angustia y desolación; pero era preciso arrancar de sus brazos aquel rico tesoro y hacer que María apurara hasta las heces la amarga copa del dolor. Tomaron pues, el cadáver de entre sus brazos, y comenzaron los preparativos para su enterramiento.

Sepultura del cadáver Sacratísimo de Jesucristo. La primera operación de José y Nicodemo fué embalsamar el cadáver sacratísimo, le envolvieron en una sábana nueva que el piadoso José había comprado con ese objeto; cubrieron su divino rostro con un lienzo que llama-

ban sudario, y envuelto ya el cuerpo en la sábana, le fajaron con un ancho vendaje, empapando antes dichos lienzos y la sábana en el mismo bálsamo que había servido para el embalsamamiento, según era costumbre de hacerlo entre los judíos.

Terminada esta piadosa operación, tomaron respetuosamente el cadáver de Jesús y lo condujeron á un huerto distante como treinta varas del monte Calvario, donde Arimatea había mandado abrir un sepulcro para su enterramiento y el de su familia; pero que inspirado de su piedad, ó mejor dicho, por disposición del Cielo, quiso dedicar aquella bóveda, en la cual nadie se había aún enterrado, á que guardase el cuerpo santo de su Maestro.

Bien pronto llegaron al huerto de José, y depositando el cadáver de Jesús en dicha sepultura, lo colocaron mirando al Oriente, según era costumbre entre los israelitas. La entrada del sepulcro fué cerrada por una ancha y pesada losa que Arimatea y Nicodemo, ayudados de sus criados, colocaron en la parte superior, terminando con esta última operación su bendita y misericordiosa obra.

Los Príncipes de los Sacerdotes, temiendo que volviera á resucitar aquel Impostor, se dirigieron á Pilatos á la mañana siguiente, diciéndole: «Nos hemos acordado de que ese hombre que ayer murió en la Cruz dijo, durante su vida, que había de resucitar después de tres días. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta que pase el día tercero, no sea que vayan sus discípulos de noche y le roben, diciendo después á la plebe: «Resucitó entre los muertos,» porque este nuevo error sería peor que el primero.»

Pilatos, que estaba aburrido con tantas exigencias, los despidió bruscamente, diciéndoles: «Guardia tenéis, guardad vosotros el sepulcro.» Efectivamente, los judíos tenían una compañía de soldados para guardar el templo, y á ella se refería sin duda Poncio Pilato. Aceptaron los enemigos

la indicación del Presidente romano, y sin demora dispusieron que los soldados del templo se trasladaran al sepulcro para custodiarlo; y para asegurarse de que no había colusión ni engaño, alzaron la losa del sepulcro, y viendo que allí permanecía el cadáver de Jesús, volvieron á colocarla cerrando herméticamente el sepulcro y sellándolo con el sello público de la Sinagoga.

Resurrección del Señor. Ya iba á comenzar el día tercero, después que se había visto al Hombre Dios espirar en una Cruz en medio de los más horribles tormentos; la noche del sábado, en que los judíos celebraban la Pascua de los ácidos, había terminado: el sepulcro del Salvador había sido abandonado por los discípulos de Jesús, y hasta María Cleofé y María Magdalena habían marchado á la ciudad para comprar los aromas más exquisitos y valiosos para ungir de nuevo el cadáver de Jesucristo: sólo había en derredor de aquella tumba gloriosa algunos soldados de la guardia del templo de Jerusalén, que como hemos dicho, habían sido apostados allí por los Príncipes de los sacerdotes para custodiar el sepulcro.

En el instante que la tenue luz del crepúsculo de la aurora del Domingo se dejó sentir en los horizontes, el alma bienaventurada de Jesucristo, unida á su cuerpo y llenándole de gloria inmortal, salió del sepulcro sin el más ligero ruido ni el menor movimiento de la losa que le cubría. Jesucristo resucitaba, porque había llegado el momento de su glorioso triunfo.

Los soldados, que dormían al pié del sepulcro, nada sintieron; pero llegó un momento en que la tierra se conmovió violentamente, al tiempo que un ángel hermosísimo y rodeado de una luz vivísima descendía desde el Cielo, y volviendo la piedra del sepulcro, se posó sobre ella, inundando de divinos resplandores el sepulcro, juntamente con el afortunado huerto de Arimatea que había tenido la

'dicha de guardar en su seno el rico tesoro del cuerpo del Salvador.

Atemorizados los soldados con el estruendo del terremoto, y ofuscados por la luz esplendorosa que rodeaba al ángel del Señor, huyeron despavoridos y llenos de espanto, seguros de que Aquel Hombre á quien hacía tres días habían crucificado, era un Sér poderoso que disponía de las leyes y de la máquina del Universo.

LECCIÓN 29

Testimonio de la Resurrección de Jesucristo dado por los guardias del sepulcro. = Diversas apariciones de Jesucristo. = Aparición á los discípulos reunidos. = Confiere á sus Apóstoles la facultad de enseñar, bautizar y perdonar los pecados. = Confirma Jesucristo á San Pedro en el Principado de la Iglesia.

Testimonio de la Resurrección de Jesucristo. Así que los guardias del sepulcro volvieron en sí de la turbación que les causara el prodigio de la Resurrección, corrieron presurosos á Jerusalén á participarlo al Pontífice. Sorprendido Caifás con la llegada de los soldados, les preguntó inmediatamente si había resucitado el Impostor. «Señor, dijo uno de los soldados, nosotros no lo hemos visto salir del sepulcro; pero estamos seguros de que ha resucitado y de que su cuerpo no está ya en el sepulcro.» «A nosotros, prosiguió el soldado apoyado por los demás compañeros, sólo nos corresponde hacerte una relación fiel y verdadera de lo que hemos presenciado, á saber: que la losa que cubría el sepulcro de Jesús Nazareno, fué levantada por un ángel, más esplendoroso que el mismo Sol que nos alumbra, á cuya presencia hemos caído

comió muertos ante su centellante mirada: ahora á vosotros os toca averiguar lo demás que haya en ese maravilloso suceso.»

Diversas apariciones de Jesucristo. Aunque nada dicen las Sagradas Escrituras, es indudable, según los Santos Padres, que la primera aparición de Jesucristo fué á su queridísima Madre. Al rayar la aurora del Domingo, y momentos después que los guardias del sepulcro habían escapado á Jerusalén, llegaba al sepulcro una hermosísima mujer, trayendo un canastillo lleno de yerbas olorosas y de preciosos bálsamos. Era Magdalena, amante discípula de Jesucristo, que iba á embalsamar nuevamente el cuerpo de su adorado Maestro. ¡Pero cual fué su sorpresa cuando al llegar al sepulcro vé la piedra removida, ausentes los guardias y abierto el sepulcro! Sin embargo, llena de valor y de intrepidez, salta dentro del sepulcro y se convence de que ha desaparecido el cuerpo de Jesucristo: veloz como el pensamiento, corrió á la ciudad, y á los pocos momentos volvía de nuevo, acompañada de Pedro y de Juan: éste llegó el primero, pero no entró en el sepulcro; sólo vió desde fuera las sábanas y las ligaduras con que habían ceñido al difunto Salvador: mientras tanto llegó Pedro y sin detenerse entró en el sepulcro, encontrando los mismos despojos que Juan había visto antes, mas el sudario que cubria el rostro del Salvador; en vista de los cuales reconoció que su Divino Maestro había resucitado, regresando con Juan á Jerusalén para comunicar tan grata nueva á los parientes y amigos del Divino Salvador.

Mientras tanto, María Magdalena, pegada á la tumba de su querido Maestro, lloraba sin consuelo la pérdida del precioso tesoro de su corazón, cuando dirigiendo su mirada al fondo del sepulcro ve dos hermosísimos ángeles vestidos de blanco, los cuales le dicen: «¿Por qué lloras?»—«Lloro, contestó Magdalena, porque han robado á mi amado y no

sé dónde lo han puesto.» Entonces oye cerca de s. una voz dulcísima, más grata que la de los ángeles, que le dice: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Volvióse entonces la afligida Magdalena hácia su interlocutor, y le dice: «Si tú lo has llevado, dime dónde está y yo lo llevaré.» A cuyas palabras le contesta Jesús, que era el que hablaba á su discípula: «¡María!» Óyele Magdalena, y conociendo á Jesús, «¡Maestro!» le dice, y va corriendo á arrojarle á sus piés para abrazarlos y besarlos como en casa del fariseo, pero Jesús le dice: «No me toques porque todavía no he subido á mi Padre. Vé á mis hermanos, y díles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios.»

Poco después se aparecía el *triunfador de la muerte* á unas piadosas mujeres que habían venido de Jerusalén á visitar su sepulcro, así como también á dos discípulos en el camino de Emaus, y en distintas ocasiones á sus Apóstoles San Pedro y Santiago el *Menor*.

Aparición de Jesucristo á sus discípulos.

Érase un domingo, día en que los Apóstoles se hallaban reunidos en una casa de Galilea, teniendo las puertas cerradas por miedo de los judíos, cuando se presenta Jesucristo en medio de ellos, diciéndoles: «La paz sea con vosotros:» mas hallándolos confusos y tristes, les dijo: «¿Por qué estáis turbados? ¿Por qué afligen vuestros corazones pensamientos tristes? Ved mis manos y piés, palpad y ved que el espíritu no tiene carne y huesos como véis que tengo Yo.» Entonces el Señor conversó largamente con ellos, mostrándoles el sentido de las Sagradas Escrituras y diciéndoles: «Vosotros soís testigos de todas estas cosas; vosotros, que habéis presenciado todo, lo predicaréis todo y daréis á las naciones noticia y testimonio de mi vida, de mi doctrina, de mi pasión, de mi muerte y de mi resurrección.»

En esta ocasión hallábase ausente uno de los Apóstoles, llamado Tomás ó *Didimo*, y al reunirse con sus hermanos,

le dijeron: «Hemos visto al Maestro.» A lo cual él contestó: «Si no veo en sus manos la hendedura de sus clavos é introduzco mi dedo en ella y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré.» Al cabo de ocho días volvió Jesús á sorprender á sus discípulos con una segunda visita, en ocasión en que Tomás se hallaba con ellos, y saludándolos como la vez primera con las palabras de «la paz sea con vosotros,» dijo á Tomás: «Mete tu dedo en estas llagas de mis manos, introduce la tuya en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel.» A lo cual le contestó Tomás lleno de gozo: «¡Señor mío y Dios mío!» Diciéndole Jesús: «Porque me has visto, Tomás, me has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

Confiere á sus Apóstoles la facultad de enseñar, de bautizar y de perdonar los pecados.

En ésta y las sucesivas conversaciones que tuvo el Salvador con sus discípulos durante cuarenta días, les confirió la facultad de enseñar y bautizar, prometiéndoles su asistencia hasta la consumación de los siglos. «Id, les dice, enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar cuanto os he ordenado; yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Con vosotros estaré bautizando, con vosotros confirmando, con vosotros absolviendo y con vosotros ejerciendo en mi Iglesia un ministerio exterior. A todos aquellos, prosiguió el Salvador, á quienes les perdonáreis los pecados, perdonados les serán; y á todos los que se los retuviéreis, les serán retenidos.» En cuyas palabras fueron predichas á la Iglesia sus grandes prerogativas, á saber: la Universalidad, la Perpetuidad y la Infalibilidad, aseguradas y afianzadas, no sólo por la palabra, sino con la presencia misma de la Divinidad.

Confirma Jesucristo á San Pedro en el Primado de su Iglesia. En el territorio de Cesarea de

Filipo, según vimos en la lección 17, prometió el Divino Salvador al Apóstol Pedro, en premio de su fé, que sería cabeza y fundamento de su Iglesia: ahora que está para ausentarse de este mundo y subir á su Padre, antes de verificarlo quiere cumplir su divina promesa y confirmar á su Apóstol en la Jefatura y Primacía de su Iglesia; y deseando que dicha autoridad reconozca por base el amor, se dirige á su Apóstol, diciéndole: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Y repitiendo por tres veces la misma pregunta para que con sus tres afirmaciones contrarrestase las tres negaciones del Atrio del Pontífice, el santo Apóstol contesta triste porque cree que su Divino Maestro duda de su amor: «Ya sabéis, Señor, que os amo con toda mi alma y que estoy dispuesto á sacrificarlo todo por vuestro amor.» —«Pues en recompensa de ese amor que me profesas, le dice Jesucristo, apacienta mis ovejas y también mis corderos, confirmándolos en la fé: á tí quedan sujetas todas las almas; los pueblos y los reyes, la grey y los pastores; á tu cátedra acudirán por luz, por paz, por doctrina y por consuelo.» Y desde aquel momento quedó Pedro constituido en Príncipe y cabeza de la Iglesia, cuyas zanjias inmortales acababa de abrir Jesucristo.

LECCIÓN 30

Ascensión del Señor. — Elección de San Matías.

== Venida del Espíritu-Santo. — Predicación de San Pedro.

== Costumbres de los primeros cristianos.

Ascensión del Señor. Acercándose el tiempo de la presencia visible de Jesucristo en la tierra, y trascurridos cuarenta días después de su gloriosa Resurrección,

hizo venir á todos los Apóstoles de Galilea á Judea, y en el mismo día que iba á separarse de ellos, les habló un largo discurso prometiéndoles el Espíritu-Santo, el cual les infundiría fortaleza y ciencia para predicar su Evangelio por todo el mundo. Les animó á sufrir las cárceles y persecuciones por su nombre, y por fin les dice: «Si os dejo, es con mi presencia visible; pero sabed que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Concluido este razonamiento, sale el Salvador en unión de su Santísima Madre y de sus discípulos á la parte de Betania, y entrando en el Monte de las Olivas, unos *dos mil* pasos de Jerusalén, sobre la hora de las doce, levanta Jesús sus manos y sus ojos al Cielo, y bajándolos después blandamente sobre sus queridos discípulos, los bendice y comienza á elevarse magestuosamente por los aires: bien pronto una azulada y blanca nube sirve de escabel á sus Augustos piés. Un momento..... y vedle ya llegado á los umbrales del Empíreo. El cielo abre y franquea sus puertas eternas; de todas partes salen á recibir á su Soberano las gerarquías celestiales; toma asiento á la diestra de su Eterno Padre, y los Ángeles, Arcángeles, Querubines y Serafines entonan un himno de gloria que resuena en todos los ámbitos de la célica mansión: «¡Digno es el cordero que ha sido sacrificado de recibir la bendición, el honor y la gloria!»

Mientras tanto los discípulos contemplaban extasiados el lugar por donde su Divino Maestro se había elevado á las etéreas regiones, cuando dos ángeles se presentan á ellos, diciéndoles: «Varones de Galilea, ¿por qué os entretenéis en mirar al Cielo? Ese Jesús, que al separarse de vosotros se ha elevado por los aires, volverá del mismo modo que le habéis visto subir.»

Elección de San Matías. Al oír esta advertencia de los enviados celestiales, los Apóstoles se retiran á Je-

rusalén, donde pasaron diez días en el retiro y en la oración.

La Iglesia desde aquel instante quedaba constituida bajo la primacía de San Pedro. El primer acto de su jurisdicción pontificia fué convocar una reunión ó concilio en Jerusalén con objeto de elegir un sucesor al pérfido Judas, que se había ahorcado, según dijimos en otro lugar, después de cometer el horrendo crimen de vender á su Divino Maestro.

Al efecto se reunió en Jerusalén una Asamblea compuesta de cerca de ciento veinte discípulos; y levantándose Pedro en medio de ella, les indicó la conveniencia de elegir un sucesor al desgraciado Judas antes que el Espíritu-Santo, cuya venida les había prometido Jesucristo, se esparciera sobre el Colegio Apostólico.

De entre los que siguieron á Nuestro Señor Jesucristo, añadió, mientras vivió con nosotros, «elegid uno que dé testimonio de la verdad de la Resurrección.»

Dos fueron los candidatos presentados por la Asamblea: el uno fué José, que era llamado el *Justo*, y el otro Matías: ambos eran dignos de semejante distinción, si es que ésta podía merecerse; pero ni los Apóstoles, ni los discípulos, ni el mismo San Pedro, quisieron encargarse de la designación; sino que dirigiéronse al Señor pidiéndole gracia para acertar en la elección que se proponían, y terminada la oración echaron suertes, siendo Matías favorecido, el cual tomó asiento al instante entre los demás Apóstoles.

Venida del Espíritu Santo Por espacio de diez días hemos dicho que los Apóstoles permanecieron retirados y entregados al ejercicio de la oración, al cabo de los cuales llegó el día memorable de Pentecostés. «Eran las nueve de la mañana y en el momento que se hacía en el templo la oblación de los panes del trigo nuevo, vino re-

pentinamente del Cielo un estruendo como de viento impetuoso que resonó en toda la casa donde estaban congregados los Apóstoles.»

A este primer prodigio siguió otro aún más sorprendente; pues al momento viéronse aparecer unas lenguas como de fuego que fueron á reposar sobre la cabeza de cada uno de ellos, símbolo admirable de la unidad de la fé y del amor que iba á reinar en el mundo, quedando todos ellos llenos del Espíritu-Santo.

Desde aquel momento la Iglesia se halló animada y dirigida por el Espíritu-Santo, y los doce pescadores de Galilea se convirtieron en Apóstoles del Hijo de Dios y cooperadores de su Ministerio, el cual comenzaron á ejercer con un celo abrasador y un valor extraordinario, hablando diferentes lenguas, según la impresión del Espíritu que acababan de recibir.

Al momento se esparció la noticia del prodigio por toda la ciudad, y todos sus habitantes corrieron en tropel al Cenáculo para ser testigos del milagro, en vista del cual todos se preguntaban asombrados. «¿No son galileos todos estos que hablan? Pues ¿cómo es que cada uno de nosotros les oímos hablar al mismo tiempo la lengua de nuestro país?» Debiendo observar que allí había Partos, Medos, Elamitas, Romanos, Judíos, Arabes, Cretenses y de otra multitud de pueblos extranjeros que habían acudido á Jerusalén en la idea de que por entonces debía aparecer el Mesías.

Predicación de San Pedro. Entonces fué cuando Pedro, acompañado de los once Apóstoles, tomó la palabra en medio de todos y predicó al pueblo su primer sermón, diciendo: «El prodigio que os asombra es el cumplimiento exacto del vaticinio de Joel: Hé aquí, decía el Señor por boca de su profeta, que en los postreros días del reinado de la Sinagoga derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos profetizarán, Anuncióles en seguida la

próxima ruina de Jerusalén, previniéndoles que los que creyesen en el Señor no serían víctimas de tan espantosa catástrofe. Y por fin, les aseguró que Jesús Nazareno, á quien habían crucificado, era verdaderamente el Mesías prometido á sus padres, exhortándoles, por último, á que se bautizaran para obtener el perdón de los pecados y recibir los dones del Espíritu-Santo.

El fruto de este primer sermón del Príncipe de los Apóstoles fué la conversión de *tres mil* personas que, convencidas de la verdad, pidieron el bautismo y se alistaron en las banderas de Jesucristo. Pero la nueva doctrina debía ser necesariamente confirmada con milagros, y no tardó mucho en llevar este sello de la Divinidad.

San Pedro, acompañado del discípulo amado, subió poco después de estos acontecimientos al templo á la oración á la hora de nona, y en la puerta llamada *Hermosa*, que según el Historiador Josefo, era de metal de corinto, más brillante que el oro y la plata, situada en el Atrio de los Judíos, había un pobre cojo de nacimiento que todos los días se colocaba en aquel sitio para pedir limosna. Cuando este mendigo vió á Pedro y á Juan, extendió su mano rogándoles socorriesen su necesidad. Fijando Pedro su mirada en él, le dijo: «Míranos.» Así lo hizo el cojo, hablándole entonces Pedro de esta manera: «No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, esto te doy: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda.» Y esto diciendo, le tomó de la mano derecha, le levantó y echó á andar lleno de gozo, entrando en el templo en compañía de Pedro y de Juan.

Costumbres de los primeros cristianos. Admirable espectáculo ofrecía la Iglesia naciente de Jesucristo; todas las virtudes brillaban en ella con el mayor esplendor, y la caridad, esa gran virtud hija exclusivamente del cristianismo, reinaba allí con absoluto imperio. Los fieles vendían sus bienes y depositaban su valor á los piés de los

Apóstoles, que lo ponían en acervo común. No había entre ellos ningún pobre; todos juntos no tenían mas que una fortuna, un corazón y una alma.

Tanto agradaba á Dios este género de vida que hacían los primitivos cristianos, que si alguno de los neófitos hubiera osado desvirtuarla, al punto hubiera sido castigado por el cielo con el mismo rigor con que lo fueron los desgraciados consortes Ananías y Safira, por el sólo delito de haber ocultado una parte del precio en que habían vendido su campo.

LECCIÓN 31

Prisión de los Apóstoles. — Consejo de Gamaliel. — Elección de los siete diáconos. — San Esteban. — El diácono Felipe y Simón Mago.

Prisión de los Apóstoles. Hemos dicho en la lección anterior que después de la curación del cojo, hecha por el Príncipe de los Apóstoles en la puerta *Hermosa*, entraron en el templo los Apóstoles Pedro y Juan acompañados del cojo, ya curado, y una inmensa multitud ansiosa de oír de boca de los Apóstoles la explicación de aquel hecho milagroso. Y aprovechando San Pedro la ocasión de aquel gentío inmenso que se aglomeraba en el pórtico de Salomón, comenzó su segundo sermón, tan eficaz y fructuoso, que se convirtieron *cinco mil* hombres, sin contar mujeres y niños, todos los cuales fueron bautizados y recibidos en el gremio de la Iglesia.

Pero si bien este segundo sermón del Príncipe de los Apóstoles dió un resultado tan satisfactorio, atendido al número de fieles conversos, sin embargo produjo un efecto diametralmente opuesto en los Saduceos, sacerdotes y sacrificadores del templo; tanto, que el Príncipe de los Sacer-

dotes, lleno de ira, mandó que los Apóstoles fueran conducidos á la cárcel pública. Pero un ángel los puso en libertad ordenándoles que fueran de nuevo al templo á predicar valerosamente la palabra de Dios.

Nuevamente fueron prendidos y llevados ante el Sane-drín ó Consejo de la Nación. Una vez en presencia del Sumo Sacerdote, éste les dijo: «Os hemos prohibido que enseñáreis en nombre de Jesús, y vosotros os obstináis en diseminar vuestra doctrina en Jerusalén, es decir, que queréis vuelta á caer sobre vuestras cabezas la sangre de ese Hombre.» A cuyas palabras, el Príncipe de los Apóstoles, sin dejarse intimidar, le respondió: *Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres.* Cuya respuesta irritó de tal modo á aquellos inícuos jueces, que trataron de mezclar la sangre de los discípulos con la del Maestro.

Consejo de Gamaliel. Entonces, uno de los miembros más ilustres del Consejo, llamado Gamaliel, tomó la palabra en medio de los demás dirigiéndoles este razonamiento: «Cesad de inquietar á esas gentes; si su proyecto es obra de los hombres, caerá por sí propio; y si es obra de Dios, inútilmente trataréis de contener sus progresos.»

Oido el contundente dilema de Gamaliel, el Consejo desistió de la sentencia de muerte que acababa de dictar, pero en cambio mandó que los Apóstoles fueran públicamente azotados, y que en lo sucesivo se abstuvieran de predicar más en nombre de Jesucristo, con cuya orden se disolvió el Consejo, dejando á los Apóstoles en libertad.

Elección de los siete diáconos. Al principio de la constitución de la Iglesia, los Apóstoles eran los encargados de administrar y repartir los bienes que en comunidad poseían los primitivos cristianos; pero habiendo aumentado considerablemente el número de los prosélitos del Crucificado, dijeron: «No conviene que dejemos la predicación de la Divina palabra para cuidar del servicio de las

mesas: buscad entre vosotros siete varones de buena reputación, llenos de Espíritu-Santo y dotados del Don de Sabiduría, para que se encarguen de esta ocupación, y nosotros nos dedicaremos exclusivamente á la oración y á la predicación de la Divina palabra.»

La proposición de los Apóstoles fué aceptada unánimemente, y se procedió á la elección, recayendo la suerte en Esteban, Felipe, Procoro, Nicanor, Simón, Pármenas y Nicolás. Los Apóstoles confirmaron la elección, oraron juntos sobre los elegidos é imponiéndoles las manos, les confirieron el Orden del Diaconado, instituido por Jesucristo, para dar á los Obispos y á los Presbíteros ministros inferiores en las funciones anejas á su elevada dignidad.

San Esteban. El primero de los Diáconos elegidos fué Esteban, hombre lleno de Espíritu Santo y de virtudes que obraba multitud de prodigios en el pueblo. Los miembros de la Sinagoga quisieron disputar con él, pero Esteban los confundió de tal modo, que determinaron perderlo; para cuyo fin sobornaron testigos falsos que dijera haberlo oído blasfemar contra Moisés y contra Dios.

El Consejo de la nación se reunió de nuevo, y el inocente Diácono fué condenado á muerte. Apoderáronse de él y lo condujeron al lugar del suplicio: mientras le apedreaban, el ilustre mártir invocaba á Dios y decía: «Señor, Jesús, recibe mi espíritu.» Y cayendo de rodillas, clamó en alta voz, diciendo: «Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que se hacen.» Y dichas estas palabras, se durmió en el Señor.

Así había muerto en el Calvario el Rey de los mártires, y así debía morir el primero de sus soldados, y el modelo de los 18 millones de valientes atletas, que debían seguir á su valiente capitán, el exclarecido *Mártir del Gólgota*.

El Diácono Felipe y Simón Mago. El segun-

do Diácono, llamábase Felipe, el cual bajó á Samaria y predicó en la ciudad: sus predicaciones, confirmadas por milagros diariamente repetidos, preparaban los ánimos de los samaritanos para aceptar el Evangelio; pero un famoso Mago, llamado Simón, les había embaucado de tal modo, que se necesitó mucho tiempo para desarraigar y desvanecer sus preocupaciones. Felipe sin embargo lo consiguió con tan buen éxito, que convirtió á los seducidos y al Mago seductor. Simón renunció la Magia, confesó á Jesucristo y recibió el bautismo, si bien con miras muy opuestas al Espíritu del Cristianismo.

Como Felipe no era sino Diácono, no tenía facultad para imponer las manos, esto es, no podía confirmar en la fé á los nuevos bautizados, por lo cual la Iglesia de Jerusalén envió á Samaria á Pedro y Juan para confirmar á los bautizados. Este admirable Sacramento, excitó tanto la curiosidad de Simón, y fueron tan vivos los deseos de poder él comunicar á los demás aquellos dones tan extraordinarios, que no dudó en ofrecer á los Apóstoles una suma de dinero para comprar dicha facultad, á cuya impía pretensión le contestó enérgicamente el Príncipe de los Apóstoles: «Tu dinero sea para tu perdición, porque has creído que el Don de Dios se compraba á precio de oro. Ninguna parte tienes tú en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios.» Cuya reprensión en vez de utilizarla el desgraciado hipócrita, le convirtió en enemigo general de los Apóstoles, pereciendo al fin trágicamente en Roma por una colusión de Satanás.

LECCIÓN 32

Predicación y martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Muchos capítulos necesitábamos escribir si habíamos de referir, siquiera sucintamente, las gloriosas vidas de estos famosos campeones del Cristianismo, destinados por su Divino fundador para dar el golpe de gracia á la Sinagoga, y plantar en el campo de la Gentilidad el árbol Santo de la Cruz; pero teniendo en cuenta la clase de obra que escribimos, nos contentaremos con exhibir sólomente un ligero bosquejo de sus respectivos Apostolados, comenzando por el de

San Pedro. Hasta la época que llevamos indicada, el Príncipe de los Apóstoles no había salido de Jerusalén; pero su pastoral solicitud le obligó á visitar las diversas Iglesias establecidas en Palestina: la primera fué la de Lid-da, ciudad de la tribu de Efraín. Así que Pedro llegó á la indicada ciudad, convocó á los fieles para animarlos y confirmarlos en la nueva doctrina, comenzando por operar un portentoso milagro en la persona de un parálítico, llamado Eneas, el cual se hallaba postrado en cama.

Sabedores los fieles de Joppe que el Príncipe de los Apóstoles se encontraba en Lid-da, enviaron dos de sus discípulos en su busca para que fuera á consolarles en una gran desgracia que les afligía. Acababa de espirar una mujer cristiana, llamada *Tabita*, quien por su caridad y misericordia con los desvalidos, había merecido ser llamada *Madre de los pobres*, por lo cual, al fallecimiento de ésta, estaban inconsolables los fieles de Joppe.

Así que San Pedro llegó á Joppe, fué conducido á la casa mortuoria de Tabita, donde ésta se hallaba de *cuerpo*

presente; y dirigiéndose á la difunta, le dijo: «Levéntate, Tabita.» Y al punto la difunta abrió los ojos é incorporándose en el féretro, asió la mano del Apóstol y se levantó sana y buena.

Durante la permanencia en Joppe del Príncipe de los Apóstoles, dióle el Señor á conocer por medio de una misteriosa visión los altos designios de su providencia, respecto al pueblo gentil, debiendo comenzar á llevarlo á cabo por el bautismo de un oficial romano, llamado Cornelio, que mandaba las cohortes de la legión itálica, y cuyos criados llegaban en aquel momento á la residencia de Pedro, suplicándole en nombre de su amo les siguiera á Cesarea. Así lo hizo Pedro, é inmediatamente salió de Joppe, acompañado de los criados de Cornelio, dirigiéndose á Cesarea donde fué bautizado el virtuoso oficial juntamente con su demás familia.

Desde Cesarea pasó el Vicario de Jesucristo á Antioquía, donde instaló su primera Sede Episcopal, dictando leyes desde ella por espacio de siete años á toda la Cristiandad; pues desde entonces los prosélitos de la Cruz comenzaron á llamarse *Cristianos*. Aunque la Sede Episcopal de Pedro quedaba instalada en Antioquía, no por eso dejaba de visitar constantemente las demás Iglesias, tanto, que en una de esas visitas, hechas á la de Jerusalén, fué cargado de pesadas cadenas por Herodes Agripa y encerrado en oscuro calabozo; pero en la misma noche precedente al día en que debía tener lugar su suplicio, se le apareció un ángel sacándole milagrosamente de la prisión. Primer triunfo de Pedro contra el infierno, y anuncio de los que en lo sucesivo había de conseguir: toma, en efecto, un prodigioso vuelo aquella ave libertada de las prisiones de Agripa, y desde Jerusalén remóntase á la grande y populosa ciudad de Roma, para plantar el Arbol Santo de la Cruz en el centro mismo de la idolatría.

Entre las ruidosas conversiones que San Pedro consiguió en Roma, merecen mencionarse las del Senador Pudente, su esposa Priscila y sus cuatro hijos Novato, Timoteo, Práxedes y Pudenciana. Aprovechando su permanencia en Roma, escribió su primera carta á los fieles de las Iglesias del Ponto, Galacia, Asia y Capadocia.¹

Trascurridos siete años de su residencia en Roma, tuvo que abandonarla obligado por edicto del Emperador Claudio, dirigiéndose de nuevo á Jerusalén donde presidió el Concilio celebrado en esta ciudad, en el cual se eximió á los gentiles recién convertidos, de sugetarse á los ritos judáicos, y empleándose en dicha Asamblea la célebre fórmula que prueba la infalibilidad de los Concilios: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros.»

Cerca de cinco años empleó el primero de los Pontífices de Jesucristo en recorrer y visitar las diversas Iglesias, ya establecidas en diferentes puntos del globo, hasta que por inspiración divina volvió nuevamente á Roma, donde estableció definitivamente su cátedra romana, llamada desde entonces *Madre y Maestra de todas las Iglesias del Orbe*.

Predica San Pedro en Roma, y al eco de su voz caen los ídolos, se estremecen los tiranos, salen huyendo los errores, levántase el trono de la Religión Cristiana y allí queda colocada la imagen del Redentor para recibir las adoraciones de los pueblos.

Semejantes fenómenos no podían menos de excitar las iras del tirano que devastaba á Roma. Nerón, ese monstruo de inhumanidad que en los coléricos accesos de su furor se atrevió á decir que desearía que el género humano no tuviera sino una cabeza para tener el bárbaro placer de cortarla; ese rabioso tigre estaba destinado para verter la sangre del primer Vicario de Jesucristo. Sentenció por fin Nerón, y pronto se vió la inocente víctima suspendida del

árbol de la cruz, cuyo patíbulo fué colocado trasverso por no imitar al de su Divino Maestro en el monte Vaticano, en el cual se eleva hoy el Templo más grandioso del mundo, bajo cuya soberbia cúpula descansan sus preciosos restos.

San Pablo. Digno compañero del Príncipe de los Apóstoles, participó con él de la victoria del martirio, después de haberle imitado en los combates. Llamóse en un principio Saulo, nació en Tarso, ciudad de la Cilicia, y procedía de la tribu de Benjamín. El joven Saulo fué enviado á Jerusalén para educarse bajo la dirección del celebre doctor Gamaliel, distinguiéndose por el furor con que miraba el nombre de cristiano; llegando á tal extremo su odio contra los discípulos del Crucificado, que lleno de ira y de indignación y respirando sangre y exterminio, se dirigía un día hácia Damasco con el sólo objeto de hacer prisioneros á todos los secuaces del Nazareno y traerlos atados á Jerusalén. Cuando en el camino súbitamente es derribado del caballo que montaba por un rayo de gracia, tan eficaz, que de acérrimo perséguidor de los cristianos, se convirtió en un vaso de elección destinado á llevar el nombre del Crucificado, no sólo á los hijos y reyes de Israel, sino principalmente á toda la gentilidad.

Sus predicaciones. San Pablo predicó en Damasco, en la Arabia, en Jerusalén, en Cesarea, en Cilicia y en su pueblo de Tarso, donde se le agregó San Bernabé. Juntos pasaron á Chipre, en cuyo punto se convirtió el Procónsul, Sergio Paulo, cambiando el Apóstol su nombre por el de Pablo en memoria de este triunfo alcanzado para Jesucristo.

De Chipre pasaron á Iconio donde el Apóstol de las gentes convirtió á Santa Tecla, persuadiéndola á que consagrara á Dios su virginidad.

Fueron admirables los frutos de su misión en Tesaló-

nica, en Atenas, delante del Areópago, en Corinto, en Éfeso y en Jerusalén, donde lo prendieron enviándolo á Cesarea ante el tribunal de Festo. El Apóstol apeló al Cesar y Festo lo remitió á Roma embarcado en una nave, la cual, después de sufrir mil contratiempos que pusieron en peligro las vidas de los tripulantes, arribó á la isla de Malta, donde el Apóstol obró repetidos milagros: de Malta se embarcaron para Siracusa, desde cuyo punto fueron á desembarcar en Pouzzole, ciudad de la campiña de Nápoles, desde cuyo punto el Apóstol de las gentes, acompañado de los discípulos que habían salido á recibirle y cargado de cadenas, hizo su entrada en la ciudad de los Césares por la vía Apia.

Puesto en libertad, después de dos años de cautiverio, volvió de nuevo á Oriente, regresando por último á Roma, donde fué martirizado en el sitio llamado *Aguas salvianas* (1) cortándole la cabeza en atención á su calidad de ciudadano romano, de cuya prerrogativa gozaban los de Tarso por gracia especial del Emperador Augusto.

Escribió San Pablo catorce epístolas, llenas de doctrina y sabias instrucciones para el buen regimen de las Iglesias y del pueblo cristiano.

(1) En el sitio donde San Pablo fué martirizado, á corta distancia de la grandiosa Basílica de su nombre, «extramuros» de Roma, se eleva una Iglesia, llamada «San Pablo de las tres fuentes.» Según piadosa tradición, al caer en tierra la cabeza del Santo Apóstol, dió tres saltos y salió tres fuentes en la tierra. El autor ha tenido la dicha de beber agua de ellas y admirar en el mismo sitio la piedra que sirvió de banco á su cabeza y la formidable cuchilla con que fué martirizado, que aun se conservan en dicha Iglesia donde se halla establecida la casa Matriz de los venerables cuanto edificantes Monjes de la Trapa.

LECCIÓN 33

El Apóstol Santiago el Mayor. — Su predicación en España. — Aparición de la Santísima Virgen sobre las márgenes del Ebro. — Martirio y sepultura de Santiago.

El Apóstol Santiago. Era hijo de Zebedeo y Salomé, hermano de San Juan Evangelista y pariente próximo del Salvador; se le da el sobrenombre de *Mayor* para distinguirlo del Apóstol del mismo nombre, que fué Obispo de Jerusalén, á quien se le denomina el *Menor*, ya porque fué llamado al Apostolado después de Santiago el Mayor, ya también porque era más joven y de estatura más pequeña.

Santiago el Mayor nació en Galilea y era pescador de oficio. Después de la gloriosa Ascensión del Señor, predicó el Evangelio á las doce tribus de Israel, viniendo después á nuestra España, cabida en suerte para Evangelizarla.

Su predicación en España. No ignoramos que algunos escritores, especialmente extranjeros, han puesto en duda este hecho tan glorioso para la nación española; pero si algo vale uno de los lugares teológicos, por el cual se demuestran muchas verdades no consignadas en las Sagradas Escrituras, llamado *Tradición*: ésta ha sido en todos tiempos unánime y conforme en España respecto de la verdad enunciada.

En efecto, el convencimiento unánime, perpétuo y universal de la nación española, católica desde los primeros siglos del Cristianismo, nos demuestra de un modo cierto y evidente que al Apóstol Santiago debe su catolicismo y su instrucción evangélica, cuya tradición se apoya en el culto religioso tributado al referido Apóstol desde tiempo inme-

morial; en el testimonio irrecusable de todos los escritores nacionales y extranjeros, desde el siglo IV en adelante, y en la opinión constante de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Todas estas autoridades están conformes en admitir, y tienen por indudable, que el Apóstol Santiago fué el destinado para evangelizar nuestra patria; que recorrió muchas provincias de España, sembrando en ellas la doctrina evangélica y recogiendo abundantes frutos; y que en Galicia, para que le ayudasen en sus tareas Apostólicas, escogió nueve discípulos, llamados Atanasio, Teodoro, Torcuato, Tessifón, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isiquio y Eufasio.

Las Iglesias de Lugo, Orense y Braga tienen por constante tradición que los fundadores de ellas fueron respectivamente *Capitón*, *Arcadio* y *Pedro*, discípulos todos tres del Apóstol Santiago, el cual, sin soldados, sin armas y sin ningún género de recursos, hizo que la indomable España, que cual otra Esparta resistió á los Escipiones, Octavios y Césares para conservar su independencia, se rindiera dócilmente á la humilde voz del *Hijo del Trueno*, abrazando la religión del Crucificado y reduciendo á cenizas los falsos dioses del Paganismo.

Aparición de Maria Santísima sobre las márgenes del Ebro. En cuanto á esta verdad tradicional, tan gloriosa como consoladora para los españoles, vamos á limitarnos á copiar el importantísimo documento, que, referente á este asunto, se conserva en el Archivo de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza, que dice así: «Después de la admirable Ascensión de nuestro Salvador Jesucristo á los Cielos, quedó la piadosísima Virgen al cuidado del Apóstol y Virgen San Juan Evangelista..... Los Apóstoles se repartieron por todo el mundo, cada uno en la porción que le había tocado. Al salir de Judea, cada uno obtenía la licencia y bendición de la bendita y gloriosísima Virgen.

»Entre tanto, por revelación del Espíritu-Santo, el bien-
»aventurado Santiago el Mayor, hermano de Juan é hijo de
»Zebedeo, recibió un mandamiento del Cielo para ir á pre-
»dicar el Evangelio á las provincias de España. Al punto
»el Santo Apóstol, yendo á la Virgen y habiéndola besado
»las manos, le pedía con lágrimas en los ojos que le diese
»su licencia y bendición. Respondióle la Virgen: *Vé, hijo,*
»*cumple el mandamiento de tu Maestro, y por Él te ruego que*
»*en aquella ciudad de España en que mayor número de hom-*
»*bres conviertas á la fe, me edifiques una Iglesia á mi me-*
»*moría, según yo te lo manifestaré.*

»El bienaventurado Santiago así lo cumplió, y pasando
»por Asturias, se dirigió á Castilla, llamada España la Ma-
»yor, viniendo últimamente á España la Menor, que se lla-
»ma Aragón: en aquella región que se dice Celtiberia, en
»donde está situada Zaragoza, á las riberas del Rio Ebro.

»En esa ciudad predicó muchos días el Apóstol Santia-
»go, convirtiendo á Jesucristo ocho varones, con los cuales
»trataba de día del Reino de Dios y por la noche salía á la
»ribera del rio para tomar algún descanso en las eras. En
»este sitio dormían los ocho discípulos, acompañados de su
»Maestro, cuando una noche, á eso de las doce, el Santo
»Apóstol oyó unas voces de ángeles que cantaban el *oficio*
»*parvo* de la virgen; y postrándose inmediatamente el *Hijo*
»*del Trueno*, vió á la Santísima Virgen en medio de dos co-
»ros de ángeles, sentada sobre un pilar de mármol.

»Terminado el *oficio parvo* por los coros angélicos, la
»Santísima Virgen llamó hácia sí al Santo Apóstol y le dijo:
»*Hè aquí, Santiago, hijo, el lugar señalado y destinado*
»*para mi honor, en el cual, por tu industria, se ha de edifi-*
»*car una Iglesia en mi memoria; mira bien este pilar en que*
»*estoy sentada, el cual mi Hijo y Maestro tuyo lo trajo de lo*
»*alto por manos de los ángeles, al rededor del cual coloca-*
»*rás el altar de la capilla. En este lugar obrará la virtud*

»*del Altísimo portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio, y este pilar permanecerá en este sitio hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos.*

»Alegre el bienaventurado Santiago con aquella visión tan maravillosa, comenzó inmediatamente á edificar la Iglesia, ayudado de sus ocho discípulos, bajo el título de *Santa María del Pilar*, siendo la primera Iglesia del mundo dedicada en honor de la Virgen María por mano de los Apóstoles. El Pilar que allí se ve, sobre el que descansa la bella imagen, es el mismo sobre el cual habló la Señora al Apóstol Santiago.»

Tales la venerable tradición que forma el mayor timbre y una de las mayores glorias de la nación española. Siendo de admirar que jamás ha faltado el culto en el templo del Pilar, ni aun en la tristísima época que dominaron en España los sectarios del falso profeta de la Meca.

Martirio y sepultura de Santiago. Cargado de triunfos para el Crucificado, marchó de España el Santo Apóstol, de regreso á Jerusalén, en donde fué martirizado por el pérfido Agripa, cortándole la cabeza el año 44 de Jesucristo.

Este grande y Santo Apóstol conservó una virginidad perpétua; no comía carne ni pescado, y sólo llevaba una túnica y una capa de lino. Su cuerpo fué enterrado en Jerusalén, pero poco tiempo después sus discípulos lo trasladaron á España, y actualmente descansa en la catedral de Santiago de Compostela, donde poco tiempo há han sido hallados sus preciosos restos, cuya autenticidad está solemnemente reconocida y declarada por el Sumo Pontífice León XIII, que felizmente gobierna la Iglesia de Jesucristo en nuestros días, según *breve pontificio* dirigido por Su Santidad al Cardenal Arzobispo de Compostela.

LECCIÓN 34

Breve reseña de la Historia de los demás Apóstoles y Evangelistas.

San Andrés. Hermano de San Pedro, tuvo la dicha de llevar al Salvador á su hermano Pedro, designado después para Príncipe y cabeza de la Iglesia Universal.

Después de la Ascensión del Señor, dirigió sus pasos á la Escitia, recorrió la Grecia y el Ponto, y volvió en seguida hácia el Norte.

Los moscovitas están en la creencia de que San Andrés fué el que llevó la fé á su país hasta los confines de Polonia. Finalmente se dirigió á la ciudad de Patras, en Acaya, donde dió su sangre por Jesucristo en un suplicio semejante al de su hermano y al de su Divino Maestro, siendo tradicional que la cruz de San Andrés estaba construida á manera de *aspa*.

San Juan Evangelista. Fué el más joven de los Apóstoles, virgen de cuerpo y de corazón; mereció ser el discípulo amado del Salvador; asistió con Pedro y Santiago á la transfiguración del Tabor, y más adelante á la agonía de Jesús en el Huerto. Él sólo, entre todos los Apóstoles, tuvo la dicha inefable de recostarse en el seno adorable de Jesucristo, y sólo él, con la Santísima Virgen, fué nombrado desde lo alto de la Cruz en el Testamento del Salvador, confiándole el cuidado de su Purísima Madre.

Verificada la Ascensión de su querido Maestro, predicó el Evangelio en la Judea y en Samaria; después se encargó del Asia menor, fijando su residencia en Efeso, donde vivía con él la Santísima Virgen.

Mandado apresar por Domiciano, fué conducido á Roma

el año 95 de Jesucristo, donde fué sumergido cerca de la *Puerta Latina* en una gran caldera de aceite hirviendo; pero protegido por el Cielo, se convirtió para él en un baño delicioso, de donde salió aun más fuerte y vigoroso que había entrado.

Relegado á la isla de Patmos, escribió en ella su admirable *Apocalipsis*, palabra que significa revelación, en cuyo libro predijo la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia.

Muerto Domiciano, fué elevado al Imperio, Nerva, bajo cuyo reinado fué puesto San Juan en libertad, regresando á Efeso, donde escribió su Evangelio que comienza con estas palabras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*; escribiendo además tres epístolas que se conservan como dignas del discípulo predilecto del Salvador. Por fin, á la edad de cien años entregó su alma en brazos de Aquél en cuyo seno tuvo la dicha de recostarse, siendo sepultado en Efeso.

Santo Tomás. Llamado también Dídimo, sexto Apóstol de Jesucristo, partió á Oriente y llevó la luz evangélica á Persia, á Etiopía y á la India, donde selló con su sangre la doctrina que había predicado, ignorándose el tiempo y lugar de su martirio.

Santiago el Menor. Hijo de Alfeo y de María, próximo pariente de la Santísima Virgen, Obispo de Jerusalén, fué martirizado por los judíos precipitándole de lo alto del templo y rematándole á pedradas.

San Felipe. Natural de Betsaida de Galilea, partió á las dos Frigias, donde recogió los laureles de su predicación, siendo martirizado y sepultado en Hierápolis de Frigia.

San Bartolomé. Galileo de nacimiento, tocó en suerte las comarcas más bárbaras de Oriente, y penetró hasta los confines de las Indias, entrando en la grande

Armenia, donde recibió la corona del martirio, siendo desollado vivo.

San Mateo Apóstol y Evangelista. Este Santo Apóstol y Evangelista predicó en la Etiopía y en Persia, escribiendo el santo Evangelio que lleva su nombre. Su vida era muy austera, pues se alimentaba de yerbas, raíces y frutas silvestres. Murió en Luch, en el país de Senaar, que formaba parte de la Nubia.

San Judas Tadeo. Hermano de Santiago el Menor, pasó al Africa y plantó el árbol de la fe en la Libia, volviendo á Jerusalén el año 63 de Jesucristo. Dicese que murió en Ararat de la Armenia.

San Matías. Ignórase la historia de sus conquistas evangélicas y los pormenores de su muerte: su vida, así como la de San Simón, las tiene reservadas Jesucristo y escritas únicamente por los ángeles en el libro de la inmortalidad.

San Marcos Evangelista. Fué judío de nacimiento; convertido á la fe por la predicación de San Pedro, llegó á ser el compañero fiel del Príncipe de los Apóstoles; tanto, que en su viaje á Roma no se separó un momento de su lado, escribiendo en dicha ciudad su Evangelio á ruego de los fieles recién convertidos, y particularmente de los caballeros romanos.

Para la confección de su Evangelio se valió de los datos y noticias dadas por San Pedro, quedando éste tan complacido y satisfecho de su *Libro*, que ordenó fuera leído en las Asambleas de los fieles.

Al partir para Oriente el Príncipe de los Apóstoles, envió á San Marcos á Egipto con el título de Obispo de Alejandría, donde formó en poco tiempo una Iglesia numerosa.

Los progresos asombrosos del Cristianismo en Alejandría excitaron de tal modo el furor de los paganos, que,

apoderándose del Santo Obispo, le arrastraron bárbaramente por las calles y plazas hasta tal extremo, que no sólo quedaron teñidas en sangre las piedras y suelo por donde pasó, sino que por todas partes se veían pedazos de carne del esclarecido mártir y Santo Evangelista, espirando en este horroroso suplicio.

Los restos de su descarnado cuerpo fueron recogidos por los cristianos y sepultados en Bucoles, sitio donde acostumbraba á reunirse la Asamblea cristiana para hacer la oración.

San Lucas Evangelista. Fué natural de Antioquía, donde hizo excelentes estudios que perfeccionó en Grecia y Egipto. Su afición le inclinó á la medicina, si bien San Jerónimo y la tradición unánime añaden que, además de excelente médico, era muy hábil en el arte pictórico.

Así como San Pedro llevó en su compañía al Evangelista San Marcos, así también el Apóstol San Pablo eligió á San Lucas por colaborador y compañero de sus tareas apostólicas. Junto con el Apóstol de las gentes entró San Lucas en Roma el año 61 de Jesucristo, permaneciendo en la capital del Orbe por espacio de dos años, durante los cuales, inspirado por el Espíritu-Santo, escribió el libro titulado *Hechos de los Apóstoles*, que es, en cierto modo, la continuación de su Evangelio.

Después de la muerte de San Pablo, este Santo Evangelista predicó en Italia y Dalmacia, coronando su larga carrera con la preciosa diadema del martirio.



LECCIÓN 35

Muerte y gloriosa Asunción de la Santísima Virgen.

Después de la venida del Espíritu-Santo sobre el colegio Apostólico, la Santísima Virgen María permaneció en Jerusalén para alentar y sostener á la naciente Iglesia con su ejemplo y con sus oraciones; pero habiendo estallado en el año 44 de Jesucristo una cruel persecución contra los primeros fieles de Cristo, María se vió precisada á abandonar Jerusalén; y acompañada del discípulo amado de Jesús, salió para Efeso, donde permaneció muchos años, al cabo de los cuales, y acompañada siempre de San Juan, regresó de nuevo á Jerusalén.

Mientras tanto la Iglesia prosperaba; aumentaba de día en día el número de fieles, y el Señor, no juzgando ya necesaria la presencia de su querida Madre en la tierra, quiso llamarla para sí, encargando al Arcángel San Gabriel la misión de anunciárselo así á la Virgen Madre. Contaba entonces la Santísima Virgen 72 años, y ninguna dolencia había alterado su salud.

Todos los Apóstoles, menos Tomás, habían vuelto á Jerusalén. María los reunió á todos juntamente con un buen número de discípulos, y dirigiendo á todos palabras de edificación y de consuelo, les rogó que hicieran amortajar su cuerpo, ordenando á Juan que diera sus dos vestiduras exteriores á las dos Vírgenes Nicéfora y Metafrasia que la habían seguido hacía algún tiempo. Después los bendijo á todos, y entonces, dice San Juan Damasceno, su Divino Hijo vino á administrarle Él mismo el Santo Viático. María le recomendó su alma, su cuerpo y la Iglesia naciente,

entregando en seguida su espíritu en manos de su Hijo.

Su alma se separó de su cuerpo sin dolor ni violencia á vista de los Apóstoles y de Timoteo y Dionisio, el cual refiere, que, habiendo tenido el consuelo de ver por última vez á la Madre del Redentor del mundo, fueron todos de opinión de honrar su sagrado cuerpo con himnos y cánticos.

En el instante mismo que María espiró, su habitación se iluminó milagrosamente, y su cuerpo fué rodeado de destellos de gloria, tan brillantes, que las mujeres que habían venido á amortajarla, retrocedieron sin poderle quitar ninguna de sus vestiduras interiores. Todos los que estaban presentes, oyeron distintamente los cánticos de los coros angélicos que habían acudido á escoltar su alma purísima al dirigirse al Cielo.

Los Apóstoles trasportaron por sí mismos el Santísimo cuerpo á la aldea de Getsemaní, sita á cuatrocientos pasos de Jerusalén, y la depositaron con gran respeto en el sepulcro que se le había preparado. Después relevándose los unos á los otros, dice Juvenal, pasaron el día y la noche al lado del sepulcro, uniendo sus voces á las de los ángeles, que no cesaron durante tres días de producir las más dulces melodías.

Santo Tomás, que no llegó á Jerusalén hasta tres días después de las exequias de la Santísima Virgen, deshecho en lágrimas por no haber estado presente á su fallecimiento, rogó encarecidamente á sus compañeros los Apóstoles que se abriera el sepulcro para ver y honrar por última vez el cuerpo que había llevado en su mismo seno al *Autor de la vida*. Los Apóstoles accedieron á su deseo; abrióse el sepulcro, pero sólo se halló en él el sudario en que estuvo envuelto su cuerpo Sacratísimo.

Asunción gloriosa de María. La ternura de su Hijo, unida con su virtud omnipotente, volvió á reani-

mar el cuerpo Santísimo de su Madre con un soplo de inmortalidad, y su voz poderosa hizo oír en la morada de la corrupción, estas palabras de vida: «Levántate, amiga mía, hermosa mía, paloma mía; Deja ya esa mansión de tristeza; abandona ese valle de lágrimas. Ven, ven del Libano, y serás coronada como Reina del Universo y Emperatriz de todo lo criado.»

A estas voces del Amado de su alma, María abandonando la oscuridad de la tumba, resucita impasible y déjase ver con el rostro resplandeciente, eclipsando con sus rayos los astros del firmamento. ¡Escena encantadora! Ya la numerosa turba de espíritus celestes circunda á la venturosa Virgen: ya comienza á elevarse magestuosamente por los aires: ya traspasa el firmamento y se halla rodeada de inmensidad; y franqueándose las puertas de las mansiones celestiales, sale á recibirla su querido Hijo. Entonces María póstrase ante el trono de la Beatísima Trinidad, y comunicándole el Padre Eterno su poder, el Hijo su sabiduría y el Espíritu Santo su amor, todas tres personas divinas colocan en sus sienes una riquísima corona de gloria, y la declaran como Reina Universal de los Cielos, de la tierra, de los ángeles y de los hombres.

LECCIÓN 36

Cumplimiento de los vaticinios de Jesucristo sobre la nación judaica.==

Vespasiano y Tito sitian á Jerusalén.==Horrores del sitio.==

Destrucción de la ciudad y del Templo.==Dispersión

del pueblo judío.==Conclusión.

Cumplimiento de los vaticinios de Jesucristo sobre la nación judaica. Aproximábase el tiempo en que debían cumplirse las predicciones del

Salvador, acerca de la *nación deicida*. No debía pasar aquella generación sin que todo fuese cumplido. Consignado está en el *Talmud* ó libro sagrado de los judíos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalén no cesaban de verse cosas extrañas en el Templo, y cuatro años antes de la guerra en que se vió envuelta la nación judía con los romanos, tuvo lugar un presagio terrible, el cual refiere el Historiador Josefo del modo siguiente: «Un hombre, llamado *Jesús*, hijo de Anano, habiendo venido del campo á la fiesta de los *Tabernáculos*, cuando la ciudad se hallaba todavía en una completa paz, de repente se puso á gritar: ¡*Ay de la ciudad!* ¡*Ay del templo!* ¡*Voz del Oriente, Voz de Occidente, Voz de los cuatro vientos!* ¡*Ay de Ferusalén!* ¡*Ay del templo!* En vano los magistrados para hacerle callar, le castigaron con severidad: inútilmente el Gobernador romano le hizo despedazar á azotes; á cada golpe que descargaban sobre él, repetía impasible: ¡*Ay de Ferusalén!* ¡*Ay del templo!*»

Vespasiano y Tito sitian á Jerusalén No tardaron en cumplirse los vaticinios de aquel hombre. Sublevados los judíos contra la dominación romana, bien pronto un formidable ejército, al mando de Vespasiano, sitiaba á Jerusalén. Dentro de la ciudad se formaban varios partidos; de modo que las luchas interiores por una parte y el verse sitiada por otra, causaban los mayores desastres en aquella desgraciada ciudad. Por este tiempo Vespasiano fué proclamado Emperador, y retirándose de las cercanías de Jerusalén para tomar posesión del imperio, dejó el cargo de continuar el sitio á su hijo Tito. Este acampó con sus tropas á una legua de la ciudad, y rodeándola, cerró todas las salidas. Con este motivo una nueva plaga más terrible que la guerra vino á afligir á los sitiados: ésta era el hambre con todos sus horrores.

Habíanse consumido todos los víveres, mas no por

eso pensaron ni un sólo momento en entregarse; antes por el contrario, los sitiados cada vez más furiosos se obstinaban en resistir. ¡Estaba pronunciada por el labio Divino la sentencia de exterminio contra la ciudad deicida, y tenía que cumplirse necesariamente la sentencia! Tito avanzó haciéndose dueño de la torre llamada *Antonia*.

Horrores del sitio. Mientras tanto el hambre se hacía ya insoportable, viéndose obligados los sitiados á comer las inmundicias más asquerosas. Una mujer, acosada por el hambre, degolló á su propio hijo; lo asó, se comió la mitad y guardó el resto. Próximos á la casa de aquella mujer pasaron algunos soldados, quienes al percibir el olor de carne asada, invadieron la casa, amenazando de muerte á la parricida si no les mostraba la comida que tenía oculta: entonces ella, temiendo morir á manos de aquellos hombres, les presentó lo que quedaba de su hijo asado, diciéndoles: *Bien podéis comer de él como yo he comido: éste es mi hijo, yo soy quien lo ha matado; vosotros no seréis más delicados que una mujer ni más tiernos que una madre.*

Al oír semejante relación, aquellos hombres volvieron la espalda horrorizados sin atreverse á mirar siquiera tan horrible espectáculo.

Destrucción de la ciudad y del templo. Tito no cedía en su propósito; antes al contrario, hizo atacar la segunda muralla del templo, pero ordenando se respetase el cuerpo del edificio. Esto no obstante, un soldado romano, dice el Historiador Josefo, guiado por inspiración divina, tomó un tizón en su mano, y haciéndose levantar por sus compañeros, lo arrojó en una de las habitaciones contiguas al templo, cebándose el fuego de tal modo, que en pocos momentos el famoso templo de Jerusalén no era sino un montón de humeantes escombros, cumpliéndose de ese modo al pié de la letra la profecía de Jesucristo.

Los romanos lo llevaron todo á sangre y fuego, pasando á cuchillo á todos los moradores de Jerusalén, en número de un millón y cien mil personas. El mismo Tito declaró que aquel triunfo no era obra suya, pues que él no había sido sino un instrumento de la divina venganza.

Dispersión del pueblo judío. La desventurada nación judía había pronunciado contra sí misma la sentencia de exterminio en aquel día de luctuosa memoria que pidió á grandes voces que la sangre del Justo cayese sobre ella y sobre sus hijos; y como su crimen fué el más horrendo que pudieron cometer los hombres, así también el castigo debía ser el más ejemplar que jamás experimentó pueblo alguno. Otras naciones han sufrido sitios horribles, hambres extremadas, desastres sin cuento; pero nunca se ha visto que hayan experimentado una destrucción tan completa como horrorosa.

«Quitado os será el Reino de Dios, les había dicho Jesucristo, y será dado á otro pueblo que haga los frutos de él » Nada más terminante y espantoso para aquella nación, y así se cumplió: Y silbaron sobre Jerusalén sus enemigos, como anunció Jeremías..... y les fué arrancada la heredad..... y levantó el Señor un inmenso cementerio donde fué antes la tierra prometida..... y los judíos deicidas llevan sobre su frente la sangre que pidieron para sí y para sus hijos, y en toda la redondez de la tierra no hay para ellos más país que el que pisan, ni más reino que algún barrio, ni más hogar que los fragmentos de algún edificio arruinado. Y si en algunos puntos poseen la bolsa de pueblos civilizados, esa bolsa es muy parecida á la bolsa de Judas.

Tal es hoy la desventurada suerte del pueblo deicida, y no será otra hasta que Elías y Enoc recojan los dispersos de Israel,

CONCLUSIÓN

Grande fué nuestro temor al comenzar un trabajo tan superior á nuestras fuerzas, como lo es el historiar la vida y hechos gloriosos de nuestro amantísimo Salvador. Hoy terminamos dicho trabajo con la natural desconfianza de que nuestros desvelos no han sido suficientes para dar á los grandiosos cuadros que en esta Historia se destacan, el colorido que merecen. Sin embargo, Dios, que ve los secretos de los corazones y penetra los abismos del alma, sabe muy bien el fin que nos hemos propuesto al escribir esta *segunda parte* de la HISTORIA SAGRADA, que no ha sido otro *primariamente* que la gloria suya, y *secundariamente* el aprovechamiento de nuestros discípulos y de los que, no siéndolo, se dediquen á este género de estudios.

Si ante la presencia del Señor son aceptables y aceptados estos fines, nos daremos por muy satisfechos de nuestro trabajo, terminándolo con las palabras latinas

LAUS DEO.

ÍNDICE

	Páginas.
LECCIÓN 1.ª—Estado del mundo á la venida del Mesías.	5
Concepción prodigiosa de María.	6
Su nacimiento admirable.	7
Su educación.	7
Su retrato.	8
Desposorios.	9
Retrato de San José.	9
2.ª—Noticia de los padres y concepción milagrosa de Juan Bautista.	10
Elección de María para Madre del Salvador.	11
Visitación de María á su prima Santa Isabel.	12
Nacimiento del Bautista.	13
3.ª—Viaje de la Sagrada Familia á Belén.	14
Nacimiento de Jesús.	15
Adoración de los pastores.	16
Circuncisión.	17
Adoración de los tres reyes Magos.	17
Purificación de María.	19
4.ª—Huida de la Sagrada Familia á Egipto.	20
Pegollación de los inocentes.	21

LECCIÓN 4. ^a —Muerte de Herodes.	22
Regreso de la Sagrada Familia á Nazareth.	22
Jesús en el Templo.	23
Muerte de San José.	24
5. ^a —Juan Bautista aparece en el desierto.	25
Género de vida del Bautista.	25
Su Predicación el Bautismo.	26
Retrato y Bautismo de Jesucristo.	27
Teataciones de Jesús en el desierto.	28
6. ^a —El Bautista dá testimonio de la divinidad de Jesucristo.	29
Primeros apóstoles.	30
Bodas de Caná.	31
Jesús lanza del Templo de Jerusalén á los mercaderes que lo profanaban.	32
Instruye á un doctor de la ley y proclama la necesidad del bautismo.	33
7. ^a —Regreso de Jesucristo á Galilea.	34
La Samaritana.	34
Jesucristo en Cafarnaun cura al hijo de Régulo, á un endemoniado y á la suegra de Simón Pedro.	36
Curación de un endemoniado.	37
Curación de la suegra de Simón Pedro.	37
8. ^a —Curación de un paralítico.	38
Vocación del publicano Mateo.	39
Elección de los doce apóstoles.	40
9. ^a —Sermón de la montaña.	41
Comienza el Salvador por las Bienaventuranzas.	42
Primera parte del sermón referente á los Apóstoles y á sus sucesores.	43
10.—Segunda parte del sermón de la montaña: del amor á los enemigos.	44
Oración.	45
Limosna y ayuno.	45
De la imposibilidad de servir á un tiempo á dos señores y condenación de la demasiada solicitud por las cosas de la tierra.	45
Termina el Salvador su exhortación con un bellissimo simul.	46
11.—Curación de un leproso y del siervo del Centurión.	47
Curación del siervo del Centurión.	48
Viaje á Gerasa y curación de dos endemoniados.	49

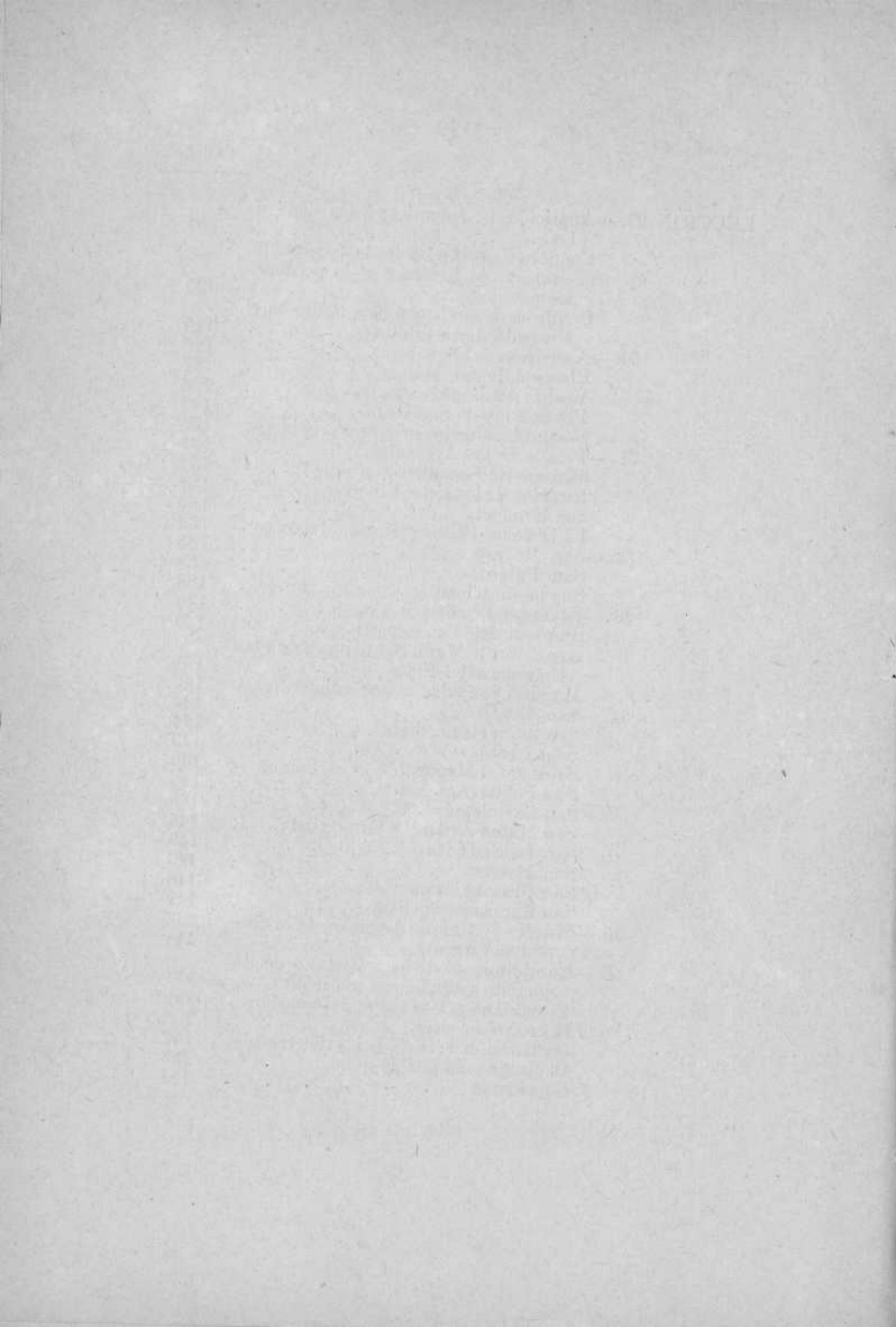
LECCIÓN 12.—Curación de la Hemorroisa y resurrección de la hija de Jairo.	50
Dá vista á dos ciegos y cura al paralítico de la piscina de Bethsaida.	52
13.—Misión que Jesucristo dió á sus apóstoles.	54
Prisión del Bautista y elogio que Jesucristo hace de su Precursor.	54
Jesús resucita al hijo de la viuda de Naim.	56
Conversión de María Magdalena.	57
14.—Exposición y explicación de las parábolas del Salvador.	58
Parábola del sembrador.	59
Parábola de la cizaña.	60
Parábola del grano de mostaza.	61
15.—Degollación del Bautista.	62
Muerte de Herodes, de Herodias y de Salomé.	63
Multiplicación de los cinco panes y dos peces en el desierto de Bethsaida.	64
Milagro del mar de Galilea.	65
16.—Jesucristo habla á las turbas del alimento espiritual.	66
Viaje de Jesús á Fenicia.	67
La Cananea.	67
Nueva multiplicación de los panes y peces.	68
17.—San Pedro confiesa la divinidad de Jesucristo.	69
Transfiguración del Señor.	69
Curación de un endemoniado.	71
Pago del tributo.	71
Habla de la humildad, del escándalo y de la corrección fraterna.	72
Corrección fraterna.	73
18.—Parábola del deudor.	73
Elección de los 72 discípulos.	74
Prueba al Señor un doctor de la ley.	75
Parábola del viajero que cayó en manos de unos ladrones.	75
19.—Falsa idea que los judíos tenían del Mesías.	77
Sentencia de Jesucristo á una mujer adúltera.	78
Curación del ciego de nacimiento.	79
20.—Jesucristo condena la soberbia de los fariseos.	82

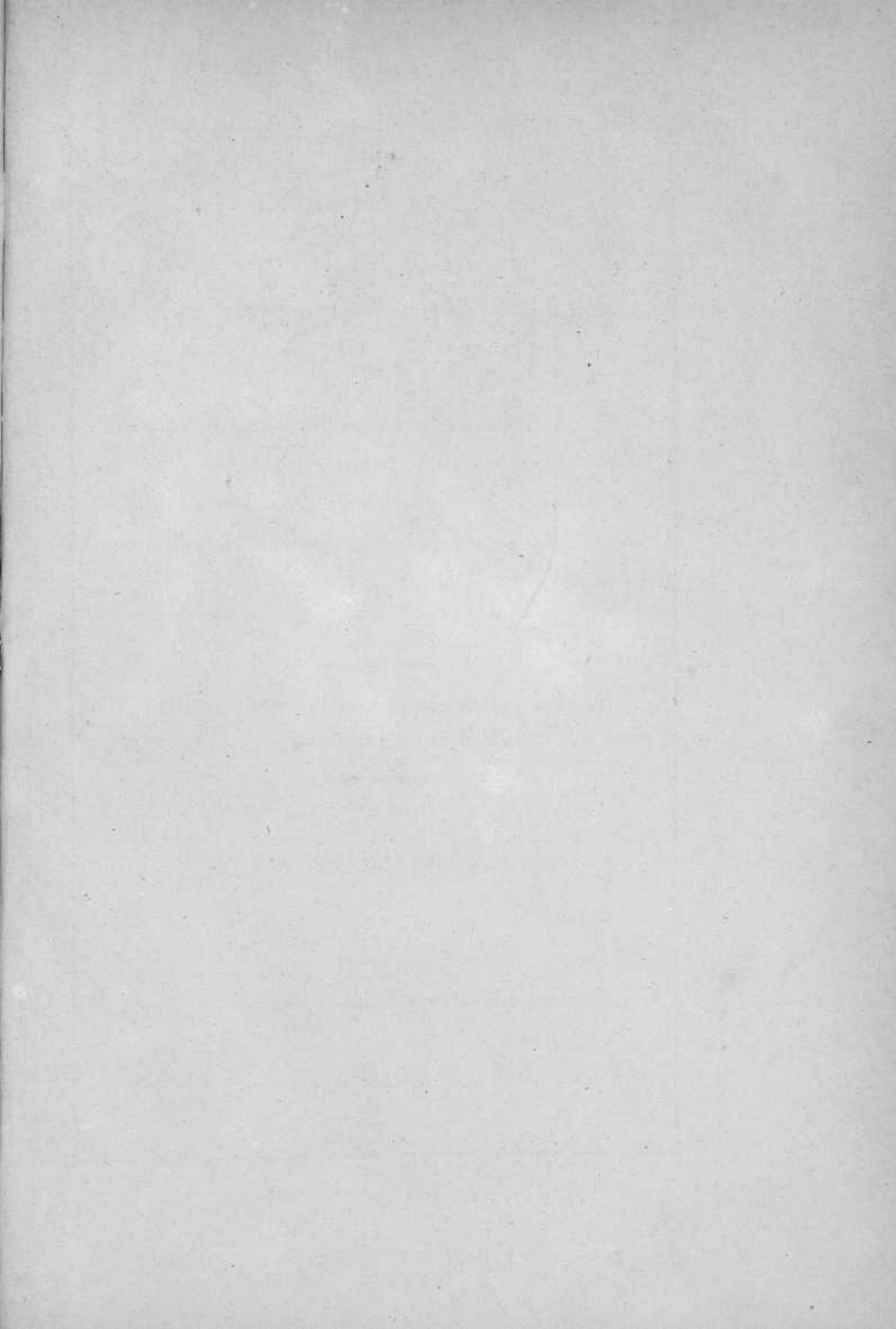
	Páginas.
LECCIÓN 20.—Parábola de los convidados á la cena. . .	82
El buen Pastor.	84
El hijo pródigo.	85
21.—El mayordomo infiel.	86
Historia del rico Epulón y del mendigo	
Lázaro.	86
El publicano y el fariseo.	88
Parábola de los jornaleros.	88
22.—Petición de los hijos del Zebedeo.	89
El publicano Zaqueo.	91
Resurrección de Lázaro.	92
23.—Gran consejo en casa de Caifás.	94
Convite en casa de Lázaro y murmura-	
ción de Judas.	96
Entrada triunfante en Jerusalén.	97
Llanto y vaticinio de Jesucristo en Je-	
rusalén.	98
24.—Parábola de la viña ó de los colonos.	99
Parábola de un rey que celebra con un	
convite las bodas de su hijo.	101
Las diez vírgenes.	102
Confidencias del Salvador á sus discipu-	
los y anuncio de su muerte.	103
25.—Venta de Jesús.	103
Celebración de la Pascua.	104
Lavatorio de los discípulos.	105
Institución de la Eucaristía.	106
El Salvador se dirige al huerto de Get-	
semani.	107
26.—Oración del Huerto.	108
Prisión de Jesucristo.	109
Jesús en el Pretorio de Anás y Caifás.	110
Negación de San Pedro.	111
Desesperación de Judas.	111
27.—Jesús ante Pilatos y Herodes.	113
Flagelación y sentencia de muerte.	114
El camino del Calvario.	114
Crucifixión y muerte de Jesús.	115
28.—Prodigios acaecidos en la muerte del	
Salvador.	117
Conversión del Centurión.	118
Descendimiento de la Cruz.	118
Sepultura del cadáver Sacratísimo de	
Jesucristo.	119
Resurrección del Señor.	121
29.—Testimonio de la Resurrección de Jesu-	
cristo.	122
Diversas apariciones de Jesucristo.	123

LECCIÓN 29.—Aparición de Jesucristo á sus discipu- los.	124
Confiere á sus Apóstoles la facultad de enseñar, de bautizar y de perdonar los pecados.	125
Confirma Jesucristo á San Pedro en el Primado de su Iglesia.	125
30.—Ascensión del Señor.	126
Elección de San Matías.	127
Venida del Espíritu-Santo.	128
Predicación de San Pedro.	129
Costumbres de los primeros cristianos.	130
31.—Prisión de los Apóstoles.	131
Consejo de Gamaliel.	132
Elección de los siete diáconos.	132
San Esteban.	133
El Diácono Felipe y Simón Mago.	133
32.—San Pedro.	135
San Pablo.	138
Sus predicaciones.	138
33.—El Apóstol Santiago.	140
Su predicación en España.	140
Aparición de María Santísima sobre las márgenes del Ebro.	141
Martirio y sepultura de Santiago.	143
34.—San Andrés.	144
San Juan Evangelista.	144
Santo Tomás	145
Santiago el Menor.	145
San Felipe.	145
San Bartolomé.	145
San Mateo Apóstol y Evangelista.	146
San Judas Tadeo.	146
San Matías.	146
San Marcos Evangelista.	146
San Lucas Evangelista.	147
35.—Muerte y gloriosa Asunción de la San- tísima Virgen.	148
36.—Cumplimiento de los vaticinios de Je- sucristo sobre la nación Judáica.	150
Vespasiano y Tito sitian á Jersalén.	151
Horrores del sitio.	152
Destrucción de la ciudad y del templo.	152
Dispersión del pueblo judío.	153
Conclusión.	154



JOSÉ M. GONZÁLEZ
LOGROÑO





Estudios Elementales
DE
HISTORIA SAGRADA,

(Antiguo y Nuevo Testamento).

Estas dos *obras* se hallan de venta en casa del autor, al precio de *tres pesetas* la primera y *dos* la segunda, y en las Librerías de *El Riojano*, portales 98, y de D. Ricardo Martínez Merino, portales 94, Logroño.

Tendrá un descuento de un 10 por 100 todo pedido que exceda de 12 ejemplares.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Obsequio á María Inmaculada. 2 reales.
De Viana á Codés, recuerdos de un viaje,
(Tradiciones populares). 2 »
Novena á la Virgen del Valle. 1 1/2

Barthelme, Bernhard

ANTHROPOLOGICAL

THE ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE OF AMERICA
PUBLISHED BY THE AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK
1900

THE AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK

THE AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY

THE AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK





100

MEVO



100